



J. ZARAVIA

PROBABLEMENTE

TÚ

The background is a solid teal color. It is decorated with several hearts of different sizes and colors. There are two large black hearts, one in the top left and one in the middle left. There are also several smaller pink hearts scattered throughout the page. The text is centered and has a slight drop shadow.

J. ZARAVIA

PROBABLEMENTE

TÚ

J. ZARAVIA

PROBABLEMENTE TÚ

La siguiente historia es producto de la imaginación de su autor. Por lo tanto, los personajes y hechos relatados son completamente ficticios. Cualquier similitud con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Contenido

[1](#) _____

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

No se me viene a la cabeza ninguna otra forma o imagen para describirlo. Me tomó solo un segundo mirarlo directamente, para que ese impulso abrumador me golpeará de lleno. Uf!!! Ese que me hace sentir como si una enorme ola acabara de venírseme encima y me arrastrara dentro de toda la turbiedad para acabar pegándome el rostro sobre el fondo granuloso ¡Eso dolió!

Siento que quiero levantarme de un salto. Y de la nada, me estoy imaginando caminando hasta donde se encuentra. Sí puedo ir hasta allá. También me veo dándole un golpe certero. Uno tan fuerte, que pueda acabar volándole ese maldito teléfono.

Ahora estoy divagando. Creyéndome una loca sensata o algo que se pueda traducir así ¡Dios, esto se pone cada vez peor! Pensando si el golpe es bueno para él, o más bien soy yo la que lo merezco. Mi idea tiene todo el sentido y pienso en que es justa. Nadie me tiene tragándome toda la mentira que ahora me tiene aquí. Por haberme dejado cegar de esa manera con toda la palabrería y las apariencias erróneas que solo puede percibir el ojo de una mujer estúpidamente enamorada ¡Sí acabo de aceptarlo! Me pasé de estúpida con él.

¡¿Qué diablos teclea tanto?! Detesto la idea que ahora tengo anclada en medio de los ojos. Debe estar poniéndola al día de lo que está ocurriendo justo ahora. Poniéndola al tanto de la muy esperada libertad que podrán gozar en solo algunos minutos. Siento que ME MUERO de rabia de solo pensarlo. Estoy tan hinchada de remordimientos y de ideas probablemente sin sentido; que estoy recordando que cuando estábamos juntos yo podía pasar el día entero [¡El día entero!] sin tener la mínima

noticia de él. Hasta que inevitablemente la maldición irremediable de la rutina, volvía a reunirnos en el pesado lugar que intentábamos llamar hogar.

El sentido común me hala de la falda y me grita que por mi salud mental debo dejar de espiarlo de una buena vez ¡Para de una buena vez. Oíste! Él parece tan distante. Tan ajeno a todo lo que está pasando aquí, con conmigo, con nosotros. Es como si no le importara.

Un par de hombres, que vienen en contra dirección, por poco me atropellan con esa cantidad desmedida de expedientes que intentan llevar en las manos.

Ernesto se me atraganta de una manera inexplicable. Esa indiferencia es injusta y debería saberlo y aparte, bastante dolorosa. Es como si en pocas semanas se hubiera convertido en otra persona. En alguien que no me conoce. Que no tiene la menor idea de quién soy. Y probablemente, tampoco yo, podría saber mayor cosa sobre él.

Odio todo esto, maldición. Odio el frío de la mañana que me sube por las piernas. La espera agonizante en medio de este pasillo de mosaicos ruinosos. Los mensajes constantes de mi madre que trata de hacerme ver el lado positivo de esta maldita situación. ¡Basta ya! Deja de mover los dedos de un lado al otro Odio hasta la manera tan optimista, como presiona las teclas del móvil... Mierda. Cuánto más tengo que esperar para salir de todo esto.

A quién quiero engañar. De seguro este es un día perfecto para él. El peor de mi existencia pero el día que él tanto ha estado esperando... Probablemente esta será una noche muy especial. Habrá una exquisita cena, un buen licor y luego terminarían haciéndole el amor como probablemente nunca se lo ha hecho antes. Sintién dose por fin, tan libres como para acabar uno, siendo dueño interminable del otro “Debes parar de una buena vez Liz”.

Mentiría sino creyera que todo eso se siente peor de lo que había podido imaginármelo... Me he repetido –sigo haciéndolo- infinidad de veces, que esto es lo mejor para los dos. Para mí sobre todo. No estaba dispuesta a seguir con una relación a medias pero el remedio está sintiéndose mucho peor que la misma enfermedad. Una vez más estoy sufriendo con mis divagaciones. Me siento sola y no sé por qué pero también traicionada. Quisiera estar sola. Encerrada en mi apartamento... Gritaría. Lo haría muy fuerte para intentar arrancarme todo esto. Para intentar despertarme de la pesadilla. Pero sigo aquí. Esperando nuestro turno para pasar al interior del despacho.

Cansada del juego siniestro que he llevado contra mí misma hasta ahora, vuelvo a levantarme del lugar que he ocupado en uno de los escaños. Sin tener verdadera noción de lo que hago. Sigo deslizando la uña de mi dedo índice sobre la del pulgar. Es sencillo acabar con lo poco que queda del barniz. Ya he esperado mucho tiempo. Lo suficiente. Me siento agotada de esta extraña forma de agonía. Me pregunto por qué los abogados han tardado tanto en llegar. No tengo respuesta posible así que empiezo a divagar en la idea de que las calles en la ciudad no estaban tan congestionadas como para significar el retraso de más de veinte minutos que tienen hasta ahora. Será que todo esto realmente es solo un mal sueño ¡Estás de atar! ¡Cállate de una buena vez! ¡Piensa en otra cosa! Es mucho más fácil pensarlo que hacerlo.

Vuelvo a respirar profundamente. Es solo un nuevo intento de desahogo. Inconscientemente cierro los ojos por un segundo. Justo ahora daría cualquier cosa por ser alguien más. No yo, no mi existencia ni sus problemas. Como quisiera ser otra. Una que no tuviera reparos en hacerle ver lo que todo esto significa para mí. La tragedia inesperada en la que me sumió. Le gritaría. Sí, lo haría muy fuerte. Le diría que si alguien me ha hecho la vida mierda, ha sido él. Y que si tengo que arrepentirme de algo; es solo de una cosa en toda mi puta vida... Cada uno de los malditos días que he mal gastado junto a él.

Sobretudo los últimos dos años... La exactitud de mi memoria me estremece. Pienso si él también sentirá lo mismo. Si se arrepiente de esto.

Como es posible que se pueda vivir, más bien sobrevivir, durante dos años, en medio de un infierno como el que teníamos. Y aun así creernos que todo podía cambiar, mejorar. Diablos, que locura ¿En qué estábamos pensando? Ese tiempo solo sirvió para acabar de hacernos más daño. De eso estoy completamente segura. Mientras sigo pensando en nosotros, él sigue en su mundo distante a “enormes” diez metros de aquí. El fallido intento, nos arrastró hasta el punto del odio y había acabado de una vez por todas con la clandestinidad de esa mujer.

Solo pensar en su nombre me incomodaba sobre manera. Sería injusto culparla del fracaso, porque lo nuestro ya había fracasado porque sí. Porque ninguno de los dos parecíamos aguantar ni un minuto más respirando el mismo aire del otro. Porque el sexo, si algo como lo que intentábamos hacer, podía llamársele así. Era una rutina aprendida de memoria. En donde ya no existía si quiera, interés en esforzarnos en intentar complacernos a nosotros mismos. Ni siquiera esa forma de egoísmo personal tenía cupo en la enorme y fría cama que compartíamos. Pero de algo sí estoy segura. Le puedo endosar parte de la responsabilidad de la premura con la que él acabó solicitando la disolución de lo poco que quedaba entre nosotros dos.

Habíamos caído en cuenta y en acuerdo, de que lo más sano que podíamos hacer para intentar ayudarnos era distanciarnos por un tiempo prudencial. Uno que permitiera limar asperezas y pensar bien las cosas. Tuve la esperanza, engañosa por cierto, de que todo al final de ese tiempo, acabaría regresando a la normalidad. No me hice ilusiones pensando en que iba a ser fácil, tampoco sencillo. Menos, de la noche a la mañana, pero de algún modo al final, todo iba a retornar a una

aparente normalidad.

_ ¿Cómo estás?

_ Bien ¿y tú?

_ Bien

Eso no era exactamente lo que quería escuchar. Pero uno de los objetivos de tomarnos ese tiempo era mancillar las cosas negativas que habían encontrado asilo en nuestras vidas. Así que debía cambiar mi actitud y alegrarme de que él se encontrara bien aunque no estuviera conmigo.

_ Te estoy llamando porque necesito comentarte algo

Al momento, no quise prestarle mayor atención a ese tono extraño y un poco apesadumbrado que me pareció notarle al cierre de la frase. Estaba luchando por no hacerme ideas que probablemente no vendrían al caso.

_ ¿Qué pasa?

_ Todos estos días en que tú y yo...

El otro lado del teléfono quedo un momento en silencio y no entiendo mi locura de pensar que lo que acabaría escuchando era algo muy parecido a “intentémoslo nuevamente”. En mi mente, Ernesto estaba por decirme que ya se había tomando suficiente espacio y que podíamos retomar en dónde habíamos quedado. Claramente y por rigor, yo le preguntaría por su desliz con aquella mujer de la que sabía muy bien que existía, pero de la que conocía muy poco y de la que no me interesaba saber mucho más. Porque para mí algo estaba muy claro en ese momento. Aquello no tenía nada de relación. Todo se limitaba a una calentura pasajera, que según mi miope entendimiento, ya había dado tumbos por tierra. Ernesto reconocería el error y todo iba a resolverse, así de sencillo. Lo de esa chica no tenía posibilidades de llegar a ningún lado. Relación era lo que él y

yo teníamos. Lo que habíamos logrado hacer en los últimos años de nuestras cortas vidas. Él volvería a casa y después de un tiempo todo aquello solo terminaría siendo una cicatriz de guerra de nuestra relación.

_ Lo estuve pensando bastante. Creo que lo mejor para los dos, y estoy seguro que vas a estar de acuerdo conmigo, es una separación definitiva

PLOFSH!!! Mi cabeza acabó estrellándose en lo que acababa de escucharle decir. Aunque no quería creerlo, y me costara entrar en razón. Él, acababa de proponerme recurrir al divorcio para solucionar nuestros problemas. Nuestras diferencias “¿Separación definitiva?” Tenía claro que arrastrábamos una cadena larga y pesada de peleas y muchos desacuerdos ¿pero eso? Acaso nunca le pasó por la cabeza que un anuncio como esos, necesitaba al menos, la delicadeza y el tacto de mencionarse en persona. En un momento diferente que no fuera ese. En medio del trajín de una mañana abrumadora de trabajo en el estudio...Justo para ese momento estaba segura de una sola cosa “lo quiero matar” En ese instante todos mis sentimientos para con él acababan de sufrir algo así como un shock septicémico. Creo que algo como eso es lo que mencionan los médicos como posible causa para un fallo multiorgánico. Es que justo eso es lo que sentí en ese momento al escucharlo. Mi cuerpo entero comenzó a fallar. Mis piernas se debilitaron al punto de necesitar sentarme. Mis frecuencia cardiaca en vez de aumentar empezó a disminuir al punto de sentir que mi corazón se había detenido por un par de segundos y me respiración, dejó de entrar y salir de mis pulmones.

_ ¿Liz? ¿Liz estás ahí?

_ Sí... Aquí estoy

_ Mi abogado se pondrá en contacto contigo para finiquitar algunas cosas y tenerte al tanto del respectivo trámite... Que tengas buen día.

¿Qué fue eso del final? ¿Qué tenga buen día?... No podía creer la frialdad con que se había deshecho de mí. Cómo se había ocupado de sacarme de su vida con una simple llamada telefónica. La verdad, nunca supe cuánto tiempo sonó el pitillo del auricular descolgado pegado a mi oreja. Todo lo que mi ingenua cabeza se había formado, se vino al piso. Estaba esparcido por todos lados de mi oficina. Hecho diminutos pedazos. Que, aunque quisiera, no podría volver a pegar. Justo en ese momento mi vida se había ido a la mierda sin siquiera pestañear.

En un solo instante pensé en mil cosas. Debía admitir que lo primero fue encontrar a esa mujer y limpiar el piso con ella. Romperle la cara, desfigurarle esas cejas perfectamente delineadas, deshacerme de su larga melena cobriza y cerrar con broche de oro: metiéndola en una maleta y pagar una suma nada despreciable, para que alguno de los pescadores del puerto, la lanzara mar adentro. Tan lejos como para que ni el milagro de un rescate la trajera de vuelta a la ciudad. Mi despechado corazón, apuntaba directamente a ella. La señalaba con la seguridad de un GPS. Para ese momento estaba convencida de que se había encargado de llenarle la cabeza de razones que él dio por válidas y que fueron suficientes para que se decidiera a dar aquel paso. Eso y todo lo que se puede lograr con un buen sexo. Si era así como me lo imaginaba, lo había logrado ¡La maldita lo había logrado! Las palabras que yo jamás hubiera puesto en su boca. Él las soltó con facilidad de un gorrión en plena primavera. Sentí que me acababan de arrojar a un enorme y oscuro pozo.

Después de pasar al menos treinta minutos en el baño de la oficina intentando volver mi maquillaje a la misma condición que tenía antes de recibir aquella llamada. Terminé recordando a mi madre. Lo primero que me vino a la mente era su rostro. Específicamente sus gestos al momento que me tocara darle la noticia: “¡Que se joda! ¡Ni que fuera el último pito sobre la tierra! Así que deja de lloriquear. Que un tipo como esos no

merecen la infelicidad de nadie y menos la tuya”.

Bueno lo del último pito no lo mencionaría ella. Eso me vino de mis ganas de conseguir valor de cualquier cosa. Incluso de frases de cualquier calaña. El resto, sí estoy casi segura que me lo aventaría para que parara de llorar. Ni en mil años podría tener su fuerza, ni la elocuencia de aquella mujer que me había parido hace veintisiete años. Yo, estaba dispuesta a cambiar cualquier cosa menos lo de lloriquear. Porque para eso, debía admitirlo, tenía muy poco que ver con mi madre. Ya me estaba imaginando la escena. Antes de poder soltarle una sola palabra, estaría enmudecida por el llanto. Ella, después de consolarme, se encargaría de hacerme ver que la única forma de sobrevivir y salir bien librada de todo lo que se me avecinaba era hacerlo poniendo a salvo lo único con lo que se cuenta en esta vida. Una dignidad trajeada de orgullo. Después, tendría que escucharle la parte esa de que ella sabía bien que lo de nosotros no terminaría bien. Y es que ella nunca pudo asentarse con lo de nuestra boda clandestina. Pero tampoco sabe mayor cosa sobre perder a un amor que se cree que podría haber sido para toda una vida. A ella le rompieron el corazón una sola vez y eso fue suficiente para que se resistiera a cualquier otra oportunidad. Lo del matrimonio era algo que ni siquiera iba con ella.

A pesar de que el invierno casi se acababa. Esa tarde una llovizna caía tupidamente sobre la ciudad. Después del largo día, decidí no tomar el autobús de regreso a casa. Caminar era la opción más conveniente para poder ocultarme bajo el paraguas oscuro y motearme a mis anchas, cuando me asaltara la necesidad de hacerlo. Algo que me ocurrió en la mayor parte del recorrido... El resto de la noche y la madrugada. Lo único que agradecía de todo. Fue recibir la noticia un viernes ¡Vaya fin de semana! Eso me dio chance de poder llorar, lamentarme y sacarme en cara cosas sin sentido durante los dos siguientes días.

Aunque estaba ahí. A unos minutos de acabar todo. Al menos todo lo que requería la formalidad de los abogados y una oficina de juzgado. Todavía no entendía cómo habíamos podido llegar tan lejos y acabar tan mal. Siendo sincera, ni en mil años podría acercármele de la manera en que lo he imaginado hace unos minutos. No lo haría por varias razones. Primero porque mi carácter no da para tanto. Pero la más fuerte de todas, tiene que ver con lo que bien me había advertido mi madre. Lo peor que podría hacer, era demostrarle todo lo herida que estoy y que lo que nos ha pasado, me tiene doblegada a tal punto, como para hacer un espectáculo como ese. Los sentimientos no calzan bien eso del orgullo. Ese gusto no se lo voy a dar a él, ni a ella...

¡Qué estúpida que fui! No entiendo en qué parte de mi cabeza pudo haber cabido que lo nuestro podía tener final feliz o un juntos por siempre. Si solo hubiera escuchado a Irina cuando me lo advirtió una, y otra, y otra vez. Que lo pensara bien antes de marcharme a vivir con él. Si solo le hubiera dado chance a una pequeñísima duda. Al menos para intentar ponerme a salvo o en zona segura. Todavía puedo recordar su cara cuando le dije que estaba tan lista y segura con él que le había dicho que sí, sin siquiera pestañear.

Ella me miró por un momento y luego clavó su mirada al suelo. No me dijo palabra por unos segundos; luego solo me abrazó. Fue un abrazo tan fuerte y duradero que no lo he podido olvidar. Ahora me da por pensar que aquello fue más bien un abrazo de pésame, más que de felicitación por la boda sorpresiva.

¿Qué se piensa cuando se sobrevive a lo peor? Ahora cruzo los dedos para que esto solo sea el principio de algo mejor –predecible–. Al menos eso quiero creer. Irina me ha aconsejado que intente algo nuevo en estos días. La he visto llegar a mi apartamento cargando panfletos que hablan de vacaciones de ensueño en paraísos tropicales del caribe. Cruceros para solteros-divorciados. Hasta con la información de una torre de

apartamentos, recién inaugurada al sur de la ciudad.

_ Un nuevo lugar, eso es justo lo que deberías intentar. Algo como esto te haría bien. Gente nueva... ¿me estás escuchando Liz?

_ Sí. Lo estoy haciendo, solo que por ahora no creo que sea el momento para una mudanza

_ ¡Ah no! Entonces cuando se supone que sea “el momento”. Te estás divorciando. Este lugar está lleno de recuerdos y eso, aunque quieras negártelo, no te va a ayudar en lo más mínimo a superar lo de ustedes. Yo no lo duraría ni un momento, tomaría mis cosas y me largaría de una buena vez. Este lugar puede acabar siendo tan venenoso para ti, como el mismo Ernesto.

_ Venenoso...nunca lo había pensado así [[Un nuevo adjetivo para mi glosario mental]

Terminamos bromeando con el nuevo apodo para Ernesto. Después de esa conversación tuve trabajo por varios días. Haciéndola entender que no quería ningún viaje por el caribe y mucho menos pasar encerrada en altamar durante diez días rodeada por hombres y mujeres que creían que un crucero podía depararles el amor de sus vidas. Tampoco estaba preparada para hacer maletas solo para moverme unas cuantas calles de donde estaba ahora. No ahora. No tenía ganas de nada de eso. Si quería deshacerme de lo que me molestaba debía arrancarme el corazón. La verdad, no tengo ganas de nada. No sé si es resultado de toda esta desazón, pero nada me apetece por estos días.

Voy de regreso a mi lugar de espera. Deseo que los abogados por fin estén ahí. Estoy impaciente por comenzar y sobretodo por acabar... Sé que mataría por no tener esta oportunidad.

De vuelta sobre el pasillo, me doy cuenta que el abogado de Ernesto viene en mi misma dirección. Aproximándoseme con

esa sonrisa estúpida que no entiendo a qué viene. Me hace una mueca aparentemente simpática, al descubrirme detrás de esta pareja que va intentando ponerse de acuerdo sobre algo de un alegato. Teniéndolo frente a mí, no tengo más remedio que lanzarle esta sonrisa apática que justo ahora tengo pegada a mí cara. Mejor digo mi careta.

_ Hola ¿Cómo está?

Qué clase de pregunta es esa ¿Acaso la frivolidad es parte del paquete de servicios? Sigo caminando y lo obligó a seguirme el paso. Mis tacones van resonando y compitiendo con el sonido de su voz. Intento no prestarle atención. ¡¿Qué cómo estoy?! ¿Cómo se supone que debería estar? El tipo que creía ser el amor de mi vida, está a punto de mandarme a volar. Aparte de eso, he tenido días mejores.

_ Vine a buscarla. El juez ya llegó y está esperándolos

Por mí, el tipo puede hacerse de piedra. La única razón por la que quiero acabar con esto es porque cada maldito minuto que sigo aquí, me siento un poco más vulnerable. De seguro mi madre me mataría si se enterara que estoy a punto de olvidar cada consejo e intento de fortaleza que me ha dado. Apuesto a que estaría muy cerca ha desconocerme si solo se enterara que terminé haciendo el espectáculo de la mujer descorazonada. Nunca he podido entender como lo hace. Cómo se sujeta de la manera en que la he visto hacerlo tantas veces para que las cosas no la inquieten más de lo que debería. O al menos, sabe simularlo muy bien. Sigo oyendo la voz del hombre, aunque la verdad, no le estoy prestando atención a lo que me dice. Me gustaría voltearme y decirle que me deje en paz de una buena vez. No voy a salir corriendo. Debería despreocuparse, no voy a evitarle la firma que tanto está esperando su cliente.

_ ¿Sabe si mi abogado ya llegó?

El hombre me está mirando con cara de desconcierto. Definitivamente por su reacción entiende que lo que menos he

hecho hasta ahora, es prestarle atención.

_ Bueno, la verdad no lo sé. Cuando venía por usted solo estábamos nosotros

Me sale una mueca involuntaria ¡genial! Ahora me doy cuenta que la puntualidad no era parte de sus honorarios. Apuesto que si decidiera descontarme algo por eso, el hombre terminaría dando aullidos de indignación y acabaría acusándome de querer estafarlo. Esto me servirá para no volver a recurrir al primer rótulo que encuentre en la calle ofreciendo servicios.

Cruzo la puerta y lo primero con lo que me encuentro es la mirada de un hombre blanco y regordete que está sentado detrás de ese maltrecho escritorio oscuro. Sin ningún disimulo se detiene ha inspeccionarme de arriba abajo. Luego, mientras voy cruzando frente a él, creo percibir que ha hecho algo como guiñarle el ojo al abogado de Ernesto; en algún gesto de estúpida complicidad. Antes que pueda decirme algo, acabo dibujando una nueva sonrisa apática, como todas las que he tenido últimamente. Una sonrisa sobre mi cara insistentemente maquillada, para ocultar las ojeras y los resultados de las recientes malas noches. Seguida de un huidizo buenos días. Es lo que ocupo para acabar con el silencio que hay en esta oficina llena de ese aroma rancio los lugares antiguos y poco ventilados.

Llego hasta uno de los sillones que están a un lado del despacho. No sé por qué, siempre había supuesto que estos lugares tenían una mejor apariencia. Nada está más lejos de mi imaginación que este lugar. Ernesto ha ocupado uno de ellos y sigue ido sobre su teléfono como lo estaba ahí afuera. Solo que ahora me doy cuenta que revisa algo. Un correo, una imagen, un mensaje, quien sabe. Al menos me gustaría pensar que se ha dado cuenta de cómo luzco. Irónicamente compré este atuendo nuevo para hoy, para este momento. A mí nunca me hubiera pasado por la cabeza algo así, pero la verdad es que en estos días no he tenido cabeza para nada más que para encontrarle

explicación a todo esto. Irina fue la que me lo propuso a pesar de decirle que algo como eso no tenía mayor relevancia. Después me hizo pensar en que esto es algo así como una despedida definitiva y que bien me merecía que él me recordara de la mejor manera posible ¡Dios! Ojalá esto no tome mucho tiempo.

— ¡Olvídate! Ese día tienes que verte como nunca antes. Es tu oportunidad de restregarle en la cara lo que se ha atrevido a menospreciar. Que se dé cuenta de una buena vez, de la estupidez que cometió

Hoy. Después de todo esto, probablemente nunca más volveré a saber de él. No tengo suficientes razones para suponer lo contrario. La ciudad es lo suficientemente grande y yo he tomado la decisión de evitar por un buen tiempo, cada lugar que frecuentábamos y aquellos que sé, que a él le gustaba visitar; incluso sin mí.

Sobre la idea de Irina. El vestido lo vi en una de las muchas vitrinas que encuentro de camino a casa. La verdad, no tenía mayor interés en eso de lucirme para hoy pero fue pura coincidencia encontrarlo. La chica de la tienda estaba terminando de recomodarlo sobre el maniquí y de inmediato me encantó. Tengo que aceptarlo. Por alguna loca y desbocada razón, el destino me lo puso en el camino. Después de probármelo y verme frente al enorme espejo de la tienda. Supe que nunca hubiera imaginado que un color como este podía vérseme tan bien. ¡La chaquetilla oscura? Esa ya la tenía desde mucho antes. De hecho la había comprado para una salida que habíamos planeado para celebrar nuestro tercer aniversario. La mañana estaba lo suficientemente fría así que no dude en ponérmela. Los zapatos son lindos. No. La verdad es que son hermosos y dignos de una página de revista y los traigo puestos gracias a Irina. Al fin pude sacar provecho de la coincidencia de número de zapato que tenemos las dos. Aun así, ella nunca me pediría un par de los míos y no la culpo. No tengo nada que

realmente valga la pena. Y yo, nunca le pido ninguno porque me da vergüenza aprovecharme de su voluntad. Sé que nunca se negaría si lo hiciera con frecuencia.

Por estar pensando en boberías no me percaté que Ernesto se ha vuelto a mirarme de reojo. Probablemente ha tenido chance de inspeccionarme como estos otros. No me importa. Dios, ahora lo está haciendo directamente. Hace tanto que no nos miramos así... Maldición, como desearía que no hiciera eso. Solo me queda suplicarle aunque él no pueda escuchar ni uno solo de mis pensamientos. Termina de quitarme su rostro.

Sus ojos me han parecido tan oscuros, tan fríos, tan inexpresivos. Odio darme cuenta de eso... Qué diablos se supone que debía hacer. ¿Saludarlo? Cuando hizo todo lo posible por evitarme ahí afuera. ¿Sonreír? No debo seguir pensando más. Entre él y yo ha sucedido todo y ahora... Todo, todo lo que siempre supuse está a muy poco de acabarse. Santo Dios, me muero si esto no termina pronto. ¿Y después qué? Debemos continuar, cada cual con su vida. Debo metérmelo en la cabeza. Las veces que sean necesarias con tal de superar esto. Me reacomodo en el lugar que he elegido y trato de enfriar mi cabeza y no pensar en lo que acaba de pasar entre nosotros. Mi teléfono, sí es un buen refugio. Un mensaje. ¡Claro! quien más tendría las agallas de hacerlo en un momento como este.

_ ¿Cómo estás? ¿Ya le pateaste el trasero?

_ Apenas vamos a empezar, yo te llamo

No quiero, no debo levantar mi vista. Odiaría hacerlo y encontrarme nuevamente con esa mirada distante como si yo fuera una completa desconocida. Me encantaría haberme tomado las cosas de la manera en que parece que él se las ha tomado. Su abogado con el juez conversan y comienzo a impacientarme con la ausencia del tipo que contraté para que me acompañara. ¡Gracias al cielo! Por fin el juez se ha puesto de pie y junto con el abogado se nos aproximan.

_ Dado que estamos listos vamos a iniciar de una buena vez. Disculpe, sabe si su abogado nos va a acompañar

El juez se está dirigiéndose a mí. Unos inexplicables nervios que no tengo idea de adonde han salido me toman desprevenida. En un solo segundo siento que estoy a muy poco de estar completamente desarmada. Miro hacia la ventana tratando de aclararme y me doy cuenta que Ernesto y su abogado, me miran esperando la respuesta que debería estar dándole al juez. “¡Vamos Liz tú puedes! ¡Solo unos minutos más y nunca más tendrás que volver a pasar por algo como esto! ¡Aguanta, él no se lo merece!”

_ Eso fue lo que acordé con él, pero la verdad no sé si va a venir, por lo que veo no, no vendrá ya es muy tarde.

_ Entiendo. No hay problema con eso. La verdad es que esto es muy sencillo y el hecho de que no esté, no representa ningún inconveniente. Será una lectura bastante rápida. Si hay algo que no comprendan o no estén de acuerdo me lo hacen saber de inmediato para intentar darle solución. En este caso en particular, no hay bienes significativos de por medio y tampoco hijos, así que todo será sumamente sencillo.

Hijos. Escuchándolo decirlo puedo recordar como algunos de sus conocidos se habían animado a ir un poco más allá con todo esto. Y le habían sugerido la idea de que la falta de niños, había provocado nuestra irremediable separación. Nunca podría contestar a eso con toda certeza. Para mí no. Es más, veo injusto intentar endosarles tal responsabilidad. Un niño no tiene por qué significar la obligación de sentimientos con alguien. Se quiere o no se quiere y punto. El juez revuelve unos documentos dentro de la carpeta y saca por fin un par de hojas que al parecer son las nuestras. De todo esto, eso es lo único que me deja con algo de tranquilidad. Nadie a parte de nosotros dos. Si es que puedo contar con él para eso. Tendrá que sufrir en carne propia lo que significaba esta separación.

Cuando regreso a la realidad me doy cuenta que el juez ya

ha comenzado la lectura del escrito. Poco a poco va llevándonos a través de varios artículos de la legislatura. No me interesa nada de todo ese protocolo... Ernesto dejó de amarme y quiere que desaparezca de su vista. Firmo en algún lugar de esa hoja, aceptando que comprendo y acepto su descabellada decisión. Para mí eso es lo único que debería decir ese papel, nada más. Antes de darme cuenta el juez ha terminado y ahora nos lanza una mirada rápida a los que estamos ahí. Tiene esa sonrisita que no comprendo a qué viene.

_ Increíble... ¡Esto es una maravilla! Este trabajo sería mucho mejor...bueno, ustedes me perdonarán por decirlo de esta manera pero la verdad es que personas como ustedes ya no se reciben en estos lugares. Desde que entraron han estado tranquilos y se notan que han tomado la situación con gran madurez y sobretodo de manera, por decirlo de alguna forma, positiva. ¡Es que si pudiera contarles! Todo lo que me ha tocado ver cuando de firma de divorcios se trata. El licenciado aquí presente no me dejará mentir. He tenido casos en donde la seguridad ha tenido que intervenir para separar la trifulca que se arma aquí dentro ¡Es una locura, una completa locura! Este no es un paso fácil ¡para nada! pero si se hace con la filosofía que ustedes están demostrando las cosas se van dando... un poco mejor. Bueno, para dar punto final necesito que firmen aquí, déjeme ver, sí justo aquí por favor.

Antes de poder darme cuenta, el maldito papel ya está en mis manos [Por cierto, estoy temblando]] Al menos, el juez ha estado lo suficientemente atento para hacerlo así. No se por qué, pero justo ahora me da por odiar eso de que “las damas primero”. Es eso o, que he sido lo suficientemente buena en mi tarea de mantener a raya mis nervios de punta, que poco a poco parecen estar a punto de estallar. Asumo, que el tipo no se da cuenta que, la que se está quedando botada a mitad de la calle con todo esto, soy yo. ¿Actitud positiva? No, eso quizás es lo que menos tengo ¿Resignada? Es mi único camino. Me doy cuenta que el juez me mira impaciente y sigue manteniendo

sobre su cara esa sonrisa que se usa cuando se necesita alivianar las cosas.

Me he quedado como una tonta y él termina lanzándole una mirada que me dice algo como “¿ahora qué estás esperando?” Extrañamente me siento pillada y me apresuro a buscar un lapicero dentro de mi cartera. Cosa que soluciona casi de inmediato el abogado de mi pronto exmarido al entregarme el que lleva en el bolsillo de su camisa costosa.

Estoy lista ha tomarlo y descubro que Ernesto me lanza una mirada que no hubiera esperado. Una muy, muy diferente a la de hace unos minutos. Descubrirlo hace que sienta... Sienta como si en medio del pecho se me empezara a helar, la sangre, corazón, pulmones... ¡No, no puede ser! Simplemente no es posible... Es solo mi cabeza ¡Sí, mi cabeza! intentando hacerme una pésima jugada.

Por un instante se me mete en la cabeza que realmente él no está del todo seguro con todo esto; y que este es el momento justo para que yo tome la iniciativa. Sí ya lo sé. La que nunca tuve antes... No sé qué hacer ¡No sé que hacer! ¿Correr? ¿Abrazarlo? Debería preguntarle. Sí preguntarle si está realmente seguro de seguir adelante con esto. Como agradecería que me quitaran esto ahora mismo de las manos. Mis manos no pueden dejar de temblar. Mientras sigo titubeando la imagen de mi madre e Irina aparecen de inmediato. ¡Es una locura! Las veo pidiéndome, gritándome que deje de hacer el papel de ingenua. Me gritan que deje de pensar en estupideces y que firme mi libertad de una buena vez -“¡Hazlo Liz! Si alguien quiere esto, ese es él”- Puede que mis consejeras etéreas tengan razón...

Si fuera como quiero creer que es, Ernesto habría aprovechado el momento que tuvimos afuera a solas. Algo, aunque fuera lo mínimo, me habría insinuado. En cambio ¡sí, ya lo sé! se portó como todo un patán... Como muero por verlo ponerse de pie aquí mismo. Arrancarme este maldito papel de las manos y hacerlo trizas ¡Vamos hazlo. Tómallo! Diles de una

buena vez que todo ha sido un error, un malentendido. Ernesto, por favor... No. No lo haré. Él ha tomado su decisión y yo sigo pensando en milagros que no van a ocurrir... Terminó colocando la punta del bolígrafo sobre la línea punteada y brota un rayón azul. Me esfuerzo para que cada línea y cada curva, queden idénticas, al de mi documento de identificación.

_ Aquí tiene

Esto no se me hace justo. Él tuvo que ser el primero en hacerlo. Fue él quién quiso que todo eso sucediera. Estoy lista para regresar el bolígrafo a su dueño y me decido a averiguar si lo que imaginé, fue o no. Solo que Ernesto no me permite mayor cosa. Simplemente me cruza una mirada lo suficientemente escurridiza. Tanto, como para no poder saber que está pensando justo ahora que he tenido que dar este primer paso. El juez aprovecha el filosófico silencio que inunda la sala para seguir dándonos esa retórica sobre nuestras buenas costumbres y sobre lo provechoso que sería cultivar una sana amistad después de esto. Dios sabe cuánto me gustaría callarlo de una buena vez.

Hemos acabado. El juez despide primero a Ernesto y su abogado. Debo intentar la jugada de quedarme haciendo cualquier tontería con mi teléfono. Algo que requiere tanto de mi atención como para imposibilitarme moverme de donde estoy. No quiero verme en la obligación de despedirme de él. Una parte de mí sabe que hacerlo hará un hueco lo suficientemente profundo [en medio de este punto de mi pecho] como para que por ahí mismo se vayan todos los consejos de Irina y de mi madre. Tengo suerte de que los dos se han entretenido hablando entre ellos y terminan de salir de aquí. Me sobresalto por la voz que escucho y que me doy cuenta está hablándome a mí.

_ Usted es una mujer joven y bonita. No tengo ninguna duda que a partir de ahora una gran oportunidad; una mucho mejor, espera por usted.

Ni lo de joven, ni lo de bonita me valieron para que las

cosas funcionaran. Lo que menos me interesa escuchar ahora, son frases de consuelo. La verdad odio cada vez que alguien intenta hacer algo como eso. No es que quiera gastármelas de mujer ruda, ni mucho menos, pero la gente parece no detenerse a pensar que eso me hace sentir más vulnerable de lo que ya me siento. Ojalá nadie pudiera recordar que una parte de mi vida estuvo permeada por la existencia de Ernesto.

Salgo del lugar tan rápido como puedo. Mis zapatos van resonando como si intentaran romper el piso de viejo mosaico rojizo. Cruzo por el edificio y avanzo sobre la calle. Muero por estar a solas. Llorar como nunca lo he hecho antes. Eso explica el dolor que llevo clavado en medio de la garganta y que trato de sostener para que no se me salga por la boca y menos entre mis ojos. Debo intentar caminar un poco más aprisa.

La luz me da de lleno y quedo a ciegas por un momento mientras mis ojos se adaptan a la luz que atraviesa los espejuelos para sol que me he colgado sobre la nariz solo para que nadie pueda darse cuenta que estoy a punto de soltarme una lágrima. Nadie sabe nada de mí y no sé por qué intento hacerme la desentendida. Nadie sabe que mi vida acaba de estrellarse sobre un enorme muro. Una pared gigantesca que nunca vi venir.

Mi radar se ha encendido a mil. Intento ubicarlo y poder evitarlo hasta donde me sea posible. Alcanzo el semáforo peatonal y la verdad son muchos los que aguardan el cambio de la luz. Miro el reloj y me doy cuenta que la hora del almuerzo ha llegado sin percatarme. Vuelvo a mirar a un punto cualquiera frente a mis narices y no puede evitar pensar que el diablo es realmente bueno con su trabajo... Ernesto ya está sobre el otro lado de la calle, en la acera del frente. Mi desgracia no puede ir peor. Ella acaba de aparecer junto a él ¡maldición! ¡Sí, es ella. Nadie más, ella!

Me muevo un poco y me reacomodo lo suficiente como para lograr cubrirme con la espalda de este hombre. Sí, es bastante alto. Ojalá sea suficiente... No puedo evitar espiarlos.

Si sigue colgándosele del cuello así, acabará rompiéndole la espalda ¡¿Y eso?! ¡Que gran infeliz eres Ernesto! Cuando éramos pareja jamás aceptaste un beso pasado en público. Y ahora te las das de galán exhibiéndote así. Sujeto mi bolso tan fuerte, que si fuera algo vivo ya lo hubiera asfixiado. Mala idea. Mala idea cruzar en esta dirección. Puedo darme cuenta que mi suerte se ha marchado de vacaciones así que no tengo más remedio que hacer una ruta más larga camino al trabajo. Estoy muerta de coraje λ y voy directo al móvil y comienzo a escribir sin pensármelo mucho.

_ Listo ¡al fin libre!

Agrego todos los emoticones que puedo para dejar muy claro que nunca he estado mejor que ahora. Tecleo a Irina. Ella no tarda un segundo en contestarme

_ Se acabó

_ Todo va a estar mejor, no lo dudo.

_ Con todas mis fuerzas eso espero Irina

_ Lo siento estoy en medio de algo con unos clientes ¿hablamos al final de la tarde?

_ De acuerdo

Lo último que recibo de ella es esa carita feliz, lanzándome un beso

Varias semanas después...

Muchos días sin salir. Hacen que me sienta abrumada por la sombra helada que va recorriendo la ciudad. El frío en mis manos pequeñas y delgadas ha llegado hasta los nudillos de mis huesos. No he tenido más remedio que ocultarlas dentro de los bolsillos de mi chaqueta de lana gris. La que nunca uso porque tengo esta idea loca y probablemente sin sentido, de que me hace parecer un muchachillo; pero es la única que lograría que no me decida a regresar al momento, en que he cruzado la puerta de mi apartamento. Es por eso que me he decidido deshacerme de mi coleta eterna y soltarme este cabello oscuro y desmayado para que me cubra las orejas. La melena es herencia de mi abuela. La gitana, la esotérica, la extraña. La que más recuerdo, la que más quise. La que más me hace falta... Las primeras ondas de viento invernal avanzan tímidamente. Aun así, es inevitable que se acaben removiendo los montones de flores que están esparcidos sobre las jardineras que decoran las afueras de varios de los locales de la avenida y que parecen decididos a no morir todavía.

Comienzo a avanzar y doy algo así como una media vuelta sobre mí misma para llegar hasta la entrada de una de las muchas calles alternas. Esas que nunca siquiera miramos, a no ser porque sea estrictamente necesario abordarlas; como yo justo ahora. Voy dando paso rápido no quiero verme pillada por algún ladronzuelo que aparezca de la nada. La luz del otro extremo, comienza a hacerse más amplia y mi respiración intenta volver a estar en control.

Desde aquí ya puedo notar las primeras marquesinas que cuelgan sobre las terrazas de los primeros restaurantes.

Iluminadas con esa sutil gracia, que solo pueden lograr las luces cálidas de las lámparas desde lo alto de sus techos y de las bombillas, que a forma de bulbos a punto de reventar, cuelgan sobre lo alto de la calle. Pasando de extremo a extremo y viajando de poste a poste para formar esa hilada hermosa. A pesar del tiempo, sigo encontrando encantador todo este pasaje. He estado aquí antes pero igualmente me sigo sintiendo atraída por esa gracia misteriosa y todo este aire deliciosamente caótico que sale por los extractores de las cocinas y que terminan mezclándose en un frenesí; haciéndose una sola cosa aquí sobre la calle.

Siempre hago lo mismo. Una afición desde que era una niña endeble y sin gracia alguna para los demás. Me encanta ir avanzando y mirar al interior de los lugares. Tengo la manía de inventarme historias de la GENTE. Historias que solo están en mi cabeza y que termino construyendo con mis ideas, las cosas, las gentes que veo y me llaman la atención.

Después de cruzar frente algunas mesas, Comienzo a pensar en Irina. Espero que ya esté en el lugar que hemos acordado. Faltan pocos minutos para alcanzar la hora. Fue ella la de la idea de reunirnos aquí. Yo habría escogido algo menos costoso. Pero ya no pude seguir inventándome una y otra excusa para rehuir a salir con ella. Al final terminó valiéndose hasta de mi madre para presionarme de que cambiara de opinión. Ella misma ha decidido el lugar. Ha sido ella la que se le ha metido a la cabeza que debo dejar de estar encerrada en el apartamento, escondiéndome del mundo. Lo que ella no logra comprender es que para mí, es importante y necesario ese tiempo de “invernación”. Las últimas semanas me he dado del trabajo al apartamento. Del apartamento al supermercado y ya. Todavía no me siento del todo a gusto con eso de invertir en salidas. Y soy una idiota porque mucho del tiempo, lo pierdo pensando en alguien que probablemente ya se ha olvidado por completo de mí

Acepté y estoy aquí con el único motivo de que quiero que se calme y me vuelva a dejar unos días en paz. Cuando se dé cuenta que mi encierro voluntario nada tiene que ver con lo que ha pasado entre Ernesto y yo –Esa, ni siquiera me la creará– volverá a tranquilizarse y dejará de telefonarle a mi madre llenándola de absurdas ideas que solo han logrado que ella también termine preocupada por mí. Hace tres noches tuve que tranquilizarla. Acabé explicándole que Irina es una fiestera empedernida y para ella, no hay fin de semana que se deba dejar en blanco. Casi que le ordené que dejara de prestarle atención.

Antes de colgar, me hizo jurarle que llamaría inmediatamente a Irina para que ella lograra tranquilizarse y la dejara en paz. Para ella, Irina estaba convirtiéndose en una preocupación extra a la mía. Acepté y cuando devolví su llamada para darle mis razones de que estaba llevando las cosas muy lejos. Terminó retándome a que la convenciera aceptando venir hoy hasta aquí. Intenté lo que pude para hacerla cambiar de parecer. Le dije que podíamos escoger cualquier otro lugar y que no era necesario. Hasta intenté la excusa que esperáramos una ocasión más especial para venir a uno de estos lugares.

– ¿Ocasión especial? ¡¿Qué otra cosa quieres esperar?!
¡Eres libre!

– No tienes que decirlo así

– ¡¿Ah no?! Después de todo ese tiempo de cautiverio... No es posible que en las próximas semanas encontremos algo mejor que esto para justificar una noche de farra juntas. De verdad lo dudo. Y no me vas a convencer así que olvídalo. Te aviso a dónde quedamos mañana en la noche ¿De verdad estás bien Liz?

– Sí. No tienes de qué preocuparte y deja de llamar a mi madre por favor. Entre las dos me están volviéndolo loca

– Bien, hablamos mañana

– Adiós

Al final, no quise discutirle nada más. La escuché tan decidida al otro lado del teléfono. Que después de todo, me dio algo de pena, acabar de echarle a perder los planes que había. Si fuera por mí, en verdad lo que se me antoja era quedarme en el apartamento. Acabar en pijama mirando por enésima vez el mismo capítulo de esa serie que al menos, me hace más gracia que todas las otras. Pero imaginándola, Irina no lo habría permitido de ningún modo. Sé que sus intenciones con todo esto son las mejores. Lo único que quiere es sacarme del enorme y oscuro hueco en el que ella se supone que me encuentro. No me he detenido a saber si tiene razón o no. Así que no he tenido más remedio que aguantarme todo ese frío.

No quise mencionárselo, pero la última vez que hice intento de venir hasta aquí fue con Ernesto. Una reunión de último momento en su trabajo echó por tierra los planes que habíamos hecho. Me molesté. Sí, me molesté mucho. Hasta el punto de gritarle; y al final, él también acabo haciendo lo mismo conmigo. Pero ahora, que todo esto nos ha pasado. Que las cosas entre nosotros se acabaron definitivamente, agradezco que eso sucediera. Mi respuesta hubiera sido un NO rotundo para ella al mencionarme este sitio. Sigo fija con mi idea de no frecuentar ningún sitio en donde pueda tener recuerdos de nosotros dos.

Levanto la vista y estoy por fin a las afueras de “Tornasol”. Antes de intentar entrar, voy a mi cartera y reviso el móvil. Mis manos comienzan a perder casi inmediatamente el calor que han logrado teniéndolas dentro de los bolsillos. Desde hace cinco minutos tengo mensajes de Irina. Me voy directo al último.

— “Estoy esperándote, apúrate o las cervezas se calentarán”.

¿Se está haciendo la tonta? Sabe que no me baja la cerveza. Doy un paso apresurado para entrar, y me doy de golpe con alguien que acaba de atravesarse de improviso en mi camino. Quien sea, intenta hacer algo muy parecido a sujetarme

para que yo no pueda terminar sobre el piso. Mientras hago malabares, e intento no perder mi cartera, levanto la cabeza y trato de saber quién ha sido el que me ha arrollado. Me encuentro con un chico bastante alto que está mirándome con una sonrisa casi perfecta y su cara en la versión de “las mil disculpas”

Antes de que pueda decirme algo, me doy cuenta que sobre el lado derecho de su camisa blanca, que por cierto favorece muy bien su cuerpo tonificado, está el logo de “Tornasol”. El chico guapo es algo así como el recepcionista del local.

_ Discúlpeme

_ No se preocupe, no hay problema

_ Solo quería saber si tiene reserva

¿Reserva?! No sabía que necesitaba algo como eso... ¿Dónde estará Irina? Espero que ella se haya encargado. Levantó la cabeza y empiezo a intentar localizarla en el interior del local.

_ La verdad no lo sé... Solo vengo a reunirme con una amiga. Me dijo que me espera en el área del bar

_ Ah, entiendo, adelante. No hay problema, para esa zona no es necesaria la reserva. Que disfrutes la velada y disculpe

_ No hay problema, gracias

Voy entrando e intentando localizarla y me sorprendo de verla aparecer de un momento a otro entre la gente. Irina se desprende de su asiento y noto que se aproxima haciendo una de sus típicas piruetas de broma. Es algo así como si su cuerpo se moviera en cámara lenta o algo así ¿Qué le sucede? Me mira de arriba abajo y disminuye la velocidad como si estuviera dudando en acercáseme. Es imposible obviar la cara de sorpresa, duda, no sé que trae encima. Me pregunto si se me ha adelantado con algo más que una cerveza. Sus ojos parecen querer salirse de

lugar. Cuando las dos alcanzamos el punto en donde logramos vernos de cuerpo completo, no duda en llevarse una de sus manos a la boca. Esto es demasiado vergonzoso. Me apresuro para llegar hasta donde se ha quedado de pie mirándome. Debo detenerla ahora mismo. Algunos de los que están a nuestro alrededor no pueden evitar voltearse a mirar para saber de qué se trata todo aquello. Solo atino a sonreír y tomarla del brazo.

_ Basta Irina. Vamos, vamos camina

_ ¿Es en serio Liz?

_ Basta Irina ¿dónde está nuestro lugar?

_ ¡Mírate Liz! Estás mucho más delgada

_ Baja la voz. No es para tanto

_ Bueno, si comparamos como te quedaba esa blusa...

A punta de empujones e intentando apresurarla hago que logremos llegar al par de asientos marrones junto a la barra desde dónde la he visto levantarse.

_ Pero... no sé, te ves bien. La verdad, me gusta como te ves. Te ves linda. Diferente. Ese peso de menos te favorece

_ Estás exagerando

_ No. No lo hago...pero ahora que estoy viéndote tengo que preguntarte ¿realmente estás bien? Es que no sé si esos kilos de menos son por vanidad o por falta de apetito

_ No quieres oírlo así que déjalo así quieres

Acabo bromeándole en voz baja y saco provecho de su aspaviento para presumirle que he vuelto a usar algunos pantalones que había descartado algunos meses atrás.

_ ¿Crees que algún galán podrá notar lo?

Irina suelta una carcajada bulliciosa que me obliga a tener que pedirle que baje la voz una vez más.

_ ¿Y el vestido fucsia? Lo usaste por fin

_ Tal y cómo lo planeaste

Solo que creo que Ernesto ni siquiera se detuvo a observar algo como eso.

_ Me hubiera encantado verle la cara al desgraciado cuando llegaste. Apuesto que se arrepintió mil veces por haberte cambiado por ese harapo

_ Ey baja la voz

_ No me importa decirlo. Estoy deseando verlo para ponerlo en su lugar

_ Dejémoslo así quieres. Si hay forma de ponerlo en su lugar es no mencionándolo más. No vale la pena estarlo recordando. Es hora de enterrarlo ¿de acuerdo?

Irina hace una mueca apretando los dientes. Y me hace sonreír al ver que la lleva más allá, cuando acaba cerrando el puño.

_ No sabes como me alegra oírtelo. De verdad estaba muy preocupada por ti. Ya sabes que conmigo no hace falta disimular Liz, ni esconderse así.

¿Disimular? ¿Esconderme? No he hecho nada de eso ¿O sí? No lo sé. Observo lo que hay servido. En su último mensaje habló de cervezas y aquí no hay nada de eso servido. La única evidencia es la figura circular del agua escurrida por un vaso que claramente ha desaparecido.

_ Ahora amiga vamos a festejar este triunfo como se debe

Me mira como si esperara que le hiciera porras a eso. La verdad estoy aquí porque no he querido ser grosera con la persona que ha estado más cerca de mí en todo esto. No sé que hubiera hecho, si no hubiera tenido a alguien como ella, para que me escuchara berrear mi furia y desesperación cuando Ernesto salió con esa desastrosa idea del divorcio. Pero fuera de esto; sigo insistiendo con mis ganas deprimentes. Mi idea de salida para hoy era algo muy cerca del apartamento y con dos

bebidas como máximo. El exceso de alcohol podría terminar poniéndome de un humor tétricamente peor y no estoy dispuesta a arriesgar la poca estabilidad que he logrado hasta ahora. Irina levanta la mano y el chico de la barra la nota y se nos aproxima. Escucho lo que ella acaba diciéndole al desconocido.

_ Guapo mira, es ella mi amiga. De la que te estaba hablando

¿Hablando? ¿Hablando de mí con un completo desconocido? El comentario que acaba de hacer me saca de lugar y me quedo mirando al muchacho que sigue sirviendo tragos sin dejar de sonreírme.

_ Hola

_ Hola...

¿Qué diablos se supone es lo que está pasando? Voy con Irina y ella suelta una risotada burlona observando mi cara de incredulidad, confusa y que está colorada a más no poder por la extraña situación. No tiene que fingir. El cantinero se da cuenta de mi incomodidad y acaba compadeciéndose de mí apresurando nuestra orden

_ ¿Les sirvo de una vez las bebidas?

Irina está lista a responderle y me deja con las palabras en la boca. Tan rápido que ni siquiera le permite al chico terminar de preguntar.

_ Sí por favor. Como hablamos. Gracias guapo

Le guiña el ojo y es claro que lo devora mientras que él se dirige a tomar las botellas que va a necesitar para prepararnos lo que ella ha pedido de anticipado.

_ Qué te pasa Irina ¿qué fue eso?

_ Nada, no empieces de aguafiestas. Solo le dije que mi mejor amiga vendría para una celebración...No le dije de qué; así que no me mires de esa forma. Solo le dije celebración y que

necesitaba que te atendiera muy bien para que pudiera asegurarse su propina

- _ No tenías que hacer eso
- _ Por favor no empieces de mojigata
- _ Ni siquiera lo conoces
- _ Cierto pero por algo se empieza ¿No?

Me reacomodo bien en mi sitio y le doy una vista al lugar. El chico llega y coloca frente a cada una, un Manhattan bajo la versión que Irina se ha encargado de solicitarle para la ocasión. Doy un sorbo y está de enloquecer... sabe fuertísimo. Por más que intenta disimular, el cantinero no puede evitar soltar esa risa tímida y un tanto nerviosa, al ver mi cara llena de muecas grotescas mientras hago hasta lo imposible, intentando bajar el alcohol que está quemando mi garganta.

_ Dios ¡¿Qué es esto Irina?!

_ No me vengas con eso. Está buenísimo, aparte no debes ser grosera. Lo hizo especialmente para ti ¿cierto?

El muchacho mira a Irina y luego me lanza una mirada que me hace sonrojar nuevamente.

_ Gracias. ¿Cuántos te has tomado de estos Irina?

No me contesta y da un nuevo trago a su vaso. El chico que termina por escucharme se aleja un poco para que Irina no se dé cuenta de lo que intenta decirme. Acaba levantando sus dedos. Me indica que han sido dos. Ahora entiendo de dónde viene tanto “cabriteo”. Doy un nuevo sorbo. Esta vez hago mi mejor esfuerzo para omitir las caras extrañas y solo aprieto un poco los labios y mis papilas se hacen las rudas para bajar la intensidad del sabor a alcohol y no volver a hacer espectáculo. Después de un minuto estoy lista para poner a Irina al tanto de los pormenores de lo que ocurrió en el juzgado. No es que me lo esté preguntando pero debo soltarlo con alguien y esa en definitiva, es ella.

_ Estaba ahí

_ ¿Quién estaba, en dónde?

_ Ana María. La chica de Ernesto

_ ¡¿Qué?! ¡¿En serio?!

_ Bueno, no ahí. Afuera. Yo estaba a punto de hacer el cruce peatonal y los vi al otro lado de la calle...

_ Entonces lo estaba esperando ese harapo

_ No entiendo por qué le dices así... Por más que me duela aceptarlo es linda

_ ¡Solo eso me faltaba Liz! ¡¿Eso que haces es necesario?!

_ Baja la voz por favor Irina. Lo que digo es que tiene lo suyo. Eso no se puede negar ¡Tú la has visto! ¿Me vas a decir que no tiene lo suyo?

_ Eso que haces es de lo peor

_ ¿De qué hablas?

_ Hablo de que inmediatamente debes de parar de hablar así ¿entiendes? Estás tomando las cosas a la ligera. Pareciera como si intentaras decir “¡Sí me lo merezco. Pobre Ernesto como pudo soportarme. Tiene razón de haberla elegido a ella!”. Es como si una parte de ti estuviera intentando justificar lo que te hizo. Pareciera que para ti estuviera bien ¡Por favor Liz! ¿Acaso ya olvidaste el acuerdo? Ustedes pactaron una tregua, un tiempo fuera. Eso era lo que significaba esa separación. Un tiempo para intentar salvar lo que quedaba e intentar sanar lo que estaba abierto; no era para que el corriera a revolcarse con su zorra y al final mientras tú intentabas hacer tu parte para volver a lo de ustedes. Ella le dio una mamada gloriosa y eso fue suficiente para que a él se le olvidara quién eras y mandara todo lo de ustedes a la mierda ¡ Liz! ¿Qué te pasa?...

Escuchándola me estoy arrepintiéndome de haber abierto la

boca. Doy dos grandes sorbos a mi trago y estoy a muy poco de dejar el vaso vacío. Irina está algo acelerada hoy. Acaba de darme una tunda que cualquiera podría suponer que quien ha firmado el divorcio ha sido ella y no yo. Me quedo en silencio. Un momento para ver si sus ánimos se calman y tratamos de tener una conversación un poco más tranquila y normal. Se puso tan exasperada que por poco y no la reconozco. No entiendo por qué lo que acabo de decir tiene que ponerla de esa manera.

_ Hablemos de otra cosa, quieres

_ El de la mala jugada aquí fue él ¿entiendes Liz?... Ella se merece algo peor que harapo, así que cuando lo digo no pienses que estoy hablando precisamente de su apariencia

_ Sí lo sé, te entiendo. Por favor hablemos de otra cosa mejor

_ Discúlpame. Si quieres hablarlo, desahogarte, hazlo pero por favor no los justifiques, ni seas condescendiente con ninguno de los dos. No se lo merecen y mucho menos él

Irina se ha quedado callada para continuar con su trago. Yo, no pronuncio ni una palabra, la verdad no siento el mínimo interés en provocarla. Este silencio que hay entre las dos, es justo lo que necesito para hacerle entender que no hay razón para discutir. En ningún momento lo que dije tiene algo que ver con ser condescendiente con esa mujer, ni con ninguno de los dos. No intento hacerlo. Lo que me está pasando con Ernesto me duele profundamente. Y una parte de mí siente miedo de no poder resolver lo que estoy sintiendo justo ahora. Toda esta tristeza y rabia al mismo tiempo; ambas con igual intensidad. Por supuesto que no quiero ser condescendiente, es lo último que quiero hacer... Pero tampoco creo que sea justo dejarlos que terminen de hacerse de algo más de mí, dejándolos meterse en mí cabeza maquinando ideas que no van a cambiar en nada mi situación. Mucho menos la de ellos. Lo que dije solo lo dije porque dentro de todo este caos en que ha caído mi vida; intento poner mis pies sobre la tierra y ser “realista” si es que eso tiene

algo que ver aquí.

Esa mujer es hermosa. Tiene esa belleza que para mí gusto es un poco exótica pero para otros es bastante atrayente y eso probablemente movió a Ernesto a tomar su decisión con respecto a lo que había entre nosotros. Si lo medito detenidamente, la verdad no tengo la menor idea de qué fue lo que realmente impulsó a Ernesto a mandar a la basura lo que tuvimos... Al final acabó siendo un completo desconocido, alguien que nada tenía que ver con el tipo del que me había enamorado tiempo atrás. Probablemente él acabó sintiendo lo mismo conmigo.

Giro sobre mi asiento para intentar despejarme. No quiero y sobre todo, no debo estar pensando en todo esto constantemente o no voy a poder parar. Vuelvo a mi trago y acabo pensando en lo que hay dentro de este vaso. Probablemente debo dejar que el excesivo alcohol de mi bebida empiece a asentarse en cada célula y sobretodo en cada neurona. Quizás sea un buen plan, que por primera vez en mucho tiempo, me dé el chance de sentirme un poco más lejos de todo eso. Siento que quiero empezar a disfrutar de la noche.

Presto atención a la contagiosa música chillout que suena de fondo y que llena el salón. Más allá, en el pequeño espacio que forma la pista. Puedo notar a unas chicas que bromea mientras intentan ponerse de acuerdo para bailar a ritmo con la música. A nuestro lado pasa un grupo numeroso de gentes que por los trajes que a simple vista pueden parecer costosos; deben ser ejecutivos de algún banco o algo por estilo. Con ellos, la barra se termina de completar.

Tomo otro sorbo sin alejar el vaso de la barra y dando una mirada rápida me doy cuenta que el chico de los tragos está más ocupado que nunca. El entusiasmo de las chicas ha conseguido atraer a un valiente a su grupo. Al darse cuenta de la presencia del muchacho se han lanzado miradas maliciosas que cualquiera aquí podría entender. Él también lo ha notado, solo que es evidente que se hace el desentendido. La disimulada picardía de

los movimientos de su cuerpo hace que las chicas terminen riendo bulliciosamente e intenten seguirle el paso.

Presto mayor atención a lo que suena desde las bocinas. Me antojo y desde aquí comienzo a seguir ese contagioso estribillo. Me invento a que suena a deep house o algo parecido. Muevo mis dedos llevando el ritmo sobre el borde del vaso. Miro a Irina y me doy cuenta que está concentrada en alcanzar el fondo de su vaso en el menor tiempo posible. Debería preocuparme pero ya tengo suficiente en mi cabeza como para agregarle algo más. Desde la entrada es fácil notar que hay mucha más gente llegando. Unos en esta dirección, otros al área del restaurante. Me pongo a pensar y creo que debo aprovechar de una vez antes que los baños se conviertan en una fila de nunca acabar.

_ Ya vuelvo, voy al baño

_ ¿Quieres que vaya contigo?

_ No creo que sea buena idea. Está llegando mucha gente y podemos perder el lugar. Regreso enseguida

Irina no me contesta. Solo levanta dos de sus dedos dándome una respuesta afirmativa. Tomo mi bolso y empiezo a cruzar el lugar. Al momento ya voy entre las conversaciones y risas de los que están bebiendo a lo largo de la barra. Esquivando los sillones modernos que rellenan el lugar y los camareros que parecen dar pasos de trote; dejando y recogiendo vasos, copas, botellas.

Llego hasta la enorme puerta de vidrio que separa el lounge del restaurante y el sensor se da cuenta que estoy parada aquí. Pronto me abre paso entre los paneles de cristal. En menos de un santiamén me veo de pie frente al salón del restaurante. Creo que acabo de tomar una mala salida y acabo en donde no debía. Levanto la cabeza y comienzo a buscar el rotulito para tratar de dar con el sanitario. Mientras estoy tratando de ubicarme me doy cuenta que uno de los meseros viene en esta

misma dirección.

- _ Disculpe, los baños
- _ Siga por esa entrada
- _ Gracias

Sigo las instrucciones e inexplicablemente me llega esta sensación de sentirme algo intimidado. Supongo que ha sido por sentirme observado por la gente que está ocupando las mesas más próximas al lugar por donde acabo de aparecer. Abandono el lugar comenzando a rebasar las mesas. El lugar está tan lleno como el bar. La música es igual de agradable solo que un poco más suave para lograr el ambiente idóneo.

Estoy a mitad del salón y por fin doy con mi destino. Distingo la imagen de la chica de la falda sobre una de las paredes. Voy a paso rápido y, desde uno de los extremos se me adelantan un par de mujeres que caminan conversando amablemente entre ellas. Les doy una mirada rápida y solo espero que no sean de las que acostumbran hablarse de pared por medio mientras usan el retrete. Como odio eso. Es como si creyeran que las que estamos ahí necesitáramos entretenernos con su tema.

Llego y me doy cuenta que mi espera será mucho más larga que lo que supuse. En el interior un par de chicas están aguardando su turno y se voltean casi al unísono para mirarnos. Tengo suerte que mi vejiga tenga todavía suficiente espacio para aguantar diez minutos más. Mientras espero por fuera de la puerta, trato de gastar la espera volviendo a mi manía. Observo el salón. No hay duda que este lugar de verdad es exitoso. Esta área parece tan ajetreada como el bar. Solo hay unas pocas mesas libres pero ya decoradas con el rótulo de reservada.

Desde aquí puedo ver al chico que me detuvo en la entrada. Una mujer sale dando zancadas a mi lado y discutiendo con alguien al otro lado de su teléfono. Ahora me da por mirar a través del enorme ventanal que da a la terraza. No me extraña

que al igual que aquí dentro, el lugar esté a reventar. A pesar del frío, la noche está de verdad agradable, sin duda puede ser el lugar ideal para una buena velada. La iluminación cálida sobre esos arbustos la hace ver realmente bien. Es lógico que en su mayoría sean parejas o grupos pequeños los que ocupan los sitios. Es el lugar ideal para una conversación cercana e íntima. Mientras me llega el turno no tengo otra cosa que hacer que mirar a los que están ahí e imaginar sus vidas o lo que probablemente estén conversando.

Él acaba de colocar su mano con demasiado cuidado sobre la mesa, como si el hacerlo fuera algo prohibido o riesgoso. Termina dejándola muy cerca de donde descansa la de ella. Es raro, es como si quisiera tomarla de la mano pero algo lo detuviera o le impidiera hacerlo. La está mirando. Me doy cuenta de la intensidad que brilla en sus ojos pero ella sin duda se le está escapando. La chica parece buscar algo lejos de ahí. Fuera de esa mesa, lejos de ellos dos.

Sigue alejándose, no hay duda que busca desesperadamente engancharse a cualquier cosa que pueda darle oportunidad de evitar la mirada insistente con la que él persiste en observarla. Él se voltea y trata de dar con eso que ha logrado robarle su atención. Termina diciéndole algo. Algo que ha dicho entre dientes. Lo sé porque desde donde estoy mirando, pude notar el leve movimiento de sus labios antes de llevarlos al borde del vaso que ha tomado del extremo derecho de la mesa. Le da un sorbo largo y lo baja por su garganta con evidente fuerza. Ahora me da por imaginar que de seguro él está deseando que ella sienta lo mismo que él. La chica por fin se ha resignado a mirarlo. Es evidente que el tiempo se ha detenido entre los dos. Él la mira directamente, ella lo evita. Finalmente ella se cansa del juego y al fin rompe diciendo algo.

Por la forma en que él la está mirando y el gesto de su cara sospecho que no debe ser algo muy agradable o conveniente para el lugar, el momento, para ellos... Definitivamente algo

nada agradable. Lo intuyo por la forma en que él se ha lanzado resignado sobre el respaldar de su silla.

Ahora está arrollando el borde de las mangas de su camisa blanca dobladas tan simétricamente a mitad de sus brazos fuertes. Ella pareciera estar agregando algo más. Puedo notar el movimiento de sus manos, la manera delicada, hasta un poco arrogante, como está balanceando la copa de un extremo a la altura de su plato. Lo que sea que le ha dicho, lo ha obligado a detener de golpe al camarero que va cruzando al lado de la mesa que comparten. Pide algo y el hombre uniformado asienta solo con la cabeza mientras se aleja en dirección de la cocina. Por primera vez ella está mirándolo directamente, sin siquiera pestañear. Lo veo respirar fuerte. Tomando aire e intentando hacer lo mismo que ella mirar con frialdad pero evidentemente no puede hacerlo. En cambio, algo lo impulsa a mirar a otro punto. A este punto... ¡Maldición!

_ Es tu turno

_ Gracias

La mujer que esperaba detrás de mí, ha tenido que sacarme del apuro y avisarme que por fin hay un espacio desocupado. Me escondo rápidamente en mi cabello y avanzo. Las dos mujeres que estaban antes, ya van de salida y se han volteado a verme con fingido disimulo. Una de ellas, ni siquiera ha tenido reparo en quedarse viendo fijamente mis zapatos. Voy de regreso y mientras cruzo el salón del restaurante no me puedo resistir a mirar nuevamente al punto en donde está la pareja que espiaba hace solo unos minutos. Vacía. La mesa ha quedado vacía.

Voy acercándome a mi lugar en el bar y me doy cuenta que alguien más lo ha ocupado. Uno de los del grupo de los ejecutivos que llegó poco antes de que me fuera. Me reacomodo en el espacio que queda entre lo que fue alguna vez mi silla y el siguiente lugar con la intención de que Irina logre verme y le diga de una vez por todas que se mueva. Mi idea de ir sola al

baño consistía justo en evitar que algo como esto pasara. Se suponía que ella se iba a encargar de cuidarlo.

No entiendo bien pero el tipo se le ha acercado y le ha dicho algo que ha provocado que ella acabe soltando esa risa bulliciosa y estrepitosa. Es evidente que mi presencia ni siquiera la han notado. Así que voy por el siguiente paso. Pararme junto a ella para que sepa de una vez por todas que ya estoy aquí y que necesito que me devuelvan mi lugar.

_ ¡Ey Liz! Mira, quiero presentarte a un nuevo amigo

_ Hola mucho gusto, Roberto

_ Hola

El tipo se queda mirándome y al momento ya no me simpatiza esa risa tan típica de los que andan de bar en bar viendo a ver que se levantan. Es tan odioso pensar en que hay hombres que creen que todas las chicas operamos bajo el mismo manual de instrucciones. No entiendo como Irina permitió que se le acercara. Tiene bonito cabello pero nada más. Lo miro fijamente y solo atiendo a darle una sonrisa. La más odiosa que tengo, y un gesto que lo haga entender que está ocupando mi sitio y que lo quiero devuelta.

_ Ah...disculpa

_ No hay problema

Claro que lo hay –termino pensando- esto es noche de chicas. El recién llegado termina dándome espacio. Se aproxima a Irina la toma por los hombros y se queda mirándome con suspicacia mientras se dirige a ella.

_ ¿Ahora que llegó tu amiga, podemos ir a bailar?

Irina está mirándome y levanta su ceja izquierda en un gesto de súplica, antes de que pueda contestar cualquier cosa. Sabe que esto no me cae nada bien. Lo de dejarme sola para irse a bailar con un perfecto desconocido. Se suponía que esta era nuestra salida. También sabe que no soporto eso de

comprometerme delante de otros. Aprieto los labios y termino aceptando levantando mis hombros. Por un momento me vuelvo un poco egoísta y me entran las ganas de marcharme y dejarla aquí, pero no sería justo después de todo lo que se ha preocupado por mí durante estos días, sin tener obligación de hacerlo. Aparte, creo que ya ha tenido suficientes Manhattan y no creo que sea buena idea dejarla así. Antes de marcharse a la pista se me aproxima y me murmura al oído.

_ Regreso en un momento

Le doy un pequeño empujón, le sonrío y la veo alejarse tomándose de la mano con el tal Roberto, es ridículo ¿de la mano? ¿Qué le está pasando? Sí ya lo sé el licor. Cuando por fin la pierdo de vista entre el grupo que se ha animado a tomar la pequeña pista de baile, me volteo para intentar de acabar con lo que queda de mi trago. Me percató que el vaso de Irina está un poco más lleno que cuando me marché hacia el baño y no tengo dudas que esta es una nueva bebida. No entiendo qué está pasando con ella, nunca la había visto darse de tantas como lo está haciendo ahora.

De un momento a otro me doy cuenta que estoy pensativa mientras observo el hielo sobrepasando el fondo líquido. Estoy pensando una vez más en Ernesto. Intento cambiar mi disco mental y miro de reojo la barra. Todos parecen tener una conversación amena -Sí, todos menos tú Liz-

_ ¿Está ocupado?

_ Sí

_ Gracias

Una voz evidentemente fuerte y varonil acaba de sonar sobre mi hombro. Abro mi boca solo para contestar con evidente desgano... Debería estar molesta con Irina. Insistió tanto con esto y ¿para qué? ¿Esto? Cómo se supone que debo asumirlo ahora que se ha tomado la molestia de dejarme aquí sola. No sé, pero siento como si el tipo de hace un segundo sigue aquí. Giro

solo para intentar entretenerme satisfaciendo mi curiosidad. ¡Dios! ¡No, que mal!... es él ¡Sí es él!

Inesperadamente un golpe eléctrico y ensordecedor ha estremecido todo el interior de mi cabeza; e intento meterla lo más que puedo dentro de mis hombros. Solo espero que no me haya reconocido de ahí afuera. Vuelvo a oírlo. Tiene una voz fuerte y fácilmente reconocible. Es como si fuera cantante o algo así. Imagino que solo una voz trabajada se puede escuchar de esa manera en medio de todo este bullicio. Se ha quedado aquí solo para lograr que el chico de la barra le preste atención. Lo escucho pedir algo y yo sigo aquí con mi cara muy cerca del tipo del lado que ahora se ha dado cuenta de lo que hago y ¡Solo a mí me suceden cosas como estas! Está sonriéndome como si pensara que estoy pretendiendo algo con él. Necesito que el desconocido se marche de una buena vez. Ya no lo oigo más. Imagino que ha logrado ordenar y se mueve hacia otro lugar.

Mis ojos comienzan a adelantarse a mi cuello. Me muevo muy despacio en caso de que esté equivocada y siga aquí. Suspiro aliviada cuando logré voltearme completamente sin que haya muros en la costa... Se dirige al fondo del bar. Por la manera que mueve su cabeza puedo ver que está buscando otro espacio libre en la barra en dirección al fondo. Estoy curioseando y me vuelvo con discreción para ver justo sobre la entrada.

Sigo esperando el momento en que ella aparecerá por ahí, con su pinta de niña fina y linda. La verdad, es que no me la hubiera imaginado apostada a una barra, pero en fin... Pasan los segundos y me doy cuenta que lo que estoy esperando no va a pasar. La chica no aparece y muy probablemente no lo hará. Me balanceo un poco sobre mi lugar solo para ver en dónde ha acabado el desconocido. Veo su espalda. Noto como se reacomoda sobre uno de los taburetes del fondo. Es el tipo que estaba en la mesa, con la chica, sentados en la terraza. Espero que no me haya reconocido. Sé perfectamente que me vio

hacerlo. Lo sé porque terminamos chocando miradas. Sus ojos sorprendiendo a los míos. Espero que la rapidez con la que quité la cara y me metí apresurada al retrete, haya sido suficiente como para evitar u olvidar que era yo la que estaba espiándolos.

_ ¡Dios Irina!

_ ¡Ey! ¿Qué pasa? ¿Qué te pasa?

_ No nada. Es que no te vi venir

Por poco y me mata del susto apareciendo así. De un momento a otro. Atropellándome. Solo está aquí para darle un sorbo largo a su vaso. Me lanza una sonrisa y vuelve hasta donde la está esperando el tal Roberto. Miro hacia la pista y el tipo está haciendo esos movimientos extraños con sus brazos. Apuesto a que ni siquiera se ha dado cuenta que ella no está junto a él. Sospecho que los dos están igual de pasados de tragos. Vaya papel de idiota. Parece estar tan ensimismado en esa extraña coreografía... no entiendo el punto de embriaguez de mi amiga o desesperación para aceptarle bailar con él.

El cantinero se me aproxima y me doy cuenta que ya no tiene el gesto simpático. Tampoco la sonrisa de un principio. Finalmente ha sucumbido al estrés de las exigencias de todos los que atiborran el lugar. Resuelto y evidentemente apresurado me pregunta si quiero otro. Giro la cabeza respondiéndole negativamente. Mi cuerpo no soportaría otro más como estos. Me estremezco de pensar en cómo acabaría una resaca así. En cambio me decido y le pido que por favor me traiga algo más liviano; lo dejo a su elección. Al final se aparece con algo que le he entendido es un St-Germain. En comparación con la elección de Irina se siente como refrescante y liviana agua carbonatada. Voy a mi bolsa e intento ver si hay algo nuevo para mí en el celular. Tres llamadas pérdidas de casa de mi madre y un whatsapp de kiki.

“Hola Liz! Irina me puso al tanto. Mucha fuerza amiga que pronto será solo un mal recuerdo. Te llamo el fin para

reunirnos. TQ”

Termino sonriendo sola. Cuando pienso en Kiki. Inesperadamente otro pitillo. Un nuevo mensaje llegando.

–“¿Ey niña dónde estás? Te he estado llamado y no contestas. No me preocupes...”

–“Hola mamá. Todo está bien. Estoy fuera, al fin le di cuerda a Irina. Estoy con ella”

–“¿Segura que todo está bien? Por favor llámame apenas puedas, quiero saber cuando vienes o voy”

–“Sí todo está bien, no te preocupes. Te llamo mañana y nos ponemos de acuerdo”

–“Cuídate por favor”

– “Tú también mamá, hablamos”

Me mantengo pegada a la pantalla y me doy cuenta cuando aparecen los dos últimos “checks”. Mi madre ha leído la parte final de mi último mensaje. Estoy guardando el móvil y siento que alguien se me ha aproximado lo suficiente como para que me obligue a voltear a ver, antes de acabar lo que estoy haciendo.

Lo hice esperando que fuera otra vez Irina y me doy cuenta de que junto a mí hay un tipo alto. De piel blanca y cabello castaño oscuro que está mirándome y sonriendo de manera rara. Estúpidamente rara. La manera en que nos hace sonreír el licor ¡Que suerte! Es evidente que está borracho. Lo que me faltaba para completarme la noche.

– ¿Bailas?

¡Ni en mil años amigo! –Estoy solo pensando- Desde aquí puedo percibir ese desagradable aliento que produce la mezcla de tabaco y licor. Le hubiera agradecido que al menos se hubiera tomado la molestia de una goma de mascar antes de venir a hablarme.

_ No gracias

_ Vamos, no seas grosera

_ No de verdad gracias, pero no quiero bailar

Me termina sujetando la mano y no tengo la mínima duda que tengo que hacer algo ya mismo para quitármelo de encima. Es de esos tipos raros, intensos y la verdad me está poniendo nerviosa su cercanía. No podía ser “¡mejor!”. Trato de zafarme y el tipo insiste tomándome ahora por el hombro. Es ahora o nunca que debo hacerle esa mirada de pocos amigos y cruzar los dedos para que desista de una buena vez de sus intenciones. Sino ¡no tengo la mínima idea de que debo hacer! ¡Dios, Irina! Ella sabría como hacerlo pero está lo suficientemente lejos para alejarlo de aquí de una buena vez. Así que no tengo remedio, me las arreglaré como pueda...

_ No, no gracias. De verdad no quiero bailar, discúlpame

Cruzo los dedos para que sea suficiente.

_ Diablos... de verdad eres una arrogante

_ Amigo, no es arrogancia. Solo que ya la oíste. Hoy no quiere bailar, eso es todo

Sin voltearme termino haciendo una mueca, arrugando mi cara. Creo reconocer esa voz y esto es un absoluto fastidio... ¿Y ahora qué está haciendo aquí de nuevo? Hace un momento lo vi sentado allá, en uno de los últimos lugares del fondo de la barra. Me vuelvo a mirar. Él ni siquiera se toma un segundo para mirarme pero sonrío hacia el cantinero, como si dijese “Sí, fui yo”. Ahora su atención está sobre el chico que está preparando un par de bebidas muy cerca de donde me encuentro junto a este tipo borracho y realmente inoportuno. No entiendo por qué no se va de una buena vez. Ya le dije que no iba a bailar y él también se lo recalcó. Escuchó nuevamente esa voz contundente dirigirse al bartender.

_ ¿Podrías ponerle un poco más de hielo?

Su brazo cruza en alto sobre nuestras cabezas para aproximar su vaso al otro lado del mostrador. Después de un momento de silencio vuelvo a escuchar la voz del tipo del que me quiero deshacer y que sigue a mi lado ¡Que necio que es este tipo! Esto no va a ser tan fácil pero me doy cuenta que el tipo se está dirigiendo al desconocido de la terraza, que espera muy cerca de nosotros, a que le resuelvan el hielo de su bebida.

– ¿Y por qué rayos no querría bailar? Esa pieza es buenísima

Intento mirar y me doy cuenta que el desconocido no me para bolas. Es como si mi existencia, si alguna vez hubo una en este lugar. Se limitara a una voz en off que le contestó a este borracho que no se ha alejado de aquí y ahora ha ocupado el asiento de Irina. ¡¿Cuándo diablos piensa largarse?! El cantinero por fin le devuelve su vaso y él se voltea para contestarle.

– Porque las cosas amigo, no son cuando nosotros las queremos. Es cuando ellas lo deciden. Así que, yo que tu, me voy a bailar solo a media pista y no desaprovecho la canción

Lo escucho sobre mi hombro y es inevitable que se me dibuje esta sonrisa. De dónde salió eso, nunca había escuchado algo así. Así que para él, las cosas son cuando nosotras las decidamos. Ni él puede creerse semejante argumento de docilidad varonil. Hace un momento en la terraza me dio la sensación que estaba a punto de poner a esa chica en su lugar. Lo vi tan ofuscado con lo que estaba sucediendo entre ellos que escucharlo decir algo así, no se lo creo del todo. Por fin el tipo se ha puesto de pie y respiro aliviada. Gira a un lado de la butaca e intenta recuperar el equilibrio tomando a “el desconocido” por uno de sus brazos. Él solo lo deja avanzar para verlo perderse entre el grupo que ha tomado la pista de baile.

Me doy cuenta que está por alejarse a su lugar y no sé de dónde me han salido las palabras ¡Cállate Liz!

_ ¡Ey!

Él se voltea y está mirándome fijamente ¡¡¡Dios!!! ¡¿Qué hice?! ¿Ahora qué? ¿Qué hiciste Liz?

_ Puedes... tomar este lugar...si quieres

No sé por qué siento que debo verme como una niñita tonta. Estoy justo en ese momento en el que uno se arrepiente de lo que hizo hace solo un segundo atrás y todo se convierte en una confusión dejando cualquier situación, y a cualquiera, en una posición peor que incómoda. Y él... está mirándome como si no comprendiera lo que estoy diciéndole ¡Claro! Yo también lo pensaría. Ahora más bien es como si estuviera tratando de esclarecerse para detectar de dónde o porqué le he dicho eso. Su cara ahora está tan... ¿inexpresiva? Definitivamente me arrepiento de lo que acabo de decir ¿por qué tuve que abrir mi bocota? Está regresando. Viene para acá. Mejor lo hubiera dejado que siguiera hasta el fondo ¡Maldición! Se me aproxima y baja la voz como si lo que está a punto de decirme, nadie más puede conocerlo. Solo él y yo. Esto es extraño, bastante raro

_ Hace un momento me dijiste que estaba ocupado

_ Sí, cierto...Bueno, es el puesto de mi amiga pero ella está allá bailando y no creo que vuelva muy pronto

¡¿Qué demonios estoy haciendo?! Estoy pidiéndole a un completo extraño que se quede aquí conmigo, que me acompañe. Esto está mal, muy mal. Yo no soy así. De dónde me ha salido eso...

_ Tranquila no te preocupes. Ya tengo un asiento al fondo. De todos modos gracias

Esto es completamente nuevo... ¿Esa sonrisa de dónde ha salido? Dios, estoy embobada mirando su boca ¡Sí lo sé! Es de pésimo gusto que lo haga pero... ¿Es que solo yo me di cuenta de lo perfecta, que es? ¡Debo reaccionar inmediatamente! ¡Soy de lo peor! ¡Me quiero morir! Me doy cuenta que no me ha permitido decir nada más y ya va devuelta buscando su puesto al

fondo de la barra.

Mi bochornoso trance se acaba al terminar escuchando los gritos de algarabía que provienen desde la pista de baile. Todos, incluso yo, nos volteamos para entender de qué se trata. El tipo inoportuno, el borracho, que estuvo aquí para llevarme a bailar. Acaba de provocar el escándalo haciendo magistralmente el papel de payaso. Creyéndose el gran bailarín está haciendo movimientos extraños y sugestivos que el resto no ha podido pasar por alto. Intento concentrarme en mi vaso y seguir con mi trago. Gastar el tiempo que Irina necesite para acabar con ese entusiasmo pasado de alcohol. Voy a mi cartera y saco mi teléfono. Debo verme patética ¡Ese tipo acaba de verme patética! ¡¿No entiendo por qué hice eso?! Yo sabía que hoy no era un buen día para salir. Debí quedarme en casa. “Liz eres una tonta. ¿De dónde sacaste ese impulso? ¿Desde cuándo se te da lo de hacerte la simpática?” ¡Rayos!

Esto es absurdamente ridículo. Debe estar ahí burlándose de mí. En el peor de los casos, debe estar pensando que estaba intentando ligarlo o algo así ¡Que tontería! Yo no tengo ni la mínima idea de cómo se hace algo así. Nunca... Ernesto fue mi último y único novio. Nunca podría ligar a nadie. Ahora no sé como hacerlo y la verdad no estoy en lo más mínimo, interesada en intentarlo. Nada de citas, nada de chicos. Necesito tiempo para mí; para asimilar todo eso. Y si fuera así, él sería el último. Yo, yo no podría... la chica que estaba con él era realmente linda, elegante y evidentemente fina. De seguro es de esos que solo se deja ver con modelos, chicas populares, mujeres así. No lo culpo, es lindo, atractivo. Supongo que ahora que estoy sola voy a necesitar aprender muchas cosas de cero ¡Que locura! Por primera vez caigo en cuenta que soy algo así como un recién nacido en muchas cosas. Ese trago en versión Irina está empezando a llegarme a la cabeza.

Sin pensarlo mucho me inclino sobre el mostrador intentando dar con el chico del bar. Está casi al final y sin

proponérmelo me encuentro con el desconocido de la terraza. Parece un poco ido mirando la exhibición de botellas de licores costosos. Que está iluminada con esas luces púrpuras que luego cambian a verde, rojo, amarillo y reinician. Levanto mi brazo para que el cantinero pueda verme. Lo logro y él me hace un gesto avisándome que en un momento estará aquí.

_ Disculpa, puedes guardarme solo por un momento mi cartera y la de mi amiga

_ Seguro, no hay problema. Las voy a dejar aquí abajo

El chico se porta de lujo conmigo y pasa por alto cualquier restricción que pueda tener con respecto a lo de objetos personales de los clientes. Mi bebida, la acabo tan rápido como puedo y abandono el vaso vacío en la barra para encaminarme sin pensarlo mucho al centro de la pista de baile.

Sí ya lo sé, estoy sola. Voy avanzando y lo único que voy repitiendo dentro de mi cabeza es “No me importa”. Si algo debo aprender es que de nada me valió cuidar las buenas apariencias. Sí lo tengo decidido. Voy a bailar sola. Completamente sola, pero no quiero pensarlo, solo quiero hacerlo y listo. La música es mucho más envolvente aquí y pronto me dejo llevar. Sí lo logre, estoy bailando. Bailando sola, bailando conmigo misma. Con el ritmo retumbando en mis oídos. Voy moviéndome y luchando por arrancarme todo lo que me está doliendo y carcomiendo mi separación definitiva con Ernesto.

Los minutos comienzan a pasar y mi cuerpo es cada vez más liviano. Irina y su acompañante han terminado coincidiendo a mi lado y ahora las dos nos miramos y sonreímos. Por un breve instante siento como si mi vida hubiera retrocedido diez años. Cuando era una adolescente y nada o casi nada, pesaba en mi existencia. No me he dado cuenta en que momento he terminado dando palmadas para seguir el ritmo. Esto puede ser una mentira, una que desaparecerá apenas me marche de aquí pero esta vez quiero inventar mi propia versión feliz y la música

sigue sonando.

Sin proponérmelo miro justo sobre el espacio que da a la puerta del ingreso y por un instante me ha parecido ver cruzando por ahí, la imagen de Ernesto. Me detengo de golpe en medio de la pista. La música ha parado dentro de mi cabeza. La sonrisa de hace un momento ha desaparecido y todo esto me parece más una broma macabra que una coincidencia. Aunque intento dar con él no puedo. Estoy de pie en media pista y los que están a mi lado se van tropezando con mi existencia inmóvil.

Algunos me dan la sensación de que me miran de reojo. Otros ni siquiera saben con certeza con lo que se han estrellado. Muevo mi cabeza de un lado hacia el otro tratando de ver si lo que me ha parecido ver, es real o no. Hay mucha gente aquí y localizar el espectro es más difícil de lo que podría sospecharme. Ahora busco a Irina y la localizo entre la gente casi que al momento. Sigue agitando su cuerpo muy cerca del de Roberto. No hay razón evidente, pero me llega la idea de regresar a la barra. De sobra sé, que he perdido nuestros lugares pero es mejor que vaya por nuestras cosas. Comienzo a dirigirme ahí y desde donde avanzo levanto la vista y puedo ver al muchacho del bar. Voy a darle un par de canciones más a Irina y le voy a sugerir que nos marchemos. Si ella no quiere hacerlo... De todas formas tengo la excusa perfecta. Quiero salir a casa de mi madre mañana temprano.

Llego hasta la barra y el chico me ha visto casi que de inmediato. Sonreímos y aunque no lo conozco quiero creer que ya me cae bien. Doy tiempo a que pueda preparar cuatro bebidas que va haciendo al mismo tiempo. Volteo de nuevo hacia la puerta solo para intentar tranquilizarme y darme cuenta que lo que me ha parecido ver es solo una jugarreta de mi cabeza.

¡Maldición! ¡Maldición es ella! ¡No era asunto de mi cabeza! ¡Están aquí! Acabo de ver a Ana María entre un grupo de gente que viene caminando en esta dirección ¡Dios, aquí viene Ernesto! Doy media vuelta y comienzo a intentar escapar

entre los que atiborran el borde del mostrador ¡Debo llegar hasta donde Irina y advertirle que debemos largarnos ya mismo!

_ ¡Ey cuidado!

Solo eso me faltaba. En mi descontrolada huida he terminado dándome de bruces sobre el pecho del desconocido de la terraza, que no tengo la mínima idea de dónde ha salido.

_ Dios, perdón...

_ ¿Estás bien?

_ Sí, discúlpame

_ ¿Estás segura?

_ Sí, sí perdón

Sigo avanzando. Tratando de llegar hasta dónde está Irina. Debemos marcharnos de una buena vez. No fue mi sugerencia, Ernesto está aquí. Está aquí y está con ella ¡maldición! ¡¿Qué es esta maldita coincidencia?! ¡¿No podían haber elegido cualquier otro maldito sitio de esta enorme ciudad?!...¿tenían que acabar aquí?

_ Irina. Irina por favor detente un momento

_ Vamos muévete Liz, esta pieza es increíble

_ No por favor, espera un momento, tenemos que irnos

_ ¿Irnos? ¿De qué estás hablando? Lo bueno apenas está empezando, vamos muévete, baila, baila con nosotros

_ Es Ernesto. Está aquí. Acaban de llegar, por favor vámonos Irina

Me doy cuenta que Irina ha dejado de moverse y aunque su mirada fácilmente puede delatar los tragos que se ha tomado de más. Su cara ha caído en una seriedad que termina preocupándome.

_ ¿A dónde está?

_ Acabo de verlos aproximarse. Venían en dirección por

donde estábamos al principio

_ No, no nos vamos a ir de aquí Liz...llegamos primero
¿No?

_ ¿Qué estás diciendo Irina? Vámonos por favor, ya
estuvimos lo suficiente. No quiero estar más aquí. No quiero
verlo. Vámonos

_ ¡Estás loca! Es la oportunidad que he estado esperando
para mandar a la mierda a ese maldito desgraciado

_ ¡Basta Irina! Vámonos por favor. No vale la pena

Antes que pueda decirle nada más Irina nos ha
abandonado a Roberto y a mí en medio de la pista. Dios mío,
esto no puede estar pasándome. Desde aquí, logro verla con
paso decidido. Dirigiéndose al punto en donde le he dicho he
visto a Ernesto ¡maldición! ¡No puede ser! Comienzo a seguirla
para intentar que cambie de idea y no cometa ninguna estupidez.

_ ¡Irina por favor vámonos! ¡No hagas peor las cosas!

La pierdo de vista y me doy cuenta que el desconocido de
la terraza no ha perdido detalle de todo lo que ha sucedido entre
nosotras dos. Algo, que en este momento no me importa en lo
más mínimo. Solo quiero largarme de aquí ¿Dónde diablos se ha
metido Irina? Ya la veo. Ernesto y Ana María están sobre la
barra. Sonríen entre ellos mientras parecen conversan de algo.
Lo único que atino hacer, antes que Irina le golpee el hombro,
es cerrar los ojos y pedir por un milagro ¡Sí, un milagro ya
mismo por favor! No me caería mal. El milagro que
mágicamente Ernesto desaparezca, o acabe, convirtiéndose en
otro tipo y ella en otra mujer. Que todo esto sea una confusión.
Ernesto se ha volteado para saber quien le ha puntillado el
hombro. Quiero morirme aquí mismo.

_ Irina... Liz

_ ¿Qué? ¿Ahora te va a dar por seguirla?... No te bastó
con arruinarle la vida durante estos años, desgraciado. Ahora

vienes e intentas...

De un golpe, Ernesto y Ana María han abandonado esa pose de comodidad que tenían hace un momento. Él está mirándome como si yo tuviera algo que ver con el arrebato que está sufriendo Irina en este momento.

_ ¡¿De qué estás hablando?!

_ Irina por favor vámonos, déjalos

_ ¡Suéltame Liz!

No puede ser. Irina está acercándosele de manera muy temeraria. Es como si intentara retarlo. Es una locura.

_ ¿De qué estoy hablando? Estoy hablando que mientras mi amiga hacia todo lo que estaba en sus manos por arreglar su matrimonio ¡el de ambos! Tú, pedazo de maldito, te estabas revolcando con esta zorra

Debo ser sincera con eso. Me encantó la intensidad y la fuerza con la que sonó eso de esta zorra.

_ ¡¿Qué me dijiste imbécil?!

Es lógico que Ana María esté reaccionando así. No todos los días te tratan como lo que realmente eres en público y en un lugar tan conglomerado como este. Por las risas y las miradas curiosas de los extraños que nos rodean, es evidente que lo que está ocurriendo aquí, nada tiene que ver con una plática íntima entre dos mujeres mesuradas.

_ ¡No le hagas caso! ¡Basta Irina! ¡¿Qué es esto Liz?!

_ No metas a Liz en esto. Estoy hablando contigo...Eres de lo peor Ernesto. Nunca me gustaste para mí amiga, algo dentro de mí siempre me dijo que eras un maldito. Un maldito desgraciado...

¡Oh maldición! Ana María ha salido de la nada y ha terminado pegándole una descomunal cachetada a Irina. Debo hacer algo ya mismo pero ¡Que diablos!

_ ¡No, No Irina! ¡Por favor, por favor basta. Vámonos!

_ ¡Maldita puta! ¡Si mi amiga no lo ha hecho, yo voy a darte tu merecido, maldita roba maridos!

Intento sujetar a Irina pero el coraje y la bofetada, le han dado una fuerza descomunal, contra la que poco puedo hacer para evitar la embestida que va sobre Ana María. Ernesto termina enfrascándose en una lucha infernal para evitar que los brazos de Irina puedan ir más allá e intenten alcanzar a Ana María. Pasan pocos segundos antes de que a él se le agoten las fuerzas o la habilidad de mi amiga le ganen la partida. Irina en un abrir y cerrar de ojos alcanza la coleta de Ana María y la hace terminar en el suelo ¡¿Dónde está la seguridad de estos lugares cuando se necesita?! Termina por írsele encima y le propina sobre la cara, dos golpes certeros con la mano abierta. Eso me dolió profundamente también a mí. Intento halar a Irina, hacer que reaccione y que acabe con todo esto pero está fuera de control. No entiendo qué le está sucediendo. Ernesto hace lo propio por apartarlas pero Irina está como anclada sobre el cuerpo de Ana María.

_ ¡Irina basta por favor. Déjala!

Desde donde lucho con Irina, puedo escuchar todas las maldiciones y todo lo demás, que ha dejado caer sobre la existencia de la mujer de mi exmarido. En un intento desesperado de Ernesto, por liberar a Ana María y al ver que no puede quitar a Irina con sus brazos se pone de pie y acaba lanzando una patada fuertísima sobre la existencia de Irina.

Me aparto de un salto y no puedo creer lo que acabo de ver. Mi cuerpo comienza a temblar. Tiemblo como lo hice la mañana del juzgado. Todo parece salirse de dimensión dentro de mi cabeza. ¡Dios mío! Irina cae muy cerca de mis pies y me parece que ha perdido la consciencia. ¡No puede ser! ¡No puede ser!

_ ¡Irina! ¡Irina, por Dios! ¡Irina!

Esto era lo último que podría haber imaginado de él. Antes que pueda poner cabeza fría y reaccione a lo que acaba de pasar; un puñetazo ha aparecido de no sé diablos dónde. Ha acabado estrellándose sobre el rostro de Ernesto. Tengo un nuevo sobresalto al ver como su nariz se revienta en borbotones de sangre.

Intento saber qué es lo que está pasando. De dónde ha aparecido ese puño cerrado y me tropiezo con la imagen enfurecida y desafiante de el desconocido, que está prácticamente parado sobre mí derecha. Listo para darle un nuevo golpe. En mi conciencia estoy segura que esto va a estallar en pedazos. Mi mente está segura que Ernesto reaccionará en cualquier momento y entre ellos dos se formará una gran pelea. Lo único que atino a hacer en este momento es ir rápidamente al suelo, junto a Irina.

_ Irina, Irina...Dios mío ¿estás bien?

_ ¡Eres un maldito pendejo! ¡Muy hombre ¿verdad?! pegándole así a una mujer. Si quieres desahogarte, podemos salir de una buena vez y arreglamos en la calle como lo hacen los hombres, entre hombres...

_ ¡Animal!

Escucho como Ana María empieza a despotricar contra el desconocido. Yo, sigo intentando que Irina reaccione, que vuelva en sí, pero tengo la sensación por la mueca en su cara que no está nada bien.

_ ¡No estoy hablando con usted! ¡No se meta en esto!

_ ¡Bruto animal! ¡Mire, le reventó la nariz! ¡Llamen a la policía para que se lleven a este maleante! ¡Idiota! ¡Desgraciado!

_ Irina, por favor dime algo, ¿puedes levantarte?

Desde aquí me doy cuenta que Ernesto sigue sin reaccionar. El tipo a todas luces le ha dado un golpe descomunal

que lo ha dejado fuera de sí. Levanto la cabeza. No debería hacerlo. Eso me obliga a mirar lo que no quiero. Lo descubro sentado, con la mirada pérdida. Ana María junto a él intentando lo que puede, para que vuelva a reaccionar de algún modo. Las cosas no pueden verse peor. Irina me tiene preocupada. La patada que le ha dado Ernesto me ha dejado perpleja y sigo temblando.

_ Déjame Irina, te ayudo ¿Puedes levantarte?

Irina logra sentarse con mucho esfuerzo sobre el piso, mientras el desconocido la toma por las axilas con cuidado para que sea mucho más sencillo para ella hacerlo. Levanto la vista y nos rodea un espacio vacío y muchos, muchísimos rostros, están idos observándonos. Los tipos fornidos de la seguridad privada del lugar al fin aparecen y ya están junto a nosotros. No estoy prestando mayor atención; pero sé, que Ana María algo está reclamándoles a grito de voz, mientras nos señala con feroz insistencia. Uno de esos hombres se inclina y se dirige a nosotros. La verdad es que poco me interesa lo que va a decirnos. Estoy realmente preocupada por Irina ese golpe sonó inquietantemente fuerte sobre su cuerpo.

_ Necesito pedirles que se vayan o tendré que llamar a la policía... ¿Usted también?

_ Sí, sí no hay problema. Solo estoy ayudándolas. Denos un par de segundos para que ella pueda ponerse de pie y nos marchamos

_ ¿Viene con ellas?

_ No, no. Solo que no...no pude con eso de que él la golpeará así. Ustedes no lo vieron pero ese tipo la golpeó fuertísimo. No se preocupe, solo unos minutos y me voy

El oficial se pone de pie y casi al mismo tiempo, la música vuelve a sonar en todo el bar. Irina está intentando ponerse de pie y el desconocido se apresura a acomodarse junto a ella de manera que pueda asirse a él.

_ Vamos las acompaño afuera ¿segura que puedes caminar?

_ Sí creo que sí, demonios, casi me mata

Irina contesta con desgano y algo quejumbrosa. Me preocupa que el golpe haya podido lesionarla de alguna manera. El chico que atiende la barra ha estado lo suficientemente al tanto ¡Cómo no estarlo! De lo que ha ocurrido, y viene a entregarme nuestras cosas para que salgamos del lugar de una buena vez. Uno de los de la seguridad, se encarga de escoltarnos hasta la puerta.

3

Estamos sobre la acera y no me canso de insistirle a Irina para que me diga como se siente en realidad. Si no se ha dado cuenta; estoy realmente preocupada. Sin embargo ella, tiene una actitud completamente indiferente como si lo único que hubiera sucedido es algo parecido a un enorme aguacero encima.

_ Irina creo que lo mejor es que vayamos al hospital para que te revisen

_ No digas tonterías. Lo único que hizo fue sacarme el aire. En un rato me sentiré mejor... La satisfacción que me queda es que a él le fue mucho peor

Irina lanza una mirada maliciosa y al mismo tiempo divertida sobre el desconocido. El tipo no se le ha despegado desde que le ayudó ahí dentro. Él termina dándose cuenta de la mordacidad del comentario de ella e intenta seguirle la corriente mientras desde su cara aparece nuevamente esa sonrisa perfecta que me inquieta. Intenta mirarme pero termino quitándole la cara. En mi caso, no hay nada divertido en todo esto. Ha sido, por mucho, la noche más bochornosa de mi vida.

_ ¿Eso crees?

_ Seguro. Por muchos días nos va a tener en su cabeza, día y noche amigo

_ Bueno, la verdad, él se lo buscó

_ No te lo había dicho, pero gracias

_ ¿Gracias? ¿Por qué? Ya estabas tumbada en el suelo cuando yo llegué

_ Por hacer lo que tanto soñé en hacer desde hace mucho, mucho tiempo

Irina se vuelve a espiarme. Me doy cuenta que él también está mirándome. Intentando entender qué es lo que ha pasado ahí dentro. Imagino lo que debe estar pensando de nosotras e Irina actúa como si nada.

_ ¿Viste cómo somos? Nos has ayudado y ni siquiera te hemos preguntado cómo te llamas

_ Pablo. Mucho gusto

Miro de reojo como él extiende su mano a Irina en un gesto de cordialidad pero Irina ¡Dios, que le baje rápido el licor! Responde con esa risa burlona tan típica de ella. Ella es... ¿Cómo decirlo? un poco tosca, para esto de los modales

_ ¡Uy interesante! Eres de los que saluda de mano y todo. Como un completo caballero. Yo soy Irina y ella es mi amiga liz. La verdad es Elizabeth, pero solo la reconocemos como Liz. Ya sabes, esto del bajo mundo...

Él, me imagino que por mera educación, ha terminado riendo a ese comentario tan soso de Irina. La verdad, yo me siento muy avergonzada. La verdad Irina, para mí gusto, es demasiado animada con los extraños y eso siempre me ha parecido siempre un poco incómodo, pero en fin. Es su manera de socializar. Me imagino que por eso es tan exitosa con la gente como es. Todo lo contrario a mí. Me doy cuenta que se me acerca y también me extiende la mano.

_ Hola, otra vez

_ ¡¿Otra vez?! ¿Ya se conocían? ¿Ya lo conocías Liz?

Irina se voltea y me mira abriendo como enormes ventanas, sus ojos marrones. Pablo, está mirándome mientras espera que yo le responda el saludo. Le acerco mi mano con evidente congoja.

_ No, bueno sí. Nos vimos en el bar, cuando un tipo bastante desagradable y borracho se me acercó para que fuéramos a bailar

_ Debo corregir algo. Fue un poco antes a eso. La verdad es que por un momento creí que me habías negado el asiento que él lo estaba ocupando

_ ¿Le negaste el asiento Liz?

_ No. Bueno sí pero no es eso lo que quiero aclarar ¡No, por Dios no! Para nada, ni en mil años. Ese tipo no estaba conmigo. Lo hubieras visto Irina...Con su traje todo desarreglado y esa cara ¿y lo de bailarín? Horrible...

Me detengo al momento en seco. Noto cómo me está mirando Irina. Es claro que acabo de describir a Roberto. El tipo con el que ella estuvo bailando. Gracias al cielo Pablo acaba interrumpiendo el silencio.

_ Bueno, creo que es hora que me vaya ¿Las acompaño hasta el parqueo?

Irina me mira por un momento y terminamos dándonos una pequeña risa cómplice.

_ No te preocupes Pablo. Nosotras esperamos un taxi por aquí. Muchas gracias por todo

Está mirándonos. Es evidente que está intentando encontrar las palabras correctas antes de abrir la boca. Duda por un momento pero luego lo lanza sin pensar.

_ ¿Vinieron sin auto?

_ No. Más bien, vivimos sin auto

_ Ah...ya veo

Desde aquí puedo darme cuenta que se ha sentido incómodo con lo que ha contestado Irina. Es como si no tener auto nos pusiera en cierta desventaja. Estamos en silencio y me doy cuenta que quiere decirnos algo pero no está del todo seguro en hacerlo, es como si desde aquí pudiera ver como está titubeando sus pensamientos.

_ No sé, si quieren puedo encaminarlas un poco. Voy al

oeste ¿ustedes?

_ Vamos al sur así que no te preocupes

_ No, no hay problema. Es tarde y puede ser algo peligroso que, se queden aquí solas. A parte, con ese golpe que te dio ese tipo, no creo que sea buena idea caminar o esperar de pie por mucho rato... No me miren así. Les juro que no soy ningún psicópata. Es más pueden revisar el auto antes de montarse. Así se podrán dar cuenta que no llevo cuerdas, cintas adhesivas, motosierras o algo por el estilo.

Las dos sonreímos con la broma. Ya veo que no solo a Irina le ha llegado el licor payaso. Pero yo sí me estoy pensando seriamente lo del psicópata. Irina no me pregunta nada y se adelanta.

_ ¿Estás seguro?

_ Pues sí

_ ¿De qué no eres psicópata?... es broma ¿Estás seguro de querer llevarnos hasta allá?

_ No hay problema, vamos

_ Vamos Liz

Que bueno que a mí amiga se le ha ocurrido la idea de que estoy aquí. Gracias por preguntar. Intento avisarle algo a Irina bajando un poco la voz pero rápidamente me doy cuenta que él me ha escuchado.

_ No puedo quedarme en tu casa. Tengo planes para mañana temprano

_ ¿Dónde vives?

_ No te preocupes. Desde su casa puedo conseguir un taxi

_ Bien, vamos

Camino en silencio hasta el estacionamiento. Me he quedado relegada unos cuantos pasos pensando en lo que ocurrió

ahí dentro. Es claro que Irina y él han tenido conexión instantánea. No han dejado de hablar desde que salimos del local. Es como si nada de lo que ocurrió ahí dentro hubiera pasado para ellos dos. En cambio yo. No he dejado de pensar. En la enorme mala suerte que he tenido coincidiendo con Ernesto aquí. Mi gran error fue mencionárselo a Irina. Hubiera sido mejor haberle inventado una excusa y salir de ahí. Ni en mil años hubiera pensado que iba a terminar reaccionando así. Si alguna vez Ernesto terminó odiándome; ahora tienen suficientes razones para justificárselo. Llegamos y aunque intento disimular, Irina termina echando al traste, cualquier intención pensada para pasar por alto lo costoso que parece ser este vehículo.

_ ¿Estás seguro que esto es tuyo? ¿No iré a pararnos la policía o algo así?

Pablo sonrío y me lanza una mirada rápida. Mirada que yo evado casi que inmediatamente. Irina está de atar

_ No, no te preocupes. Completamente mío y todo en orden

No puedo evitar pensar que es de esos tipos frívolos que usan su auto para embelesar a chicas jóvenes... como con la que estaba en la terraza. Me pregunto que pasó con ella. Extiende las llaves y las luces sobre la carrocería oscura avisan que ha desactivado la alarma. Estamos adentro y mi idea sobre el lujo se queda completamente corta. Los asientos se sienten mejor que cualquier sofá en donde haya colocado mi trasero. La iluminación sobre el tablero es tan nítida. Gira las llaves y si no fuera por la vibración casi imperceptible, no habría forma de darse cuenta que el auto ya está encendido.

Pablo le pide la dirección exacta a Irina y la introduce en su móvil. Al momento el mapa se despliega sobre una pantalla ubicada justo en medio de todo el tablero del vehículo. Irina, que ha decidido sentarse junto a él, no puede resistirse a reír bulliciosamente mientras se voltea un poco para hacerme parte

de lo que le ha parecido tan chistoso. Una vez más estoy pensando que fue mala idea salir de casa.

_ ¿Lista amiga para tu viaje a la luna?

Me doy cuenta que Pablo me está mirando a través del espejo retrovisor. Es claro que las ocurrencias de ella le divierten. Yo le respondo entre dientes y me ubico cerca de una de las ventanas de aquí atrás. Salimos del lugar y debe ser el confort inigualable de este cacharro que el viaje hasta la casa de Irina, se sienten solo como unos minutos. Bajo rápidamente y me despido.

_ Entendí que no ibas a quedarte, y como ya estoy aquí, si quieres puedo llevarte

_ No, no te preocupes

Por un instante Irina me toma del brazo, me mira seriamente e intenta hablarme lo más silencioso posible olvidándosele que él está a solo un asiento de distancia y que claramente puede escucharla.

_ Mira la hora que es, deberías irte con él. Un taxi por aquí, no sabemos en cuanto tiempo pueda pasar algo lo suficientemente confiable para que viajes sola

¿Está hablándome de confiable? ¿Y qué tanto puede ser un tipo que apenas acabamos de conocer? Torneo mis ojos para que ella me entienda que lo que me dice no tiene nada de seguro. Así es como suelen ocurrir las cosas malas. Después de unos segundos ella me vuelve a insistir. No sé por qué está tan segura que este tipo no es un loco desquiciado. Ahora está tratando de convencerme de los riesgos, que puede haber, con él y un taxista.

_ Danos solo unos minutos, mi amiga cree que eres una especie de maniaco. Dame tu número telefónico y voy a sacarle una foto a tu auto. Solo así ella aceptará montarse sola contigo. Si ella no me llama en la próxima hora, le daré tus datos y tu descripción a la policía ¿entiendes?

_ Entiendo

Esto es ridículo. Pablo está riéndose de todo este espectáculo de Irina. Tengo ganas de matarla. Solo que creo que se lo perdono solo por el hecho de darme la posibilidad de volverlo a ver sonreír. Ya sé qué es todo eso de pedirle el número telefónico. La descarada me está usando como chivo expiatorio para lograrse el número. Pablo está mirándome y siento que mis mejillas están subiendo de temperatura. No es que crea que es un maniaco pero definitivamente soy de las que toman previsiones de seguridad.

He terminado haciéndole caso a Irina, solo para que dejara de hablar estupideces y dejara de hacer el ridículo con él. Ahora voy aquí. Viajando con este desconocido. Del que solo sé se llama Pablo y tiene un auto que quizás el promedio de los mortales como yo, ni siquiera podríamos soñar con tener. Esto es lo que yo llamo jugarse el pellejo.

_ Tú amiga es bastante, simpática

_ Algo

_ ¿Se conocen desde hace mucho?

_ Sí. Desde la universidad. Llevamos varios cursos juntas

_ Bueno, pero eso tampoco debe ser tanto tiempo...

_ Unos cuatro años

_ Ya veo... ¿Qué estudiaste? O ¿Qué estás estudiando?

_ Arquitectura. Terminé hace un par de años

_ Interesante. Digo interesante por que pareces una chica bastante joven y ya arquitecto ¿Trabajas?

_ Sí. Trabajo para una firma. No es un gran salario pero al menos es algo estable.

No quiero hablar, la verdad es que tengo suficientes

razones para sentirme avergonzada con él. Quiero llegar rápido a casa y no volver a hacer ninguna otra salida en la ciudad. No quiero volver a ver a Ernesto nunca más en mi vida y eso es absolutamente definitivo y no es por él sino más bien por mí.

_ Hace un rato, cuando estábamos en las afueras del bar mencionaste que me habías visto cuando el tipo ebrio se te había acercado, pero ya me habías visto antes ¿cierto? ¿O me equivoco?

Lo que acaba de decir me toma por sorpresa. Siento una especie de locomotora que me arrastra a toda velocidad. Qué es exactamente lo que significa “Ya me habías visto antes...” No sé por qué me siento así. Como si me hubiera pillado en algo malo. No sé que contestar. Intento mirar por la ventana y el reflejo me hace ver que sigue conduciendo como si nada. Mi respuesta está durando demasiado tiempo en salir. Me concentro en la imagen oscura que hay frente a nosotros al otro lado del parabrisas. Me doy cuenta que presiona la tecla de volumen del radio que lleva sobre el manubrio. El sonido empieza a bajar. Debe creer que no lo he escuchado ¡Claro que lo he hecho! Justo ahora me arrepiento de no haberme quedado en casa de Irina.

_ Sí, cuando te acercaste para ver si el asiento estaba libre

_ No. No ahí

¡¿Qué?! ¡¿Ha dicho no?! Entonces esto podría ponerse un poco más incómodo de lo que ya es. La luz del semáforo parpadea en rojo y el vehículo comienza a detenerse. Como deseo que el cambio de luz sea justo ¡ya! El auto se detiene por completo y la soledad que tapiza la calle le da chance para girarse desde su asiento y mirarme. Intento hacer lo mismo que él, pero no creo estar en una situación ventajosa para hacerlo. Me delataría. Creo que este tipo está tratando de decirme que sí me reconoció en la fila de espera del sanitario

_ Pues no me refería precisamente a ese momento. Hablaba más bien de cuando estabas esperando turno para el

baño.

Ahí está. Lo acaba de decir. No puede ser...Sí es justo eso, lo que me estaba temiendo. Sí me reconoció y yo invitándolo a que se sentara en el espacio de Irina. Que gran idea Liz. Ya entiendo que me dijera que no. Debe crearme una especie de loca.

_ Yo estaba en la terraza junto a una amiga. No sé por qué me volteé y te vi. Me di cuenta que estabas mirándonos ¿La conoces? ¿A mí amiga?

_ No, no. Solo fue simple curiosidad. Estaba mirando. Mirando todo. No, definitivamente no conozco a tú amiga

No puedo ser más evidente con lo que estoy sintiendo ahora mismo. Me quedo en completo silencio y tengo mi cerebro a mil. Intentando dar con una excusa buena y sobretodo creíble. Solo que Pablo se me hace un tipo algo observador, y no creo que se esté creyendo eso de que era simple curiosidad. Es que realmente estaba observándolo con mucha atención. Estaba, y no sé por qué, embobada observándolo. De su amiga lo único que podía ver era su cabello, una parte de su brazo pero él estaba justo en medio de mi campo de visión y yo ni siquiera parpadeaba.

_ No tienes porqué preocuparte Liz. Solo que me intrigaste, pero tranquila no pasa nada. No creas que me molestó o algo por el estilo ¿Sí sabías que era yo, cierto?

Si hubiera más luz aquí adentro, podría darse cuenta lo sonrojada que está mi cara. No sé si soy yo pero estoy empezando a sentir un poco de calor a pesar del aire acondicionado. Es bastante incómodo que él lo esté mencionando. Cuando estaba ahí y él se volteó a mirar de repente, pensé que mi mirada tropezando con la de él, podía pasar fácilmente por un mero accidente o simple coincidencia. No creí que hubiera detectado que estaba observándolo de forma tan atenta y vergonzosamente indiscreta. Me quiero bajar ahora

mismo de aquí y no volver a verlo nunca más. Debo decirle, responderle algo. Se ha volteado a verme un par de veces desde que preguntó si supe que era él

_ Al principio, al principio no. Luego en el bar, cuando te acercaste la primera vez, para preguntar por el asiento, te me hiciste algo familiar y luego recordé en donde te había visto...

_ Ya veo. Que mal, por un momento me hice la ilusión de que habías visto algo interesante en mí.

...¿Es otra broma como las de hace un rato? Está sonriendo y creo que definitivamente debería patentarla. Es una sonrisa perfecta. La luz cambia a verde

_ No me veas así, es solo una broma Liz. Entiendo perfectamente por qué lo hacías.

Su gesto ha cambiado radicalmente. Es como si dentro de su cabeza se hubiera instalado una enorme y oscura nube. Algo se ha salido de lugar dentro de él.

_ La discusión que había entre nosotros era lo suficientemente acalorada como para pretender que pasara desapercibida. Fue culpa nuestra terminar siendo el espectáculo del lugar. La verdad es que ella no era mi amiga y la verdad no creo que si quiera pueda aspirar ahora a eso. Era mi novia. Ya ves, muchas cosas no son como uno se las planea.

Su novia. Guardo silencio y extrañamente escucharlo me trae algo de alivio. Aunque eso no justifica la descarada intromisión que cometí al espiarlos. Un segundo después, él ya ha olvidado lo que hice y ahora está intentando cambiar de tema. Solo que su elección no es la mejor que hubiera esperado.

_ ¿Y lo del bar?

_ ¿Cómo?

_ ¿Lo del bar? ¿El alboroto que armó tu amiga? ¿Era su novio, verdad? la otra chica evidentemente es su amante ¿No? Llegué un poco tarde así que intervine porque simplemente no

iba a dejar que la golpeará así pero no comprendí del todo qué estaba pasando. Bueno, si quieres mencionarlo

Reviso los alrededores y me doy cuenta que estoy a unas calles para llegar a mi edificio. Puedo seguirle la corriente a su idea equivocada y no ir más allá pero me gana la curiosidad sobre algo de lo que ha dicho.

_ ¿Cómo sabes que es la amante, por qué lo dices?

_ No lo sé. La manera de tratarse entre ellos. Sobre todo él con ella. Está mal que yo lo diga. Es casi como hacernos una muy mala publicidad, pero los hombres somos criaturas extrañas por ponerlo en palabras condescendientes. Cuando obtenemos lo que queremos, se acaba el interés y eso al final se nota en la manera en que tratamos a nuestras parejas. En cambio él se la comía con la mirada, evidentemente no es la típica relación que ha sucumbido a la rutina. Tiene lo excitante de los encuentros ocasionales... ¿Entonces el tipo si era su pareja?

_ No.

_ ¿No?

_ El tipo es mi esposo... más bien mi exesoso

_ ¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo, cierto?

Doy un suspiro y le pido que me deje en la esquina. Es claro que el que está pasando un mal rato ahora, es él.

_ Llegamos. Déjame ahí, en esa esquina por favor

_ Sí claro

Nos detenemos y reacomodo mi chaqueta para protegerme del frío de la madrugada. Me vuelvo sobre el asiento para despedirme y me doy cuenta que está mirándome de manera diferente. Ya lo sé. Está lamentándose de lo mal de mi vida sentimental. Es patético. Es un hecho que lo mío acabó bastante peor que lo suyo. Odio cuando me miran de esa manera. Como si ya no fuera suficiente con aguantarme todo lo de Ernesto.

_ Muchas gracias Pablo

_ Con mucho gusto. Espera un momento Liz ¿De verdad es tu exesposo? Es que, no sé, eres muy joven... Discúlpame, no fue mi intención ser un completo imbécil. No tenía que haber dicho esas cosas. De verdad lo siento mucho

_ No te preocupes. No tenías como saberlo. Cosas que pasan y ya

_ Pero por qué tú amiga reaccionó así. Ya no están juntos...

_ Yo tampoco lo sé. De verdad muchas gracias por traerme

_ De nada, cuídate

Cierro la puerta y comienzo a buscar dentro de la oscuridad de mi cartera las llaves del pequeño portón que conduce al sencillo recibidor del edificio. Desde donde avanzo puedo darme cuenta del sonido del motor encendido que todavía sigue aparcado ahí. Lo imagino viéndome avanzar y compadeciéndome, mientras revisa su teléfono y busca algún acompañante para la parada obligatoria en el próximo antro de la ciudad. Estoy dando llave por dentro del portillo de metal forjado cuando veo cruzar frente al edificio, la imagen de su auto alejándose.

Esta es una noche de esas que merecen ser enterradas en el fondo más oscuro de la memoria. Todavía no logro entender cómo diablos fue a pasar todo eso con Ernesto.

Este ha sido un día de esos difíciles en el trabajo. Me siento más que agotada después de lidiar la mayor parte del día preparando maquetas. Aunque eso era algo que antes no realizaba con regularidad. Las circunstancias de la crisis, han obligado a mi jefe a tener que prescindir de algunas personas para que otros asumamos todos los trabajos extras que se puedan. Algo que no me importa en lo más mínimo, si con eso me garantizo mantenerme en mi trabajo. Ahora, debo hacer todo lo que sea necesario por no perder mi ingreso. Cuando estaba con Ernesto, los gastos se equilibraban y eran más llevaderos porque ambos los asumíamos. Un cincuenta, cincuenta. Ahora debo vérmelas por mí misma, lo que me ha obligado a ordenarme un poco más con el presupuesto. Así que ponerme a quejarme o negarme a los trabajos extras que quieran asignarme, no es opcional para mí. Así que para esta hora, nada me apetece más que un buen baño caliente y una taza de café recién hecho para algo más de energía para poder seguir con lo que me espera, por un buen rato de la noche.

_ Hola Liz

_ Hola Esther ¿Cómo estás?

_ Muy bien y espero que tú también

_ Eso intento, gracias

Me despido de ella y acabo dando vuelta a la esquina. Comienzo a desgranar la imagen de la calle que ocupan los viejos edificios estilo victoriano que coronan esta calle casi olvidada de la ciudad. Algunos chicos aprovechan el final de la tarde y la oportunidad del buen tiempo para jugar en medio de la calle, mientras los autos se los permite. Sobre las aceras, algunos de los que regresamos de nuestros trabajos o los que ya

van rumbo a cumplir las jornadas nocturnas. Intento alcanzar las llaves para poder entrar pero todos estos planos que cargo y que prometí a mi jefe revisar esta misma noche, lo hacen mucho más difícil y es casi imposible que mi mano alcance el fondo de la cartera.

_ ¿Puedo?

Escucho la voz del que se ha aproximado a mí lado y mientras intento cerrar la cartera para evitar perder alguna cosa. Me siento aliviada que alguien sea tan oportuno. Volteo y me doy cuenta que es Steven. Uno de mis vecinos en el edificio. Estudia medicina y vive en el apartamento más codiciado de todos los de aquí. Último piso, con vista a la parte menos conglomerada y decadente de esta zona de la ciudad.

_ Hola Liz, justo a tiempo ¿verdad?

_ Sí, así es Steven ¿Cómo estás?

_ Bien ¿y tú?

_ Bien

_ Adelante

_ Gracias

Nos miramos por un breve momento, reconociéndonos y me permite pasar por delante. Aguardamos frente al viejo elevador que viene de regreso hasta el primer piso. Y ambos reaccionamos con sobresalto al escuchar una voz fuerte que suena y hace eco en el recibidor, viniendo desde el portón. Antes de poder voltear escucho como se dirigen a mí.

_ Hola Liz

Steven se hace a un lado. Es evidente que el extraño me conoce. Las puertas del elevador se abren y uno de nuestros vecinos sale de ahí, deteniéndose para saludarnos. Por un momento, el instante se me vuelve algo caótico.

_ Buenas tardes chicos

_ Buenas tardes

Steven y yo, terminamos contestándole al unísono mientras yo intento reconocer al que está ahí fuera.

_ Hola...

_ ¿Te espero Liz?

_ No Steven, te agradezco mucho la ayuda

_ No hay de que, nos vemos

_ Hasta luego

Intento reacomodarme con todo este caos de papeles ¡¿Qué diablos está haciendo él aquí?! Tengo que aceptar que por un momento dudé. Mi vecino, que va de salida gira su llave dentro de la cerradura y me mira como si esperaba mi aprobación para que pueda entrar. Le Sonrío, creo que eso es más que suficiente. Él lo inspecciona de arriba abajo antes de abrir completamente para él pueda pasar. No sé si es por la forma en que ahora viene vestido, pero me parece como si fuera otro. No el de la otra noche. De todas formas ese día no estaba nada interesada en prestarle atención. Viene hacia acá y lo primero que puedo notar es la sonrisa que trae pegada al rostro. Qué se supone está haciendo aquí ¿Y eso? ¿Un beso en la mejilla? Dios, huele exquisito...

_ Supongo que llegué en buen momento

_ Pues que sí ¿Cómo estás?

Estoy a punto de preguntarle que rayos está haciendo aquí pero me interrumpe de inmediato.

_ Bien. Primero que todo vamos a solucionar esto de una buena vez. Dame eso

Son claras las diferencias entre él y yo. Con uno solo de sus brazos toma los planos que yo, a duras penas, he cargado con mis dos brazos hasta aquí.

_ Imagino lo que vas a preguntarme... Andaba cerca.

Bueno no tan cerca, pero decidí pasar para ver si te encontraba

¿Encontrarme para qué? No se pero por la forma en que me ha sonado su voz, no se lo creo del todo. De verdad que es un tipo alto. Hasta ahora me detengo a mirarlo con un poco más de atención. Esa noche no me había dado cuenta que su cabello luce así de bien. Imagino que ese día se había aplicado algo porque no lo recuerdo así.

– ¿No te molesta si te acompaño hasta tu apartamento, o sí?

– No, no para nada. Más bien me haces un favor si lo haces

La verdad es que sería tonta si no le acepto el ofrecimiento. Mis brazos están como muertos de traer todos esos papeles. Por otro lado, no lo conozco pero me muero por saber exactamente que ha venido a hacer. Porque la otra noche, ni yo ni nuestra conversación, fue tan cordial como para pensar que está aquí porque le caí muy bien.

El elevador cierra las puertas metálicas y me acerco a una de las esquinas del pequeño cuadrante que comienza a gruñir y vibrar mientras empieza a subir. Él se coloca muy cerca de donde estoy y a través del brillo opaco de las puertas puedo ver su figura reflejada. Mi curiosidad está a mil. Su cabeza se levanta buscando algo en la lámpara del techo. Por un momento se me hace gracioso verlo hacerlo. Probablemente le incomoda ese parpadeo continuo que obliga a unos segundos de oscuridad aquí dentro. Debe estar horrorizado, pensando en cómo puede estar algo así en funcionamiento. Ahora se ha volteado para mirarme y lo único que hace es sonreírme, hago lo mismo. Esto es un poco extraño. El aparato se estaciona en mi quinto piso. Las puertas se abren y Pablo se detiene un segundo para observar el lugar y darme espacio para salir. Lo veo colocar con fuerza la mano que lleva desocupada sobre una de las puertas. Debería decirle que esa parte todavía funciona bien, que no es necesario que la sujete así. Mientras caminamos y él me sigue,

imagino su decepción al ir reconociendo el lugar en donde vivo. Una planta en cada esquina y el resto de la decoración se limita a las puertas de color verde oscuro y números de diseño pasado de moda, que van del uno al seis.

_ Bonito lugar

Dibujo una sonrisa y lo miro levantando mis cejas. Espero que entienda que no hace falta que haga algo cómo eso. Es lógico que un tipo que viaja en un auto como el suyo, no pueda creer que este lugar tenga algo de bonito. Es un viejo edificio de apartamentos que la verdad Ernesto y yo buscamos por la comodidad en el precio la renta. No me quejo, tengo la suerte de tener excelentes vecinos. Gentes silenciosas y que no entrometen con los demás. Para mí, eso es más que suficiente en una ciudad, en donde una gran mayoría tenemos que vivir prácticamente que oreja a oreja con los otros. Llegamos a mi puerta y muy al contrario de lo que sucedió hace un momento encuentro mis llaves en un santiamén.

_ Pasa. Por favor déjalos ahí en la mesa

_ No sabía que trabajabas en casa

_ No es común pero hoy sí. Tendré que hacerlo, no hay opción. Mi jefe me pidió que los revisara para entregarlos mañana. Son solo propuestas para clientes pero igual debo corroborar detalles de medidas, distribución y esas cosas.

_ Ya veo. Imagino que te lo encargó porque eres buena en tú trabajo, minuciosa

_ Eso sonó muy bien pero diría que me lo pide porque sabe que soy la que tengo un poco más de tiempo disponible después de la oficina

No se escuchó tan bien como lo que él dijo pero es la verdad. Tampoco voy a decirle que soy yo, la que me he ofrecido varias, muchas veces, a hacerlo para entretenerme fuera de las horas de la oficina. Se vería patético. Sabría de inmediato que no tengo nada de vida social. Probablemente me creería

hasta un bicho extraño. Quién quiere trabajo, después de todo un día de trabajo: Probablemente solo yo.

_ ¿Quieres algo de tomar?

_ Tranquila, no te preocupes

_ Déjame revisar un momento. No he ido al supermercado así que creo que no voy a poder ofrecerte gran cosa... ¿Solo soda o cerveza?

_ De verdad no te preocupes ¿Qué vas a tomar tú

_ Pues dadas mis circunstancias. Tengo que conformarme con algunas tazas de café

_ Una para mí también, por favor

_ ¿Estás seguro?

_ No hay problema

Voy a la cocina y comienzo a preparar la cafetera. Mientras busco entre las gavetas, el café y los filtros me doy cuenta que está mirando mis cosas con atención, como si intentara saber algo más de mí. No sé si debería preocuparme o no solo que es extraño. Creí que para este momento ya sabría qué ha venido a hacer. Así que imagino que voy a tener que tomar la iniciativa.

_ Estabas diciéndome que andabas algo cerca de aquí

_ Sí. Andaba viendo algo de unos computadores, que me interesan comprar

Viene hacia acá, aproximándose a la cocina y es imposible que no me dé cuenta que luce mucho mejor que la noche del bar. Por favor... de verdad es un tipo atractivo. Bastante atractivo. Creo que me estoy poniendo algo inquieta. Imagino, que lo que bebí más todo el estrés y congoja que sufrí por el tremendo zafarrancho que Irina provocó por Ernesto no me hicieron verlo tan detalladamente como lo estoy haciendo justo ahora. Creo que estoy empezando a sentirme un poco avergonzada. Estoy

pasando por ese momento en que te despiertas de golpe y te das cuenta que un desconocido muy atractivo está en medio de tu insípido y algo desordenado apartamento. Espero que no se le ocurra pedirme el baño.

_ ¿Y a qué dedicas Pablo?

_ A algo aburrido

_ ¿Aburrido?

_ Adivina

_ No lo sé... ¿Economista?

_ ¡¿Economista?! ¿Crees que tengo cara de economista?

Me caías bien Liz

Veo como levanta una de sus cejas y se queda mirándome con una mueca graciosa. Empiezo a reírme de mí misma.

_ No lo sé. Dijiste aburrido y fue lo primero que se me vino a la mente, economista

_ Error. Última oportunidad concursante

Cierro mis ojos por un instante tratando de imaginar la respuesta correcta y escucho sus pasos aproximarse un poco más.

_ Ya sé, auditor

_ ¿Auditor? ¡No por favor!

_ Dijiste aburrido. Es un trabajo difícilmente aburrido

_ Lo sentimos señorita, está descalificada

_ ¡¿No eres auditor?! ¿Entonces?

Los dos acabamos en mi diminuta cocina y él se ha colocado en uno de los extremos. Lleva su cuerpo hasta apoyarlo sobre el listón de granito del borde. Por un instante me parece que se siente demasiado cómodo en esa posición. Cruza sus piernas, una sobre la otra. Las manos las coloca, dentro de los bolsillos del pantalón y viéndolo desde aquí es evidente que

si se dedica a lo que sea, también hace lo suyo en el gimnasio.

_ Videojuegos. Hago videojuegos

_ Estás jugando conmigo ¿Cierto?

_ No por qué

_ Dijiste que era algo aburrido

_ Bueno. Puede que no suene así, pero ya tengo algunos años de dedicarme a eso y créeme, que ya se siente algo aburrido

_ ¿De verdad haces videojuegos?

_ Te lo juro

Levanta una de sus manos para jugar conmigo y veo al instante aparecer esa sonrisa que la verdad me encanta. Y esos hoyuelos en sus mejillas, que no había caído en cuenta que existían.

_ Esa misma reacción tienen todos cuando se los digo

_ Es que no es algo muy común de escuchar. No todo el mundo se gana la vida así

_ Sí así es. Supongo que justo eso, es lo que me ha dado algo de ventaja

Los dos quedamos en silencio por un momento y me doy cuenta que está mirándome fijamente. Esto es extraño e inevitablemente estoy sintiéndome algo, incómoda con esto y no termina de decirme que ha venido a hacer realmente.

_ ¿Tienes mucho de trabajar en eso?

Ahora necesito aproximarme para poder tomar del estante que está detrás de su cabeza un par de tazas.

_ Desde adolescente

_ ¿En serio? ¿Tan joven? ¿Me das un chance para poder tomar las tazas?

_ ¿Están aquí?

_ Sí detrás de tú cabeza

Se voltea para encargarse de alcanzarlas y me llega nuevamente el aroma de esa loción que trae puesta.

_ Pues no trabajar como lo hago ahora. Pero como la mayoría de las cosas que suceden en la adolescencia, empecé como diversión. Luego se me metió en la cabeza conocer como los hacían. Investigué tomé algunos cursos de animación, le tomé el gusto y al tiempo estaba logrando un trabajo fuera del país para una de las empresas desarrolladoras más grandes que existían en ese momento. Después y viendo lo rentables que pueden ser y sabiendo de las temáticas que tenían más éxito, me hice a la idea que podía intentar un producto propio. Mis propias versiones. Me asocié con antiguos compañeros de trabajo y ya tenemos dos años y medio de estar en esto.

Sigo prestando atención mientras completo la última taza y siento como se me ha acercado por la espalda para alcanzar la azucarera que está muy cerca de mis manos para endulzar la primera taza. Asumo que esa será la suya.

_ ¿Cuántas de azúcar Liz?

Esto se escuchó extraño. La última vez que oí algo muy similar a eso Ernesto estaba aquí, y era él, quien revolvía el café.

_ Media por favor ¿Quieres galletas? Es lo único que puedo ofrecerte para acompañarlo

Me mira mientras le da un sorbo a su taza. Me niega con la mano. Sus ojos son de un color avellana claro. Eso no lo percibí la noche del bar. Tomo mi taza. La que él ha endulzado, e intento salirme de la cocina para dirigirme hasta uno de los asientos de mi pequeña sala.

_ Sabe muy bien, gracias, debes darme la marca

_ ¿Tomas café a diario?

_ Debo admitir que sí, pero tomo del primero que pueda conseguir mi asistente. Así que comprenderás que no siempre tiene el sabor que yo quisiera. Y menos uno como este

_ Guao, así que tienes asistente y todo. Te va bastante bien

Toma un poco más de café y se escabulle para no agregar nada más a lo que acabo comentar. No sé si es falsa modestia, me gustaría creer que no es así. Ambos volvemos a quedarnos en silencio mientras tomamos las bebidas. Es difícil saber qué se puede hablar con casi un desconocido. Lo veo sacar el teléfono que hay dentro del bolsillo de su camisa y revisarlo. Me doy cuenta que intenta acomodarse en el sofá individual que ha tomado. Debo reconocer que desde aquí este, parece ser, demasiado pequeño para él. Todavía no me ha dado pistas para saber qué vino a hacer y empiezo a sospechar que quizás todo tenga que ver con Irina.

Esa noche los vi muy cómodos el uno con el otro. Imagino que al enterarse que Ernesto no tiene nada que ver con ella, sino más bien conmigo. Eso le pudo dar más tranquilidad para intentar algo con ella. Aparte, él ya terminó su relación con la chica del restaurante. Claro, una chica muy hermosa tengo que admitirlo. No es que Irina esté mal pero esa chica mínimo, se debe dedicar al modelaje. Volteo a mirar sobre la mesa todos esos planos. Probablemente me ha descubierto algún gesto.

_ Creo que ya te he quitado suficiente tiempo

_ No te preocupes

Deja la taza en la mesa que tengo con algunas revistas y libros a los que dedico la lectura obligatoria de cada noche antes de irme a la cama. Desde donde estoy, puedo notar la imagen de Oscar Wilde muy cerca de su brazo. Sus dedos vacilan entre una de las revistas. No le da mayor importancia y vuelve a mirarme. Puedo notar como involuntariamente, supongo, aprieta sus labios uno contra el otro. Es como si se sintiera inquieto por

algo. Algo que no entiendo qué puede ser. Imagino que puede ser algo que ojeó en su celular hace un momento.

_ No te he dicho para qué vine

Por fin.

_ La verdad es que vine a pedirte disculpas

Imagino que se ha detenido por estar mirando mi cara. No hay duda que ahora mismo tengo ese gesto de que no comprendo nada de lo que acaba de decir ¿disculpas?

_ La otra noche, cuando veníamos en el auto, cometí una estupidez. No tenía porqué decir nada de lo que dije, acerca de lo de la pelea del bar. No era mi problema y aun así, dije cosas que la verdad no tenía que decir y que te provocaron un mal rato, estoy seguro. Puedes pensar que soy un tipo raro o algo así por hacer esto; pero la verdad me quedé incómodo con el asunto. No te conozco pero me caíste bien. Aun sabiendo que estuviste espiándome... No me veas así, estoy bromeando contigo. Eso fue por lo que vine a buscarte para decirte toda esta palabrería ridícula y probablemente sin sentido

Mis mejillas se ponen calientes a más no poder ¿Una disculpa? Era lo menos que iba a imaginarme. Por un momento su rostro se me ilumina con la idea de ver a un hombre como él haciendo esto. Me pongo de pie e inconscientemente acelero el paso regresando a la cocina. Como si intentara escapar de algo que ni siquiera yo misma sé qué es.

_ ¡Por favor Pablo! ¿Estás bromeando? No tenías que venir hasta aquí solo por eso. No tenías cómo saber que el tipo que golpeó a Irina era mi exmarido. Soy yo la que debería sentirse mal contigo por haberte involucrado, sin quererlo, en el escándalo

_ No iba a quedarme como si nada después de ver cómo la golpeaba así

_ Sí lo sé, y fuiste el único que se acercó para ayudarla

Me sigue y está colocado justo en medio de la pequeña puerta. No sé si ha terminado su café o no, solo le quito la taza de su mano y la pongo dentro de la pila del fregadero. Creo que mi nerviosismo es más que evidente ¡¿No entiendo por qué estoy sintiéndome así?! ¡¿Y por qué sigo hablando como una cotorra?! ¡Hasta con la voz casi entrecortada por la excitación!

_ Irina es impulsiva. Y no sé... Se ha tomado todo eso de manera muy personal así que reaccionó así. No la entiendo. De verdad no entiendo por qué tuvo que reaccionar así. Más bien soy yo la que debe disculparse contigo por haberte provocado ese momento tan embarazoso

Después de creer que me he desahogado vuelvo a mirarlo a la cara. Y me doy cuenta que de la nada comienzo a sonreír. Y no sé exactamente por qué, si no hay nada por qué hacerlo. Mis manos recogen cosas que han pasado en el mismo lugar por semanas. No puedo evitar pensar que lo mejor que puede pasar en este momento es que se vaya de una buena vez. Creo que estoy exagerando toda esta situación. Ya me dio sus disculpas, ya le dije que no era necesario.

_ De verdad te agradezco que te hayas tomado la molestia de venir hasta acá pero créeme que no era necesario. Ya hasta lo había olvidado.

_ Tenía que hacerlo. De verdad me sentí mal por lo que te dije

_ Entonces estamos a mano, creo

Nuevamente quedamos en silencio y siento que es momento de despedirlo.

_ Te propongo algo para sentir que realmente estamos quedando a mano

_ ¿Qué estás diciendo?

_ Lo que estoy diciendo Liz es que me encantaría que me aceptaras una invitación

¡Maldición! ¿Después de lo que le comenté? Debería saber que lo que menos quiero en este momento son enredos de ese tipo. Mi cuento de hadas ha terminado lo suficientemente mal como para pretender que quiero iniciar algo nuevo. Hago esta mueca de desazón y me doy cuenta que él está maquinando algo lo más rápido que puede para salir bien librado de mi ya anunciada negativa. ¡Pero que diablos estoy imaginando! ¡Un tipo así, jamás se interesaría en alguien como yo!... De todos modos, en este momento no quiero ningún tipo de salida. Ni amigos, ni nada. Ni siquiera le he devuelto a Irina los mensajes en los que me insiste en salir a algún antro. No. Definitivamente no.

_ Mira Pablo, no es necesario. Lo de estar a mano fue un decir y nada más. No tienes que tener esas molestias conmigo

Ni siquiera me ha dejado terminar y se me viene encima. Me parece que lo hace tan rápido que solo atino a dar un paso a tras, para evitar que me atropelle. Me sujeta por los hombros y me doy cuenta que ha terminado a solo unos centímetros de mi espacio. Vuelvo a respirar con normalidad cuando empiezo a escucharlo nuevamente.

_ Liz, no es una molestia. De verdad, desde que te vi en la fila del baño me caíste bien. Fue gracioso ver como intentabas escabullirte cuando viste que me di cuenta de lo que hacías; me hiciste reír. ¡Imagínate! Yo estaba en medio de una discusión y una mala situación. No te conocía y me hiciste reír ¡Eso es justo, lo que yo llamo una buena señal! ¿O no? Vamos Liz. Una salida como amigos, nada más. Si no te diviertes. Si no te gusta. No vuelves a saber de mí nunca más. Palabra de honor. Te lo prometo. Una salida, nada más.

Creo que no puedo hacer nada por evitarlo, mi cara está tan colorada como un tomate maduro. Y él está tan cerca. Así que le parecí chistosa. En cambio yo no sabía qué hacer con tanta congoja junta. Sí, me pilló y bien pillada.

_ Entonces

_ ¿Entonces? Nada, que asumo que me estás diciendo que sí; y que no voy a soltarte ni una palabra más. Solo necesitaba que me aceptaras la invitación. El resto me lo dejes a mí... ¿tienes chance para el fin de semana? ¿El domingo a la mañana?

¿Domingo a la mañana ha dicho? Justo ahora tengo esta cara de niña boba. Caigo en la noción que sigue sujetándome por los hombros y yo no tengo idea de lo que realmente debo contestarle. O más bien, lo que puede ser correcto de contestar. Estoy ida mirando los hoyuelos en sus mejillas. Su boca mientras se mueve al gesticular las palabras. Mi raciocinio está en otro lugar, algo lejos de aquí. Es mucha información en muy poco tiempo.

_ Puedo pensarlo...

_ No. Definitivamente no. Esa no es opción. Créeme Liz, no te vas a arrepentir

Me engancho al brillo que encuentro sobre sus ojos y extrañamente creo que siento algo de deseo por él. Estoy perdiendo la cordura.

_ Bueno si esa es la opción que me das entonces sí

Pablo me mira con intensidad por un segundo y creo que va a terminar por abrazarme. Eso es justo lo que me hace pensar pero no podía estar más equivocada. Ni siquiera me ha dado chance de terminar de imaginar la escena y se me aleja lo suficiente como para que mi mundo acabe igual de frío que hace cinco minutos atrás. Por un momento me quedo con el sinsabor de que no pasa algo más entre nosotros. ¡No entiendo los disparates que estoy pensando! Hace unos días ni siquiera sabía que existía.

_ Entonces el domingo a las siete de la mañana vengo por ti

_ ¿A las siete? No es un poco temprano

_ ¿Es muy temprano para ti?

_ Sí, bueno no. Es que no acostumbro a hacer mayor cosa un domingo así que esa hora... No me hagas caso, a las siete está bien

_ Perfecto. Lo único que vas a necesitar es ropa y zapatos muy cómodos.

Me termina de llenar la cabeza de interrogantes.

_ Un suéter no estaría de más pero sería algo como para el final de la tarde porque para dónde vamos no lo vas a necesitar. Bueno, no te voy a quitar más tiempo. Me voy de una buena vez. El café estuvo muy bueno Liz. Solo necesito quedarme con tú número

Pablo saca el aparato y yo intento recordar cada uno de los números. Es que eso de recordarlo después de un tiempo se vuelve algo difícil. Los dos caminamos hasta la puerta y él la entreabre para salir. Me sujeto del pomo y me descubro sonriendo. También me doy cuenta que él me está mirando con una atención diferente. Sus ojos me recuerdan el momento en que lo pillé mirándome por el retrovisor de su auto, la otra noche.

_ ¿No te vas a arrepentir, cierto Liz?

_ Espero que no

Antes de marcharse en dirección al viejo elevador se despide con un simple: “¡Hasta el domingo!”.

Me he quedado esperando un poco más que eso. Al menos me supuse un beso en la mejilla. Como con el que me tomó desprevenida ahí abajo, pero se ha ido demasiado rápido. Cierro con seguro la puerta y me dirijo hasta mi cuarto para buscar mi ropa de dormir. Lo más cómodo posible para empezar con el largo trabajo que me espera con todos estos planos.

Mientras me voy deshaciendo de mi ropa, empiezo a pensar cosas. Tonterías. Vuelvo a repasar lo que dijo hace unos minutos. No sé si tomárselo en serio eso de que se sintió mal

por lo que comentó la otra noche o fue solo una excusa para acercarse con alguna otra intención. Es que ni siquiera me ha quedado claro si es que busca algo con Irina o no.

Kiki e Irina están apostados en el bar y eso no me extraña en nada. Levanto mi mano para que sepan que ya estoy aquí. Irina palmea a Kiki para que se percate de mí pero él definitivamente está mucho más interesado en el chico moreno y alto que está algunos puestos más allá de su derecha.

Una versión remezclada de la canción más popular y sonada del año pasado, retumba en los altoparlantes que rodean el lugar. Debo ser sincera el ruido me parece demasiado pero como dice Irina es solo mi falta de costumbre después de vivir enclaustrada durante estos años. Espero que sea algo como eso y no que me he convertido en una anciana que no puede tomarle el gusto a sitios como este.

_ ¡Hola!

_ ¡Hola amiga! ¡Fin de semana! ¡Al fin libres!

Irina termina gritando su himno guerrero y yo me le adelanto para saludar a Kiki que me apretuja contra él en un efusivo y largo abrazo.

_ Lo siento amiga. Me hubiera encantado acompañarte esos días, pero mi jefe es un maldito ogro. Hubieras visto su cara cuando le pedí que enviara a otra persona a hacer las giras de supervisión ¡No entiendo cómo he podido aguantar tanto tiempo trabajando ahí!

Lo que está diciéndome son puras tonterías. Kiki está enamorado de su trabajo desde el primer día. Y por las cosas que me ha contado su jefe se ha pasado de tolerante con él. Así que no hace falta que intente decirme algo como eso.

_ No te preocupes Kiki. Te agradezco que te preocuparas

_ Se llama necesidad Kiki

_ No seas grosera Irina. Estoy hablando completamente en serio. Debo hacer algo para salir de ahí. Debo ser así de radical como Liz

Me vuelve a apretar contra su dorso perfectamente depilado y lucido con esa camiseta súper, súper estrecha. Que no entiendo como podrá hacer para quitársela después.

_ Ya que llegaste ¿Qué te pido Liz?

Irina pregunta mientras Kiki nos abandona por un momento para seguir al chico moreno que va rumbo hacia el área de los baños.

_ Regreso en un momento chicas

_ Una gaseosa está bien. Puede ser toronja

_ Qué dices

_ Una gaseosa Irina

_ No, por favor no Liz. Cómo vienes hasta aquí para beberte una gaseosa

_ Hoy no quiero beber nada fuerte Irina

_ Yo no voy a pedir una gaseosa, olvídale

_ No te preocupes, yo lo hago

Irina atraviesa su brazo sobre el mostrador y me mira fijamente

_ Enserio Liz, cómo diablos vas a pedirte algo así.

_ Muy fácil. Lo pido y ya

_ No te hagas la chistosa o la irónica conmigo ¿Estás bien?

_ Sí

_ Es tú problema. Lo que digo es que deberías aprovechar que no tienes que darle explicaciones a nadie y disfrutar un poco de esa recién adquirida libertad

_ Entiendo lo que me quieres decir pero hoy no me apetece nada fuerte

_ ¿Ni siquiera por mí?

_ No trates de engatusarme Irina. Una gaseosa de toronja por favor

Irina me tornea los ojos y comienza a burlarse, al ver lo que he terminado pidiéndole al cantinero

_ ¿Por qué no buscamos otro lugar?

_ Suerte con eso. Kiki y yo lo intentamos pero está a reventar. No cabe ni una aguja aquí. De verdad que Kiki tenía razón. Este lugar es un completo éxito. Él fue quien propuso que viniéramos

_ ¿Y tú le creíste? Nos usó como anzuelo para venir aprobar suerte

_ Sí, eso creo. Probemos nosotras para ver si logramos algún sitio más cerca de la pista. Definitivamente quiero bailar

Tomamos nuestros vasos junto con el de Kiki; y nos adentramos en el grupo de gente que satura el centro de la discoteca. Irina se contagia con el entusiasmo que hay en esta parte y termina levantando sus brazos en el aire para seguir el ritmo que trae esa canción del cantante de moda y que acaba de empezar a sonar provocando un estallido de gritos y movimientos. Las luces se mueven frenéticas de un lado siguiendo el compás de la música de un lado hacia el otro haciendo mucho más difícil localizar un espacio cerca de la pista. Irina se queda unos pasos más atrás y me adelanto para salir de todo este torbellino.

Me doy cuenta que hay un tipo solo, en uno de los sofás y me acerco solo para intentar saber si por un mínimo milagro esos espacios pueden estar disponibles.

_ Disculpa ¿están todos ocupados?

El chico se queda mirándome y rápidamente lleva su mano junto a su oído para hacerme ver que no escucha nada de lo que le estoy diciendo. Así que decido acercarme lo suficiente mientras que Irina sobre mi espalda sigue bailando sola en su mundo.

_ ¡¿Qué si están todos ocupados?!

_ ¡Sí...pero puedes quedarte, mis amigos están bailando. No creo que regresen pronto!

_ ¡Gracias!

Dentro de la mezcla a todo volumen, entra una nueva canción. Irina prácticamente me lanza su vaso para que lo sujete y un momento después se me pierde dentro de la maraña de cuerpos que atiborran la pista.

_ Lo siento Liz pero no me la voy a perder por nada del mundo

Me reacomodo en el asiento prestado y voy a mi cartera para poner mensaje a Kiki y avisarle sobre nuestro cambio de lugar: “Estamos junto a la pista, sigue directo del lugar que teníamos en la barra”.

Me doy cuenta que una chica voluptuosa y con un vestido diminuto que parece más una especie de camisetas se ha aproximado al muchacho a mí lado. No pasan muchos segundos antes de que la escena se vuelva algo incómoda para mí ¿Eso es un beso? Ella está a muy poco de tragárselo y él con sus manos toqueteándola de arriba abajo, a muy poco, de tener el impulso de quitarle ese minivestido.

Esto es embarazoso. No dejo de ver con angustia, a todos los que pasan por aquí y se les quedan mirando ¡Dios, paren ya! Volteo y las manos del tipo han comenzado a avanzar entre su entrepierna. Creo que debo moverme de aquí ahora mismo. Esto es demasiado para mí. Ya estoy de pie.

Mi súplica es escuchada y la música se detiene para

cambiar a otro ritmo. Veo a Irina aparecer entre los que tratan de volver a sus lugares y suspiro aliviada

_ Vámonos de aquí

_ Por qué, qué pasa

Hago una mueca y torneo mis ojos en dirección a la pareja. Ella y su desfachatez con este tipo de cosas muestra una sonrisa y me quita de las manos su bebida.

_ No seas mojigata Liz, solo se están besando

_ A mí me parece mucho más que eso. Aparte es incómodo

_ A mí no me incomodaría que me acariciaran así

_ Cállate Irina

_ ¿Y Kiki?

_ No lo sé. Ya le pasé mensaje pero no aparece

_ Olvídalo, lo perdimos. De seguro el tipo moreno terminó siguiéndole el juego. Eso es lo que digo... Hoy en día las mujeres tenemos las de perder por todos los costados. Ya no podemos estar tan seguras ni siquiera con otros hombres

Termino pensando si su intención con lo que acaba de decir tiene algo que ver conmigo y mi fracaso con Ernesto. Claramente no lo perdí por otro hombre pero en todo caso no tuve lo suficiente para retenerlo. Los verdaderos ocupantes de los sillones empiezan a aparecer y la pareja decide despegarse, literalmente hablando. Uno de ellos se nos acerca y nos mira como si fuéramos mercadería lista para subastar. Tomó a Irina del brazo e intento que nos movamos un poco, lo suficiente, Debemos largarnos ya mismo de aquí.

_ Estuve observando y definitivamente hace falta un tipo como el de la otra noche. El tipo que le dio la tunda a Ernesto. Un hombre, muy hombre y así de deseable

Su comentario evidentemente me toma de sorpresa y me obliga a mirarla con atención. No he querido comentarle nada de

que Pablo estuvo en el apartamento y me invitó a vernos mañana. No lo he hecho por nada en especial. Sino porque no quiero que empiece con sus ideas y comentarios rematados de que hay algo entre nosotros. O que no debo dejar pasar la oportunidad.

Lo he pensado bien. Desde esa misma noche. No creo que sea buena idea darle largas a algo como eso. Después de mañana, si es que realmente llega por mí. Estoy decidida a cortar por lo sano. De todas formas, él fue claro, en decir que era solo una manera de quedar a mano y ya.

_ Porqué me estás mirando así. El tipo le dio una tunda a Ernesto. Se lo merecía

Me doy cuenta que Irina me está mirando de manera sospechosa. Cómo si quisiera preguntarme algo que ha tenido dando vueltas en su cabeza por muchos días pero que no sabe muy bien cómo hacerlo.

_ Liz dime algo ¿alguna vez él te golpeó? ¿Ernesto te golpeó en algún momento?

_ ¡No! ¡Irina por Dios ¿qué cosas estás inventando?! No Ernesto nunca me golpeo

Nunca como un golpe fuerte y contuso... Nunca voy a contarle que en un par de ocasiones nuestras discusiones alcanzaron un nivel tal, que ambos acabamos explotando al punto que yo terminé yéndomele encima y él no tuvo más remedio que darme una cachetada. Luego, poco antes que decidiera tomar sus cosas para largarse, y en una de nuestras tantas discusiones por Ana María, me sacudió tan fuerte que acabé cayendo de espaldas en medio de nuestro cuarto. De mi boca nadie sabrá algo así. Me siento avergonzada y triste de darme cuenta de lo malo que llegó a ser todo eso. Aun así algunas veces siento que lo extraño.

_ Es que como se me vino así de salvaje encima

_ Sí me lo imagino pero no nunca me lastimó. Era primera vez que lo veía reaccionar así

_ Solo eso le faltó a ese bruto; pero sí, aquí hace falta un tipo como Pablo ¿Estaba muy guapo, verdad? Es que tú no lo viste, pero pude notarle la tremenda etiqueta en su pantalón ¡¿Qué?! ¿Por qué pones esa cara? ¿No me digas que ahora te vas a pasar de acera solo porque no resultaron las cosas con ese desgraciado?

_ ¡Ay por Dios, Irina! Deja de decir tanta estupidez

_ ¿Estupidez? Debes buscar anteojos Liz porque si no lograste ver algo así estás muy mal. No importa tu estado sentimental. Algo así se debe admirar y disfrutar... ¡Vamos! El tipo estaba buenísimo. Alto, cuerpo atlético, simpático, caballeroso, con buen dinero y para ponerle la cereza al pastel, de “paquete grande”. Se lo vi cuando nos llevaba, tremendo bulto entre las piernas...

_ ¡Cállate Irina, eso es asqueroso!

_ Sí claro como a ti solo te gustan tipos como Ernesto, jamás podría llamarte la atención alguien así. Debes aprender a subir tus estándares amiga. Hay algo más allá de tú Ernesto. Chingo de marido el que te fuiste a conseguir amiga

_ ¿Y qué se hace con eso de subir los estándares? Tipos como esos no buscan a chicas como nosotras Irina. Les gustan las niñas de concurso de belleza. 90-60-90

_ O princesos

Irina me interrumpe y las dos acabamos riéndonos de su ocurrencia

_ Solo falta que a Pablo le gusten más, como nuestro Kiki

_ No, no lo creo

_ ¿Y cómo lo sabes?

_ Esa noche, mientras esperaba mi turno en el baño lo vi

con una chica

_ Ya me suponía. Era mucho pedir que alguien así estuviera libre

_ Estaban discutiendo, justo estaban terminando

_ ¡¿Y tú cómo sabes eso también Liz?!

Justo ahora estoy pensando si soltar más información sea conveniente. De todos modos estoy decidida a no volver a saber de él después de mañana.

_ Él me lo dijo, cuando me llevaba a casa. Tenías que haberla visto. Es por eso que te digo que tipos como él, no frecuentan chicas como nosotras. Era algo como esas mujeres que contratan las grandes empresas para ponerlas como adornos en sus eventos. Así que tienes mucho trabajo amiga para alcanzar “esos estándares”

_ Cállate. Entonces el tipo sí está disponible...Que lata que no se medio por pedirle su número

_ No escuchaste lo que acabo de decirte Irina

_ Sí te oí perfectamente pero no hay nada que no sucumba a los encantos de esta lengua

_ Eres repugnantemente asquerosa Irina

_ Realista ¿Cuál tipo no estaría agradecido con alguien que lograra satisfacerlo completamente?

_ No voy a escucharte, ni una palabra más

_ Lo último que voy a decirte es que la chica que estaba con él esa noche podrá ser muy mona y muy muñeca de exhibición pero casi te puedo jurar que cómo amante no se gana un centavo partido a la mitad. O piensas que alguien tan hermosa como dices y a parte buena en el sexo ¿se podría dejar así como así? No lo creo

_ Bueno pero no todos los hombres tienen que ser así como tú dices

_ ¿Ah no? Sigue durmiendo de ese mismo lado, y verás

Irina está mirándome como si intentara decirme algo que sus palabras no han dicho aún. Supongo que no tiene el coraje para terminar lo que ha iniciado. No soy nada tonta. Sé perfectamente lo que ha querido decirme. Cualquiera podía suponer que Ernesto y yo teníamos el matrimonio perfecto. Siempre me esmeré por ser la esposa ideal. Profesional y ama de casa. Las cosas perfectamente sincronizadas y el lugar inmaculadamente pulcro. Cada día antes de volver a casa y luego de la oficina tomaba el tiempo para hacer la compra en el supermercado y que cuando él regresara, su comida de cada día, fuera variada y fresca...Odio pensar que esos años de mí vida se fueran a la mierda así. También odio cuando termino pensando de la forma en que habla Irina.

_ Vas a pedir algo más decente o te pido otra carbonatada

_ Estoy bien así, todavía tengo medio vaso

_ Deberíamos ir a bailar. Esa me gusta

_ ¿Con quién? ¿Conmigo?

_ Deja eso ahí, vamos

Justo ahora estoy pensando en Pablo y en lo que ha dicho Irina. Y no me quiero hacer ilusiones con nada. Sí lo sé, es guapo pero en esa misma medida se arriesga y se pierde y de eso, ya tuve suficiente.

6

Faltan cuatro minutos para las siete. Voy cerrando el portillo de la entrada. El mensaje de Pablo avisando que ya venía cerca fue hace poco más de cinco minutos así que creo que está bien que ya esté aquí afuera aguantando algo de frío.

La calle está cubierta por esa desolación y silencio típico de película de zombies antes de salir a devorar. Es lógico un domingo a esta hora difícilmente se podría encontrar un alma deambulando. Antes de conocer a Ernesto, esta era la hora común en que iba llegando a la residencia estudiantil después de toda una noche de farra con compañeros y compañeras de curso, incluida Irina, por supuesto. Dormía todo el día como oso invernando. Luego a la noche y después de un café cargado, salía a cenar algo rápido y por supuesto que muy económico para intentar engañar o entretener a mi desaforado apetito hasta la mañana del lunes que podía disfrutar de un desayuno verdadero en el comedor universitario.

Me siento un poco somnolienta por la hora pero debo agradecer que no hiciera caso a la insistencia de Irina de anoche para tomar algo más respetable. Si no me sentiría bastante peor. Coloco las llaves en el fondo de mi bolso de tela. Lo suficiente informal que uso solo cuando voy donde mi madre. No creo que sea lo más indicado para la ocasión pero en fin, Pablo me dio muy pocas pistas y lo elegí solo porque siento que combina en algo con este atuendo de pantalón vaquero, camiseta holgada y mis zapatos bajos tipo “ballerina”. La chaqueta la encontré recientemente en el fondo de mis cosas el día que en un arranque de dolor y rabia, comencé a buscar cualquier cosa que Ernesto hubiera olvidado para lanzarlo en el cesto de la basura.

Escucho el ruidito de un motor acercándose. Levanto la

vista y me doy cuenta que es su auto. Para ser sincera, una parte mí casi estaba segura en que me dejaría plantada. Se detiene en seco justo antes de que yo pueda terminar de acercarme al borde de la acera. Escucho la manija abrirse y veo a parecer a Pablo. Trae esa frescura que le ha dado el baño matinal. Sonríe y veo aparecer esos hoyuelos. Da vuelta al auto y por primera vez puedo ver su cuerpo en algo mucho más informal que las últimas dos oportunidades. Justo en este momento, estoy pensando en Irina. Sería una ciega sino viera que esa camiseta le entalla muy bien y hace resaltar los músculos de sus brazos y sus hombros. No sé pero creo que tengo suficientes razones para sentirme famélica con este cuerpo delgado y perezoso.

_ Hola, cómo estás

_ Hola buenos días

Se me acerca y vuelvo a percibir su aroma delicioso. Este beso en la mejilla se sintió muy bien. Su piel está recién afeitada, lo sé por la suavidad en sus mejillas. Me ilusiono con pensar que se levantó temprano y se tomó esas molestias solo por mí. Me abre la puerta para que pueda entrar. Intento reacomodarme y mientras lo hago lo observo cruzar despacio por delante del capó mientras observa la pantalla de su teléfono.

Esos pantalones algo ajustados en comparación a los anteriores, muestran sin problemas, lo que pueden lograr las repeticiones de sentadillas hechas con rigor y disciplina. Odio verme pensando como Irina... pero es una locura como se ve esta mañana. Se sienta a mí lado y ajusta su cinturón. Me doy cuenta que he olvidado hacer algo tan elemental como eso. La falta de costumbre.

_ ¿Lista?

_ Eso creo

_ Me gusta cómo se ve esa trenza

_ Fue lo único que se me ocurrió hacer con él ¿Está bien esta ropa? Es lo más cómodo que encontré y como no me diste

más pistas

_ Ni te las voy a dar. Sí, estás perfecta. Ahora disfruta del viaje

_ ¿A dónde vamos?

_ Buena jugada Liz pero no lo suficiente. Ya te dije que no van a ver más pistas

Me mira sonriendo y no puedo evitar sentir que estoy a punto de sonrojarme. Coloca el embrague en la marcha de salida y después de algunos minutos, vamos cruzando varias calles en dirección a la autopista. Debo decir que me suena a que esto no será un recorrido muy corto. Comenzamos a avanzar y poco a poco los edificios, las casas y los cruces de las calles comienzan a escasear hasta desaparecer.

_ Busca algo que quieras oír

Me extiende su móvil y me atemoriza dañar algo evidentemente tan moderno y nuevo como esto

_ La carpeta está en la pantalla de inicio. Ahí tengo varios géneros, busca algo y sino te gusta nada lo intentamos con el radio. Aunque donde vamos creo que la recepción no es muy buena. ¡Ey te engañé! Tranquila, no me veas así, es solo una broma. Si no hay ningún inconveniente en la carretera, antes de una hora estaremos llegando

_ Entonces me llevas a una parte retirada

_ Buena jugada Liz. Sí. Lo que vamos a hacer necesita, cierto espacio. Así que vamos a un lugar especial para ello. Estoy cruzando los dedos para que pienses lo mismo, sino, estaré en graves problemas

No he podido pasar por alto la manera en que me ha mirado. La forma en que se ha detenido a observarme con disimulado detalle. Su teléfono está entre mis manos muy cerca de mis piernas. Voy a la pantalla de inicio y casi de inmediato encuentro la carpeta “música” entre algunas otras que tienen

nombres que no entiendo del todo. Las identifica con iniciales. No me detengo con esto y al abrir me doy cuenta que al igual que las anteriores, los géneros están de manera abreviada. R&B. ¿R&R? Me suena a rock and roll. CLS, a clásicos

Voy tratando de interpretar cada una de ellas y por un momento y sin tener la clara intención de hacerlo me descubro mirando su entrepierna. ¡No puede ser que esté haciendo esto! Me avergüenzo de mí misma y reacciono inmediatamente. Me reprendo tan fuerte como puedo e intento concentrarme en la lista de carpetitas de su teléfono. No pasan unos segundos antes de verme tentada a volver a mirar justo a ese punto en donde la tela de sus pantalones se ha acomodado tan bien, que pone en completa evidencia lo que pueden haber más allá de ese cierre. Nunca creí que una simple conversación con Irina podría ocasionar una locura como esta. Giro la vista hacia mí ventana para tratar de esclarecerme.

_ ¿Está todo bien Liz?

_ ¡¿Cómo?! Ah sí. Sí todo está bien. Solo estaba aprovechando para ver el paisaje

_ ¿Encontraste algo que quieras oír?

_ Estoy en eso

_ Solo tienes que darle play a las pistas, ya está activo el bluetooth

_ Bien

Desde anoche he estado pensando en lo que conversé con Irina. O más bien, en la disertación que hizo ella y que yo acabé escuchando. En lo que tan soezmente decía sobre el valor que los hombres le dan al buen sexo. Incluso alguien como Pablo, aunque no quiera aceptarlo. Y lo de su entrepierna... ¡Basta Liz. Es repugnante, tú no eres así! Sin quererlo termino presionando la pantalla y el táctil reacciona poniendo a sonar en las bocinas del vehículo algo rumbero y pegajoso. Me sobresalto y abro mis ojos mirando a Pablo que me mira sonriendo

_ De verdad que eres una caja de sorpresas Liz, no creí que escogieras ni una sola de esa carpeta.

_ No. La verdad no era esa la que quería poner pero, si te gusta, la puedo dejar

_ No hay problema cámbiala. Recuerda que hoy eres mi invitada

Luego de un par de minutos de indecisión y frustración presiono lo primero que se me antoja aunque no tenga la mínima idea de qué puede ser. La voz melosa y sensual de una chica comienza a llenar el interior del auto. Pablo sonrío para sí, sin voltear a verme. Creo que comienza a enterarse que el hacerlo, me incomoda un poco. La verdad es que me inhibe bastante. Mira por el espejo retrovisor y aplica más presión sobre el acelerador. La fuerza que comienza a experimentar el motor del coche, hace que mi espalda termine de ajustarse al asiento. Miro la pantalla del tablero y alcanzo a leer "One and Only. ADELE".

_ Como terminaron de ir los planos del otro día

_ Ellos bien, yo molida

El tiempo y la carretera, comienzan a discurrir entre nuestra conversación. Los cuarenta minutos que nos toma alcanzar la salida por la que debemos desviarnos nos permite ponernos al tanto el uno sobre el otro. Hasta que definitivamente Pablo acaba llegando al tema incómodo pero forzoso.

_ ¿Y cuéntame. Cómo acabaste con el tipo que ahora es tu exmarido?

_ Varios cursos de la universidad

_ ¿Es arquitecto también?

_ No. Ingeniero civil. Solo que ambas carreras coincidían en algunos cursos así que así empezó todo

_ ¿Dices que estuvieron casados cinco años? Eso es

bastante tiempo, te casaste realmente joven

_ Creo que sí. Estaba por cumplir veintiuno

Entonces me asalta con una pregunta inesperada. Una que toca una fibra que había ocultado hasta ahora y que me obliga a pensar y repensar lo que voy a contestarle. No sé si meditarla de la manera en que estoy haciéndolo es por él o más bien por mí.

_ ¿Te arrepentiste?

_ No. Quiero hacerme a la idea de que no

Al principio lo nuestro fue tan especial como lo de muchos otros que al igual que nosotros, terminaron sucumbiendo a nuestra propia naturaleza; la del hastío. Me doy cuenta que el gesto de Pablo ha cambiado y puedo ver la forma como sus dedos bordean el manubrio mientras lo sujeta con si estuviera aplicando mucha fuerza en ello.

No sé muy bien por qué, pero a él no lo ha convencido del todo lo que acabo de contestar. No entiendo por qué, pero ha decidido guardar silencio. Lo noto levantarse un poco de su asiento y reacomodarse. Me gustaría ver más allá de esas gafas oscuras que ahora me esconden sus ojos. Pasamos unos minutos en silencio. Solo escuchando la música que hay de fondo. Por un momento me parece que estoy con un tipo diferente. De un momento reduce la velocidad hasta lograr detener el auto en medio de la carretera. Activa las luces direccionales y cruzamos completamente a nuestra izquierda intentando alcanzar un portón de hierro oscuro que está al fondo de una angosta callecita cubierta por piedrecilla de grava.

_ ¿Ya llegamos?

_ Estamos a muy poco

_ ¿Y qué es este lugar?

Mi alma retorna a ese sitio tranquilo, al ver como vuelve a sonreír nuevamente.

_ Paciencia Liz, ya casi descubres la sorpresa

Paciencia es lo que menos tengo en este momento, ya quiero saber de qué se trata todo esto. Pablo se baja para abrir el portón y luego de cerrarlo regresa nuevamente al vehículo para continuar ascendiendo por esta loma.

Con cada metro que avanzamos el lugar empieza a mostrarnos una vista sencillamente espectacular. El océano se extiende a nuestros pies y reaparece más majestuoso conforme vamos alcanzando más altura.

_ Es increíble

_ ¿Te gusta?

_ Se ve fabuloso

_ Si es así, ya puedo estar tranquilo. Si te gusta esto entonces tengo decirte que todavía falta lo mejor

_ Estas bromeando

_ Nada más espera a que lleguemos

Vamos bordeando la callejuela. Unas curvas más y una hermosa casona mediterránea aparece de la nada sobre la explanada que corona el enorme peñasco por el que hemos ascendido. La escena del lugar es fantástica los colores blancos de la edificación evidentemente antigua contrastan con los arbustos y los arboles frutales que la rodean y la piedra desnuda de otros peñascos que se levantan a las espaldas de la casa.

_ Guao ¿qué es este lugar?

_ Sabía que no tenía forma de fallar con esto ¿te gusta?

_ Es increíble

_ Sí, a mí también me encanta. Tiene algo que me ayuda a cargar baterías

Detiene el auto muy cerca de la entrada, desabrocho mi cinturón para salir. Él se me aproxima para cerrar la puerta que

por supuesto yo me he adelantado en abrir.

_ Ven, vamos hasta el borde

Lo sigo mientras él me encamina a uno de los extremos del despeñadero. Llegamos hasta ahí y el mar se convierte en un enorme conjunto de azulejos turquesa a nuestros pies. Los rayos del sol de plena mañana golpeándolo crea estos destellos hermosos. La brisa llega hasta mi cara y me inclino solo un poco para encontrar las olas que emergen del agua golpeando la base de la enorme montaña de rocas.

Intento volver con Pablo para decirle que este lugar es completamente fantástico. Tiene algo de mágico, místico pero él parece tan absorto como yo con todo esto que termino decidiendo no decir ni una sola palabra solo para no interrumpir su momento. Su imagen se me hace tan irresistible con el sol dándole de lleno y su cabello castaño revolviéndose un poco por el viento. Vuelvo a perderme en todo esto que nos rodea. Debo admitir que lo que mencionó Irina anoche sobre él empieza a tener algo de sentido... Siento como Pablo se me acerca. Me volteo y me estrello con su sonrisa.

_ Pablo, dijiste que con esto quedaríamos a mano...creo que te equivocas

Ahora está a solo treinta centímetros de mí. Descubro esa risa que nunca había visto antes. Se me acerca un poco más ¡Oh por Dios! ¿Acaso está coqueteando? ¿O solo lo hace para ver que tan vulnerable puedo ser con alguien así como él? De verdad debe parar de hacerlo ahora mismo.

_ Que quieres decir ¿acaso no es lo suficientemente bueno? Mira todo esto, es increíble

Tiene razón, este lugar es magnífico. Levanta sus brazos musculosos en un intento de estirar los músculos de su cuerpo y siento un deseo inmenso de írmele encima y abrazarlo. Por un momento me parece ser tan él. Tan libre, inofensivo y cercano, todo al mismo tiempo. Es una locura. Al final resuelvo algo muy

diferente a mis verdaderos deseos con él.

Termino dando un par de pasos cortos para alejarme y ponerme a salvo del pequeño espacio que estamos compartiendo en medio de todo este increíble lugar.

_ Nunca podría igualar algo como esto. No es justo. Esta vez yo soy la que estoy quedando debiendo. Este sitio es simplemente una locura vuelta realidad.

_ Tienes razón Liz. La primera vez que estuve aquí estuve por más de una hora observando todo

A través del cristal de sus gafas oscuras tengo la sensación que me mira fijamente. Lo miro y no sé por qué me da por pensar que él siente algo más que una simple empatía por mí. Rápidamente obtengo mi respuesta. La más lógica. Simplemente no puede ser. Un tipo como Pablo no se interesa en alguien como yo. Así que inmediatamente estoy dándome un par de cachetadas para regresar a la realidad.

Me volteo nuevamente para continuar embobada con la inmensidad interminable del mar. Pasa poco tiempo antes de que pueda escuchar la voz de un hombre mayor que se dirige a Pablo mientras se nos aproxima. No es precisamente un anciano, pero probablemente puede estar próximo a los sesenta años. Me da por imaginar si es su padre o algo así. Me encanta su look desenfadado de pantaloneta, camisa de tela liviana y sandalias de cuero.

_ Llegaste temprano

Su acento me suena a francés. Le sonrío y espero a que Pablo pueda resolverme las dudas. Se dan un apretón de manos y luego un abrazo cordial.

_ Hay que darle las gracias a la dama. Estuvo lista antes de lo previsto. Yo fui el que llegó un poco tarde. Antoine, ella es Liz

_ ¡Hola Liz! mucho gusto

Me tiende su mano fuerte y cálida.

_ El gusto es mío

Sonrío y es obvio que el hombre está mirándome con algo de curiosidad mientras sigue sonriendo. Lanza una mirada cuidadosa a Pablo. Verlo hacerlo y notar la reacción de Pablo que ha quitado un poco el rostro para evitar mostrar el diálogo secreto que hay justo ahora entre los dos. Me hace sospechar que hay una especie de complicidad entre ellos.

_ ¿Qué te ha parecido Liz?

_ Justo le decía a Pablo que este lugar es increíble. Nunca habría imaginado que había un sitio así por aquí. Está realmente bastante cerca de la ciudad.

_ Sí, es absolutamente impresionante. Me alegra que te guste ¿Vienen adentro? Tenemos bebidas y algo de fruta por si gustan

Pablo está listo a responder mientras vuelve a tomarlo en un gesto cariñoso de los hombros.

_ Sí claro Antoine. Danos un minuto y vamos

_ De acuerdo

Noto al hombre regresa al interior de la casa por el mismo lugar en dónde se nos ha aproximado. Pablo lo observa alejarse por un momento, sin dejar de sonreír. Es claro que hay un buen vínculo entre ellos. Antes de decirme lo que está pensando, veo como sus labios se deslizan con cuidado uno sobre otro intentando humedecerlos. Eso se vio muy sensual.

_ ¿Bien?... Entonces crees que, he podido enmendar en algo, la estupidez que cometí contigo la otra noche.

Veo sus manos ir a sus bolsillos y es inevitable pensar que parece algo vulnerable. Estar sinceramente arrepentido. Nuevamente sus labios se mueven uno sobre el otro sin dejar de mirarme.

_ Déjame decirte que esto no será suficiente

Repentinamente se quita las gafas y las levanta para dejarlas reposar sobre su cabeza. Justo ahora, tiene ese gesto falso y juguetón, de completa sorpresa. Yo agradezco volver a tener acceso sin restricciones a sus ojos; me encantan. Por primera vez lo veo sonreír francamente. Inesperadamente mis instintos se han activado y siento un deseo fuertísimo de besarlo. Debo regresar en sí cuanto antes.

_ Estoy bromeando Pablo. No tenías que molestarte así por mí, lo que pasó conmigo es algo que le pasa a cualquiera.

_ Sí lo sé, pero es una lástima que te haya pasado a ti y es peor aun que hubiera sido yo, que tuviera que recordártelo de la forma en que lo hice

He notado como su rostro ha cambiado a lo largo de esa última frase. Ahora hay una seriedad en él que no había visto durante todo el viaje. Está mirándome directamente y no puedo evitar sentirme inquieta y nerviosa. No tengo idea de dónde debo colocar mis manos, ni cómo debo acomodar mi cuerpo. Bajo mi cabeza para no tener que mirarlo, me muerdo mi labio inferior y reacciono tan rápido como puedo para no cometer una idiotez que ponga en evidencia lo que me he negado desde el momento en que lo vi esa noche en la terraza del restaurante.

¡Maldición! ¡Maldición Liz! Este tipo me gusta, me gusta mucho... De verdad se me hace tan, pero tan atractivo ¡Basta Liz. Debes detenerte ahora mismo! Mira todo lo que has sufrido con lo de Ernesto...Este tipo ¡NO! es para ti, despierta de una buena vez ¿No era que después de hoy ibas a cortar con todo esto? ¡Hazlo! Es lo que más te conviene.

_ Vamos Pablo...por favor no hablemos más de eso. Disfrutemos de este lugar increíble

Me mira sonriendo y agradezco sentirme nuevamente como hace solo unos minutos atrás cuando llegamos a este punto.

_ ¿Una bebida? ¿Fruta?

_ Suena genial

Coloca su mano en mi espalda y me conduce hasta la casa. Cuando llegamos al pórtico no puedo evitar levantar mi cabeza para admirar lo alto y hermoso de los cielos. Inmediatamente comienzo a pensar en las imágenes de esas hermosas casas italianas.

_ Antoine

_ Voy Pablo

Escucho la voz del hombre contestándole desde el interior.

_ ¿Cómo diste con un lugar así Pablo?

_ Ya casi te enteras

No acabo de comprender por qué tanto misterio de Pablo. En un momento aparece Antoine y detrás de él, la figura de una mujer madura vestida con un hermoso vestido largo y su cabello oscuro peinado con una trenza que cuelga sobre uno de sus hombros.

_ ¡Anell!

_ Hola Pablo

Ambos se besan y se abrazan como si se conocieran de toda la vida. Ahora estoy más intrigada que antes de saber qué relación es la que hay entre Pablo y ellos.

_ Liz ella es Anell, la esposa de Antoine

_ Hola Liz, un placer conocerte. Ya me habían hablado de ti

La revelación de aquel comentario me toma por sorpresa. Estoy dudando si Mirar o no a Pablo Que ha podido decirle de mí, si ni siquiera nos conocemos bien entre nosotros.

_ No me mires así, yo no he dicho nada

_ Descuida Liz. No fue él, fue mi marido

Pablo y yo volteamos a mirar a Antoine que se ha movido a uno de los extremos mostrándose avergonzado con lo que acaba de decir su esposa.

_ Mujer, más vale que aclares de una sola vez o voy a tener problemas con Pablo

No puedo evitar que mi rostro se caliente y se ponga de todos colores. Deben creer que entre Pablo y yo hay algo más que una simple amistad. Él tenía que haber aclarado algo como eso antes de traerme a esta casa.

_ Descuida Liz, de todas formas solo dijo que Pablo tiene buen gusto

Mi cara que todavía no se recupera siente como los rubores regresan a mis mejillas una vez más. ¿Qué Pablo tiene buen gusto? Yo debo ser la menos prolija que él ha traído aquí. Tal vez solo lo ha hecho por cortesía. Miro a Pablo y se da cuenta de lo acongojante que se me hace este momento. Él lo resuelve de manera muy práctica. Sonríe y se aleja dejándome ahí sola con ellos dos ¡que conveniente! Intento seguirlo con la mirada y me doy cuenta como desaparece en uno de los extremos del lugar.

_ Ven Liz, vamos a la cocina

La mujer termina de conducirme al interior. La casa es hermosa. Puedo notar que ha sido decorada con cuidado. Un lugar agradable y acogedor. Mientras cruzo por la sala de estar, intento descifrar varias fotografías que noto colocadas en varias repisas sin embargo Anell camina algo rápido. Así que poco puedo hacer por tener éxito en mi intento. Cuando por fin llegamos, no puedo evitar tener un recuerdo de antaño. En el fondo del espacio hay un hermoso horno de piedras.

_ Hace mucho no veía uno de estos

_ Es solo de decoración. Sirve pero nunca lo utilizamos.

Antoine y yo nos resolvemos los tiempos de comida con cosas sencillas

_ ¿Viven aquí solos?

_ Sí

_ Este lugar es bellissimo

_ Sí. No es porque yo viva aquí, pero sí, tenemos una ubicación hermosa ¿Se te apetece fruta picada o más bien algo de beber? Puede ser un jugo, té o café

_ Un jugo está bien, gracias

Anell va al refrigerador y me muero de las ganas de saber la historia de ellos dos y lo que tienen que ver con Pablo. Que por cierto, no tengo la mínima idea hacia dónde se ha ido.

_ ¿Y Pablo? Antoine

_ Viene en un momento. Está sacando sus juguetes

Antoine me mira de reojo y sonrío al ver mi cara de incomprensión. Qué ha querido decir con eso de los juguetes. Dónde diablos se ha metido Pablo y por qué cree que me puedo sentir cómoda así; entre estos desconocidos.

_ Hola, ya regresé

Torpemente doy un golpe a mi vaso y acabo derramando parte de mi bebida. El accidente hubiera sido peor de no ser por la reacción inmediata de Anell que sostiene a tiempo el frasco antes de que acabe rodando por toda la mesa y lanza una toalla sobre el líquido que comenzaba a esparcirse. Tengo que ser clara con algo. No ha sido su voz, ni el hecho de haber aparecido de repente. Ha sido el darme cuenta que su vestimenta ha cambiado Pablo se ha colocado una camiseta mucho más descubierta una que no deja ninguna duda que realmente dedica suficiente tiempo al ejercicio.

_ ¡Oh no puede ser! Perdón, que torpe

_ No te preocupes, ha sido solo un poco. Antoine pásame

otra toalla

Pablo se ha aproximado y por su cara es claro que el asunto le ha parecido más gracioso que cualquier otra cosa.

_ ¿Estás bien Liz?

_ Sí, estoy bien. Que pena, disculpen

_ Vamos tranquila Liz, no es nada. Aquí hay más. Pablo ¿vas a querer jugo o más bien se te antoja algo de fruta?

_ Fruta está bien Anell, gracias

Pablo sigue a mi lado y retira la toalla para llevarla y enjuagarla en el fregadero. Mientras espero que regrese para terminar el último rastro del líquido no puedo evitar la sonrisa en la cara de Antoine. No entiendo muy bien si se burla o quiere solamente alivianar el momento.

_ Déjalo así Pablo yo me encargo. Ve y cómete la fruta. No hagas esperar a Liz. Debe estar ansiosa por lanzarse...

_ No Anell, ella todavía no sabe nada

Pablo y Anell se quedan mirándome desde la pila. Pablo me muestra una sonrisa maliciosa y Antoine rompe el silencio dirigiéndose a Pablo pero sin quitarme también la vista.

_ ¿No le has dicho nada Pablo?

_ ¿Nada de qué?

_ No. Todavía no. Es parte de la sorpresa Liz

Pablo se aproxima y se me sienta al lado para comer el tazón de fruta que Anell se ha apresurado a servirle hace un momento. Ella y Antoine se están mirando continuamente es evidente que ellos saben algo, o mucho, que yo no, y que Pablo está reservándose.

_ Buenos chicos, los esperamos afuera

Antoine y Anell nos dejan solos en la cocina. Pablo come en silencio y yo intento acabar sin cometer ninguna otra torpeza

de lo que queda en mi vaso. Intento cruzar una mirada con él pero Pablo parece estar mucho más interesado en los trozos de naranja, sandía y kiwi que en mí. Por primera vez me siento algo celosa. Aunque lo intento, no puedo evitar mirar muy discretamente las nuevas partes que he descubierto hace solo unos minutos de su cuerpo. Esos brazos y su pecho evidentemente fuerte me hacen pensar algo que no debería. Como agradezco tener la agradable sorpresa de su cuerpo fuerte, varonil y natural y no acabar con la desilusión que me provocan los chicos con toda esa musculatura artificial.

_ No vas a darme ni una pista

_ No. Sería arruinarlo

_ Ya veo. Bueno, al menos lo intenté

_ Ya casi resuelvo tu dilema. Solo dame un minuto más para acabar

Me doy cuenta como el jugo de la fruta ha refrescado la piel de sus labios haciéndolos parecer mucho más apetitosos. Eso y todo el resto. Pablo se levanta de un salto y recoge mi vaso, su taza y los coloca ya vacíos dentro de la pileta de acero inoxidable. Me mira con ojos vibrantes, como los de los niños en mañana de navidad.

_ ¿Lista?

_ No sé

Levanto mis hombros haciéndome la desconsolada

_ Entonces ya no te voy a hacer esperar más, vamos

Llegamos nuevamente al pórtico. Desde aquí puedo ver a Antoine y a Anell que están en medio de la zona verde haciendo algo a un enorme trozo de tela de color naranja intenso. A unos metros de ahí, me parece ver algo parecido a unos cascos de esos que utilizan los ciclistas. También descubro, un bulto también de tela pero que hace parecer ser algo mucho más pequeño que el que está tirado sobre el césped.

_ ¿Qué es todo eso?

_ Nuestro equipo

_ ¿Equipo? ¿Equipo de qué?

_ Parapente, te aseguro que te va a encantar.

Por un momento me abrumba y me sorprende la tranquilidad con la que ha dicho eso de que me va a encantar.

_ Espera, espera, no me veas así Liz. No es tan malo como te lo estas suponiendo...

_ Estás loco Pablo ¿No estarás pensando que yo haga una locura como esas? ¿Cierto? ¡Dios Santo, sí estás loco! No, jamás voy a hacerlo

Estoy negándome mientras voy dando pasos dudosos hacia atrás.

_ ¿Cómo lo sabes? ¿Lo has hecho antes?

_ No. Y no creo que quiera que esta sea mi primera vez

_ ¡Vamos Liz! Te juro que te encantara. Yo también lo dude la primera vez, pero después del primer vuelo casi te vuelves adicto a esto. Te puedo asegurar que experimentarás muy pocas cosas como esto. No puedes dejar pasar la oportunidad

_ Okey... Digamos que acepto ¿Quién se encargará de llevarme, del equipo? ¿A quién le voy a endosar mi vida?

_ Yo voy a volar contigo. Yo me haré cargo del equipo y... de ti

Lo escucho y no puedo soportar empezar a reír nerviosamente. Imagino que es la reacción lógica que cualquier ser humano cuerdo, como yo, podría tener ante una idea tan descabellada como la que me está planteando en este preciso momento. Anell probablemente ha notado mis brazos nerviosos moviéndose de aquí y de allá y se ha acercado para intentar entender qué es todo esto.

_ ¿Está todo bien chicos?

_ Sí Anell, solo que Liz no confía en mis capacidades como piloto de parapente y esa es nuestra discusión justo ahora

Anell me mira e inmediatamente puedo descubrirle esa mirada compadeciéndose de mí. Ya sé, mi cara horrorizada solo le suplica que me saque de aquí.

_ Ya veo. Bueno, pero si Liz no quiere, nada puedes hacer. De lo contrario no lograrás lo que quieres; que es que ella le tome el gusto a eso

_ No me estás ayudándome mucho Anell

_ Probablemente no pero es decisión de ella si quiere acompañarte o no. Lo que sí te tengo que decir Liz, es que Pablo es todo un experto. De eso puedes estar completamente segura. Si fuera tú y debiera elegir a la persona que se encargue de mi primer vuelo debo decirte que él es el indicado. Lo he visto lanzarse muchas veces desde aquí y no quiero imaginar cuantas más lo ha hecho en otros lugares. Por difícil de creer, ya ves, sigue sano y salvo.

_ Eso me gustó. Sonó mucho mejor, gracias

_ No la obligues Pablo, si ella no quiere, hazlo tu solo

Anell me pone una mano sobre el hombro y nos cruza por el lado para regresar a la casa. Yo sigo temblando. Pablo regresa conmigo y por primera vez, siento sus manos tocándome. Acariciando con cuidado mis brazos. Quiero pensar que esta sensación tiene que ver con la electricidad o la química entre los dos, y no, mi sistema nervioso a punto de colapsar. Su mirada dentro de mis ojos llorosos está por hacer desaparecer lo poco sensato que queda en mí. El nerviosismo de su descabellada propuesta ha agitado mi respiración y mi boca se siente completamente seca. Comienzo a escuchar su voz y esta vez me suena suavemente seductora.

_ No sabes como me encantaría que hicieras esto

conmigo, pero Anell tiene razón. No voy a obligarte ni tampoco puedo pretender que confíes en lo que te estoy diciendo sobre la maravillosa sensación que experimentarás. O en mis capacidades como piloto. No te preocupes Liz, no pasa nada. Tranquilízate, no tienes por qué hacerlo

Me lleva con cuidado hacia él y me besa la cabeza en un gesto de absoluta consideración y comprensión a estos nervios irreconocibles, incluso para mí.

_ Si quieres puedes acercarte un poco al borde y ver como me lanzo. Quizás la próxima vez te sientas un poco más cómoda, segura y quieras intentarlo. Me tomará solo unos minutos llegar a la playa. Antoine irá a recogerme y luego volveremos ¿de acuerdo?

Pablo se me aleja buscando a Antoine y a ese enorme trozo de lona. Veo como recoge el casco negro y se lo ajusta a su cabeza. Siento como si un frío enorme estuviera congelándome las venas. Mi cuerpo sigue temblando pero ya no sé si es por este ataque repentino e inesperado de miedo. O el hecho de estar echando a perder sus planes conmigo. Me siento terrible pero cómo se le fue a ocurrir algo como eso. Lo que me pide es una completa locura. No puedo hacer algo así. Mis nervios no son de acero como los de él. No ahora que recién vengo pasando todo esto de la separación. Los míos son más bien un manojo de fideos remojados en sobretiempo, que ni siquiera aguantan a ser tocados o levantados del escurridor sin deformarse o reventarse a pedazos. Una parte de mí sí quiere hacerlo ¿Y por qué no? Anell acaba de decirlo, tiene mucha experiencia. No creo que yo termine siendo un mal agüero y provoque que algo salga mal. Pablo me acaba de mencionar que solo serán unos minutos antes de volver a tocar tierra firme...

_ ¡Pablo!

_ ¿De verdad quieres intentarlo? No quiero que te sientas comprometida o algo así Liz, no tienes por qué hacerlo si no quieres

_ Mejor no lo hablemos más o voy a terminar arrepintiéndome

Se da cuenta que lo que acabo de decirle no tiene nada de broma. Me coloca sin ninguna demora el casco blanco que ya tiene en sus manos. Sus dedos tocan mi barbilla y mis mejillas, mientras ajustan la correa. Y sin quererlo uno de sus dedos ha terminado rozando mi labio superior. No quiero ni levantar la vista; menos mirar o pensar en el borde de la enorme pared de rocas que se corta abruptamente dando paso al enorme agujero a solo algunos metros de donde estamos.

La primera que lo vi, la noche del bar. Nunca me dio por pensar que tuviera afición por cosas tan extremas como estas. Las venas rabiosas que puedo ver sobresalir sobre la piel de sus brazos me dicen que su adrenalina, al igual que la mía, también ha empezado una carrera veloz dentro de su cuerpo. Antoine se nos acerca y presta atención a lo que metódicamente Pablo hace para hacerme sentir segura. Me mira y sonrío, lo hace en una forma de congraciarse y de intentar, aunque justo ahora, suene ridículo, de tranquilizarme.

_ Creo que es todo

Escucharlo y verlo hacer distancia conmigo hace que mis palpitaciones aceleren a una velocidad impensable. El momento está sobre nosotros. No puedo evitar preguntarle en una forma desesperada de ganar aunque sea, unos segundos más.

_ ¿Estás seguro Pablo?

_ Sí, todo está listo ¿Me ayudas Antoine?

_ Sí vamos, la vela ya está lista

_ ¿Lista Liz?

Estoy segura que ahora no va a salir ni una sola palabra de mi garganta, así que solo asiento una respuesta afirmativa con mi cabeza. Los noto avanzar y empiezo a seguirlos. Pablo se detiene justo en medio de la gran zona verde que hace de jardín

y lo veo caminar con seguridad hasta llegar al borde del risco. Su cuerpo se abalanza, se inclina un poco y veo asomar su cabeza al vacío. Esto es lo más suicida que he hecho jamás.

Mis piernas se sienten bastante debilitadas como si mis músculos no respondieran o no captaran las señales de mi cerebro que les piden que sean fuertes y que dejen de bambolearse así. Me doy cuenta que mira la inmensidad del mar y ahora viene de regreso y se detiene a unos cinco, seis metros del borde. Me pide que me acerque a él. Miro a Antoine y vuelve a sonreír. Este tipo es simpático en verdad. Si cree que eso de la sonrisita perpetua ayuda, debo decirle que en mí tiene efecto nulo.

_ Acércate Liz, necesito ajustarte el arnés.

Nunca me había tomado tanto tiempo dar solo unos cuantos pasos. Pablo se ha ganado el premio a la paciencia. No hace lo más mínimo por intentar apresurarme. Se inclina a mis pies y me hace colocar mis piernas dentro del otro saco de lona, el que es mucho más pequeño. Me toma de los hombros, me gira y coloca derecha viendo al frente. La belleza que creí notar al momento que llegamos aquí desaparece instantáneamente.

Estoy aterrada. Mi miedo ha llegado al límite. Tanto, que creo que mi vejiga está a punto de comenzar a gritar. Estoy a punto de decirle que he cambiado de decisión. Cuando siento que se coloca detrás de mí, tan cerca que puedo sentir golpear sobre mi cuello su respiración agitada. No es tanto como la mía. Siento sus movimientos y escucho como hace algo más con el equipo. Con todas esas correas y piezas metálicas. Antoine le pide que se voltee un momento y hale no sé qué cosa, para que pueda corroborar que lo ha hecho bien. Más te vale que sea así Antoine. Escucho a nuestro anfitrión preguntar un detalle más.

_ ¿El viento?

_ No puede ser mejor Antoine. No puede ser mejor

Desde aquí, los escucho reír entre ellos y darse un efusivo

apretón de manos. El cuerpo de Pablo ha hecho algún movimiento y se ha acercado tanto a mí que puedo sentirlo rozar mi espalda.

_ Danos una media hora para recogernos. Yo te aviso en qué lugar de la playa estamos

¿Media hora?! No me dijo hace un momento que eran solo unos minutos. Media hora son treinta minutos. Muchos minutos. Minutos muy largos si se considera lo que puede ser saltar al vacío a una altura no menor a trescientos metros sobre tierra firme y en dirección al mar.

_ ¡De acuerdo, buen viaje!

Acabo de sentir como se acerca. Pablo está junto a mí oído y me habla tan quieto que sus palabras me calzan perfectamente con una especie de rumor. Imagino que tendría algo de bueno si fuera en otro sitio, en otras circunstancias.

_ Ya casi se acaba Liz. Solo te pido que me dejes a mí hacer el trabajo duro y que solo disfrutes. Vamos a caminar juntos un par de metros más y cuando te avise levantas tus piernas. Yo voy a aguantar tu peso y voy a intentar tomar algo de velocidad mientras llego al final. Si sientes que te ayuda en algo, cierras los ojos y yo te aviso cuando los abres ¿lista?

_ Sí. Creo que sí

Esa respuesta ha sonado como un quejido quebrado y desesperado. Caminamos juntos la distancia que ha mencionado y me doy cuenta que, si acaso, estamos a un par de metros del abismo. Escucho como la enorme tela a nuestras espaldas comienza a agitarse en sí misma y la fuerza del viento que viene desde el vacío empieza a empujarnos intentando hacernos retroceder. “La naturaleza es sabia” es la frase que se me viene de inmediato a la memoria.

_ Levanta las piernas, déjate caer dentro del saco. Vamos Liz, tranquila

Hago lo que me pide y siento como mi peso hace que su cuerpo se mueva un poco como si perdiera algo de su estabilidad. Pablo comienza a caminar y de un momento a otro el precipicio está aquí. Da solo unos pasos y me percató que he olvidado lo de cerrar los ojos. Experimento un instante de golpe de caída y todo lo que hay frente a mis ojos es la inmensidad del mar. No puedo contenerme y acabo dando este grito ahogado.

El esfuerzo que tuvo que hacer para ponernos aquí se esfuma en un santiamén. Ahora siento como la enorme fuerza invisible del viento nos eleva hasta lograr hacerme sentir que nos mantiene en un mismo lugar. Mis piernas flotan con suficiente rigidez. De una manera que creo que podría ponerme de pie aquí sobre el vacío.

_ ¡Cuando creas que estas lista puedes intentar mirar!

Espero unos segundos y lo primero que se me ocurre hacer es levantar muy despacio la cabeza. Me topo con la claridad destellante del cielo. Algunas nubes y la enorme tela anaranjada se tensa a unos cuantos metros sobre nosotros. Desde aquí, algo tan frugal como un trozo de lona en buen estado me da un poco de tranquilidad. Voy mirando los detalles y me encuentro con los brazos de Pablo que controlan este aparato como si fuese una enorme marioneta. Un extremo, luego el otro. La vista desde aquí me deja sin palabras. Doy un momento y tomo valor para ver bajo mis pies.

La inmensidad del mar y la playa de arenas grises en uno de los extremos. Después de estos primeros minutos comienzo a sentirme en control de mis emociones como para poder disfrutar de la vista de lo que yo llamaría “la tierra firme”. Las Montañas de la cordillera, una diminuta parte de la autopista. Desde aquí todo parece ser una inmensa maqueta.

_ ¿Cómo te sientes? ¿Qué te parece? ¿Te gusta?

_ ¡Increíble!

_ ¡Que bueno!

Escucho un ruido. Me pongo tensa, me preocupo y hay un cambio inesperado de dirección. Mis dedos se aprietan con toda fuerza a las correas que hay en los bordes. ¡Vaya tontería! Como si hacer algo así pudiera evitar una caída libre al vacío. Pablo ha reacomodado no sé qué cosa y logra que por nuestro lado izquierdo aparezca la imagen de la enorme montaña de rocas y la casa. Comienzo a reír. Por primera vez estoy lista para disfrutar del viento en mi cara. Esto es lo más cerca que podré estar de ser un pájaro. A partir de este momento si alguien me pregunta en lo que quiero rencarnar será sin duda en algo que me permita experimentar esto cada día hasta que pueda llegar al final de mi samsara.

Pasan los minutos y el vuelo comienza a sentirse más reconfortante. Es increíble pensar que se pueda lograr algo así solo con maniobrar dentro de las cortinas del aire. Tengo completamente claro que no debe ser tan sencillo de hacer como suena y que como todo, hay un riesgo en esto pero es increíble que se pueda experimentar este tipo de sensación.

_ ¡Liz. Vamos a ir descendiendo!

La imagen del mar, las montañas, la playa comienzan a tomar su verdadera proporción. Cada minuto un poco más y más grandes. Más y más cerca. Al poco rato me doy cuenta que el paisaje se convierte en una misma cosa. A nuestra derecha el mar constante. A nuestra izquierda el borde de las montañas, tramos de la autopista intentando aparecer entre los árboles y la extensión de la playa mostrándose como una enorme pista de aterrizaje aguardando por nosotros.

Una nueva maniobra y un nuevo movimiento intempestivo. Ahora siento que no es necesario tomármelo tan enserio como al principio. Vuelvo a repasar nuevamente sus instrucciones. No debo intentar colocar mis pies en el suelo inmediatamente lleguemos a la playa o puedo ocasionar que pierda la estabilidad que necesita para intentar que tengamos un aterrizaje sin contratiempos. Si llego obviar algo como eso, es

probable que él no pueda hacer nada y terminemos dándonos un buen golpe contra la playa.

El gris de la arena, es una enorme cortina que se nos viene encima a una velocidad mucho más rápida de lo que me hubiera imaginado. Vuelvo a tomar conciencia de la respiración de Pablo muy cerca de mi cabeza. No sé si ahora es un buen momento para hacer lo que no hice cuando íbamos saliendo: cerrar mis ojos. Siento una energía fuerte que se cuela entre él y yo. Espero que eso no signifique problemas o algo así. De un momento a otro siento el golpe contundente de la frenada. Escucho algo que me parece viene desde nuestras espaldas, asumo que algo tiene que ver con la enorme vela. Siento la halada que genera el vigor de Pablo tratando de tomar control de la situación mientras sus piernas luchan por mantenerse firmes y disminuir a menos la velocidad que traíamos antes de chocar contra la superficie de la playa. Siento el tirón de mi bolsa de “canguro”. Creo que Pablo ha tomado nuevas fuerzas y logra que nos detengamos por completo y aun así puede seguir manteniendo mi cuerpo a flote.

_ ¿Ya puedo bajar mis pies?

_ Sí

La emoción de lo que acabo de experimentar hace que me olvide de todo lo que Pablo tuvo que hacer ahí arriba para ponerme en una posición segura. Doy una zancada para celebrar nuestro éxito, o más bien el mío y el golpe de la frenada que ocasiona el arnés que me fija a su traje hace que pierda el equilibrio y me abalance de frente contra el piso. Pablo, debilitado por este último esfuerzo y tomado de improviso por mi alocada reacción, poco puede hacer para contrarrestar mi peso en caída. Aunque intenta alejarse todo lo que el equipo le permite para no darme un enorme golpe. Gran parte de su cuerpo acaba sobre mi espalda. Los dos terminamos hechos una masa sobre la playa.

_ ¡¿Estás bien Liz?!

Me doy cuenta que Pablo intenta voltearme para colocarme en una posición que le permita saber cómo estoy en realidad. Solo que yo sigo sin encontrar la posición de mi cuerpo. Hago mi mejor esfuerzo para ayudarlo pero gran parte de mi rostro ha quedado tapizado con la arena húmeda y mi cabello se ha revelado a la trenza que hice a primera hora de la mañana para mantenerlo a raya. Intento quitarme toda la arena que puedo pero es claro que voy a necesitar un poco de agua para deshacerme por completo de ella.

No sé si es producto de liberar todo el nerviosismo que tenía antes del vuelo, pero el rostro evidentemente preocupado de Pablo mirándome con esos hermosos ojos a solo unos cuantos centímetros. Imaginar mi apariencia en este instante y la ironía de la escena que hay justo aquí entre nosotros. Desencadenan este inevitable ataque de risa...No puedo detenerme.

Vuelvo a mirar a Pablo y me doy cuenta que parece no entender qué está pasándome. Me muestra una sonrisa pero inmediatamente vuelve a caer en ese gesto de preocupación. No tiene por qué, pero se me hace tan gracioso verlo mirándome de esa forma que vuelvo a caer en una risotada larga y bulliciosa. No entiendo por qué estoy reaccionando de esta manera. Pablo acaba riéndose pero supongo que no es porque entienda lo que me ha parecido chistoso. Sino más bien por ver, que no ha pasado nada serio conmigo. Me toma treinta segundos tranquilizarme. Poco a poco los músculos de mi estomago vuelven a relajarse y mi respiración intenta tomar un ritmo normal.

Aunque mi ataque de risa parece haber acabado, sigo acostada sobre la arena. Mi cabeza todavía encerrada en el caparazón de plástico y la mitad de mi cuerpo, cubierto por el saco "canguro". Miro a lo alto y descubro lo impecablemente vacío que está el cielo. Ese mismo que acabo de abandonar. Creo que descubro algo parecido a la estela de un avión de alta velocidad. Pablo no se ha movido del lugar en dónde aterrizó

después de toda esta absurda caída. Supongo que está dándome el tiempo necesario para recuperar la buena postura de mis emociones.

Volteo mi cabeza en su dirección intentando encontrarlo y veo como desde esa posición intenta soltar el arnés que nos une y que al fin de cuentas han provocado este inusual desplome. Él me mira de reojo y sonrío. No entiendo pero me ha encantado verlo hacerlo. Adoro cuando me deja espiarle ese par de hoyuelos. Sonrío pero la verdad más bien estoy ida observándolo. Debo aprovechar ahora que él está lo suficientemente entretenido con esas piezas metálicas.

_ Creo que ya puedo quitarte ese casco. Tuvimos suerte que estuviera en su lugar hace cinco minutos, sino te hubieras llevado un tremendo golpe.

Se deshace del suyo y luego se me viene encima para empezar a quitar las cintas que lo sostienen, a través de los sujetadores pegados a la parte baja de mi mentón. Siento sus manos y sus dedos tocando mi cara y algunas partes de mi cuello. No debería pero estoy disfrutando mucho lo que está haciendo. Estoy mirando fijamente lo alto de su rostro, no quiero mirarlo directamente a los ojos. Veo algo de los mechones húmedos por el sudor del esfuerzo que ha hecho pegándose sobre su frente. Él me lanza una mirada rápida y directa para intentar saber qué estoy haciendo. No soy lo suficientemente rápida para lograr mirarlo directamente al tiempo que él lo ha hecho. Por primera vez caigo en razón del sonido del mar. Todo está tan silencioso que me parece imposible pensar que estemos en medio de la playa. Extrañamente no he escuchado a nadie más que nosotros dos. Justo ahora estoy pensando que es increíble que haya pensado en mí para hacer esto. Es una locura pues solo soy una extraña para él. Una que se portó bastante arrogante la otra noche.

_ Levanta un poco la cabeza. Listo. Ahora sí puedes salir huyendo. Si no quieres volver a saber de mí, lo voy a entender

No puedo evitarlo. Estoy mirándolo directamente y me encanta hacerlo. Sin duda está muy cerca.

_ No digas tonterías. Lo que iba a hacer era celebrar que había logrado sobrevivir a mi primera gran aventura

_ ¿Ah, era eso? Menos ma. Por un momento imagine que lo que estabas tratando de hacer era escapar del desquiciado que te había lanzado por ese enorme precipicio. Te imagine corriendo sin parar hasta la carretera y luego intentando detener algún vehículo que te llevara a algún lugar seguro muy, muy lejos de aquí y de mí.

Por qué a mí. Por qué ahora. No entiendo qué es lo que me está pasando con él. Es que no hay algo en él que sea repulsivo. Que lo haga quedar mal. Que yo pueda odiarlo de una buena vez. No entiendo qué está tratando de hacer.

_ Es increíble

_ ¿Mi imaginación?

_ ¡No! Ahí arriba

_ Entonces supongo que no me odias. Al menos no tanto como me lo supuse

Hago una mueca para que entienda que nada puede estar más lejos de la verdad que lo que acaba de decir.

_ Todavía no tanto

_ Eso es lo que llamo ser un tipo con suerte

_ Pero no te abuses de la buena suerte

Ambos nos reímos y nos quedamos en silencio por un momento. Desde donde estoy muevo mi cabeza de un extremo al otro intentando dar con alguna persona. Solamente el sonido del mar que está peinando la orilla y el ruido de unas gaviotas, que imagino se nos han acercado para espiarnos. Parece ser un lugar solitario. Debemos ser toda una curiosidad para ellas.

_ Este lugar es bastante solitario

_ Sí. Por eso me gusta tanto venir aquí. Es la pista de aterrizaje perfecta y el lugar más cerca que tengo desde la ciudad

_ Hace mucho que practicas esto

_ Algo. Unos cinco o seis años. Pero, no me has dicho si lo volverías hacerlo

_ Creo que sí. Definitivamente volvería a intentarlo

_ Sabía que te iba a gustar. Todos experimentamos ese mismo miedo la primera vez y luego algunos lo vuelven a hacer en algún momento de sus vidas y otros acabamos sucumbiendo a la experiencia. Cada vez que puedo tomarme un chance no lo dudo. De verdad, me alegra que te haya gustado

Pablo se queda mirándome y yo estoy haciendo exactamente lo mismo con él. Me doy cuenta como mira mi rostro y se aventura bajando un poco más a mi cuello y supongo que a mis senos. Creo que se ha sentido algo incómodo con esto porque ha elevado repentinamente la vista al mar y ahora comienza a ponerse de pie. Tengo un extraño sinsabor. No sé si porque esperaba más de este momento y es evidente que a él no le ha interesado hacer algo más. O, porque tengo la desagradable sensación que imaginarme cosas que podrían pasar entre nosotros me dejan en una posición tan desventajosa como la que tenía mientras estuve con Ernesto. Soy una idiota por seguir pensando en él.

_ Ven, te ayudo

Ya estoy de pie y Pablo se aleja un poco para empezar a recoger y doblar la vela. De verdad este lugar es realmente solitario. Muy hermoso y bastante desolado.

Giro sobre mí misma y logro ubicar el enorme peñón de donde hemos salido. La ubicación de la casa. Intento hacer algo para no verme como la más inútil. Recojo las gafas y las sujeto a los cascos y trato de darle un acomodo a la extraña bolsa donde he viajado. Pablo se ha alejado un poco más para seguir

doblando la lona anaranjada. Me doy cuenta que saca su móvil de uno de los bolsillos del pantalón y hace una llamada, supongo que a Antoine.

Mientras lo veo hacerlo no puedo evitar detenerme a pensar que todo esto es casi perfecto para ser cierto y que estoy haciendo muy mal imaginando cosas. Solo que no lo entiendo del todo. Si es lo que parece ser, y está interesado en mí, por qué diablos no intentó besarme hace un momento. Probablemente no me encuentra tan atractiva. Eso es fácil de suponer después de conocer a la chica de la otra noche.

_ Antoine ya viene en camino, estará aquí en cualquier momento

_ Que bien

Así que tenemos algunos minutos para que intentes algo conmigo. Viéndolo así, es fácil que me sonroje a mí misma pensando en lo que me gustaría hacer con él aquí en medio de este lugar. No hay nadie por quien preocuparse pero si él no lo intenta. Yo ni loca voy a hacer algo al respecto para dar el primer paso. No tengo nada de chica liberal. Pablo viene de regreso y noto que se me aproxima sonriendo.

_ Así que tendremos otra oportunidad para volver a repetirlo

_ Depende de ti. Por mi no hay ningún problema

_ Que bueno que lo disfrutaste. Mira ya viene Antoine

No pudo ser más inoportuno. Empiezo a luchar por reacomodarme la trenza.

Seguimos a la mesa y no puedo evitar espiarla cada tanto. Me he dado cuenta como le ha prestado atención a Anell mientras ella le explicaba el paso a paso de la receta de esta ensalada. Estuvo atenta y ni siquiera se atrevió a pestañear. Ese gesto me ha hecho gracia. Es como si le hubiera descubierto el encanto de una chiquilla. Aunque he tratado de ignorarlo. No he podido dejar de mirarla cada vez que se lleva un sorbo de vino a la boca. Y cómo después, intenta deshacerse del exceso rozando sus labios entre sí. Es extraño, por que nunca me había pasado, pero eso me excita. Me gusta la solemnidad que hay en su rostro cuando se ha concentrado en descubrir los sabores de su comida. Anell ha hecho muy bien su trabajo de intrigarla con las curiosidades de la cocina francesa.

No soy tonto y Antoine tampoco. Él me ha mirado desenfadadamente un par de veces desde que nos sentamos a comer. Probablemente sospecha algo de lo que me está pasando con ella. De seguro Anell también. Cuando volvimos de la playa y yo regresaba del baño después de asearme. Los descubrí hablando algo por bajo, que definitivamente, no estaba bien que yo escuchara. Debe ser un poco raro para ellos que esté aquí con ella. Para mí también lo es. Solo que siento que Liz es una chica particular, diferente. Para mí también es raro, lo que me está sucediendo con ella.

Ahora estoy pensando en la playa. Tengo la idea de que algo sucedió con ella, cuando estábamos ahí. Estuvo observándome un par de veces. Sentí cuando lo hacía. Me gustaría saber que estaba pensando cuando me observaba de esa manera. Porque probablemente no tenga nada que ver con lo que yo pienso desde la noche en el bar. Tiene lógica. No es lo que ella quisiera justo ahora. No después de lo que me hizo saber de

su vida y del tipo al que le rompí su madre... Tuve que hacer el esfuerzo. Un gran esfuerzo para no írmele encima. Debo dar gracias por ese ataque de risa, nada más inoportunamente, oportuno. Es como si fuera su sello personal. La inoportunidad.

_ Pablo

_ ¿Sí?

_ ¿Qué si quieres un pedazo de tarta?

_ Sí Anell, está bien gracias

_ Voy y te ayudo

_ Sí está bien Liz, vamos y dejémoslos terminar

Me mira y sonrío. Nada me engancha más que eso. Intento no observarla mientras se aleja con Anell pero es imposible. Ha sido lo mismo desde que la descubrí en el restaurante. Antoine se concentra en cortar su carne y es lo que necesito para poder mirarla de reojo antes de que desaparezca detrás de la pared que conduce al interior de la cocina.

No podría decirle nunca, que aquella noche me di cuenta de su juego, mucho antes de que la mirara directamente. Lo hice solo por no resistirme a la idea de hacerle una travesura. La verdad me interesaba hacerla pasar un momento incómodo. Me di cuenta de Liz, desde el momento que comenzó a cruzar el salón. Di con ella por casualidad. Mi trago se había acabado y tenía varios minutos de tratar de dar con alguno de los camareros. Así que miraba a todos lados tratando de que alguno me prestara atención; pero el lugar estaba a reventar así que mi paciencia debía ser un poco más larga.

Cuando al fin di con unos de ellos, ella apareció y arruinó el momento en que el tipo estaba a punto de volver a verme. Me fastidié con ella. No pudo ser más inoportuna... La vi colocarse para hacer la fila de espera de los sanitarios. Y por su gesto, imaginé que no le hizo mucha gracia ver que, había algunas mujeres antes que ella. Mientras volvía a escuchar una vez los

reclamos de Camila. La vi observar todo con detenimiento. Era como si tratara de memorizarse el lugar. Entonces me di cuenta la manera en que observaba a Camila. Quite la mirada. No quería delatarle que alguien la examinaba a ella también. Asumí que en su curiosidad yo sería el próximo. Así que mi primer pensamiento fue desquitarme lo del camarero. Lo hice solo por jugar con ella.

Solo que el tiro me salió por la culata. El sorprendido fui yo. Nunca esperé que reaccionara así. Al final, me sentí mal al ver su nerviosismo. No tuve que mirarla de manera tan desabrida, como lo hice. Tengo muchísima suerte de que terminara aceptándome esta invitación. Ella intentó disimular, pero fue claro que estuvo a muy poco de hacer algo como correr para ocultarse dentro de los retretes. Eso fue algo raro. Lo común para mí es que terminara sonriéndome. Probablemente en un intento de coquetear, flirtear. Muchas chicas lo hacen. Solo que Liz estuvo a punto de tener una crisis nerviosa que fue pésima en disimular. Fue cuando en vez de dejarlo pasar, más bien, terminé sintiendo esta curiosidad por ella.

- _ ¿Listos para el postre?
- _ Se ve y huele delicioso
- _ Espero que sepa igual. Siéntate y disfrútalo Liz
- _ Aquí tienes Pablo. Este es para ti Antoine
- _ Gracias Anell

Es que ni yo mismo tengo la explicación. Tiene algo diferente que no había encontrado antes. No sé si tiene que ver con conmigo o más bien con ella. Me encanta la idea de verme sorprendido por una chica así. Ni yo mismo me entiendo. Antes de saltar, estuvimos tan cerca. Su cuerpo tan justo con el mío. Tuve un breve instante de desesperación, por no poder acercarme a ella como hubiera querido. Me moría de ganas por besarle el cuello y aspirar de cerca el aroma de su cabello. Todo esto es descabellado. Ni siquiera es mí tipo... Debo tener mucho

cuidado con todo esto. Tengo claro que viene saliendo de una relación larga y difícil y tiene sentido que no me dé señales de que le intereso de alguna forma.

Durante el vuelo no le presté atención a nada. Solo a ella. Estaba absorto imaginando en lo que estaría pensando. En si sus nervios seguían ahí o finalmente había logrado que ella disfrutara de mi sorpresa. Así como lo había pensando desde el momento en que me había venido la idea después de dejarla en su apartamento. Maldición Liz estás poniéndome en una situación bastante difícil. No me canso de observarla. Justo ahora sigue sonriendo a lo que ha mencionado Anell y que Antoine extiende con uno de sus comentarios con doble sentido. Me mata ver como roza su dedo índice limpiándose las comisuras de su boca aunque no tiene nada que quitarse.

_ Ya oíste Pablo. Necesitamos que Liz venga de visita con frecuencia. Así, Antoine y yo tendremos la excusa perfecta para darnos algunos de estos gustos.

Anell levanta su cuchara mostrándonos un pedazo del pastel. No hay duda que volteo a mirar a Liz. Ella me sonrío y me encantaría que fuéramos solo ella y yo aquí. Solos.

_ Por mí no hay problema. Ella solo tiene que decirlo y les aviso para que nos esperen. Te salvaste Antoine. Liz no tiene problemas en degustar postres así que eso será una gran ventaja para ti

_ Imagino que no solo yo ¿Verdad Pablo? Seré el ganancioso con eso de los postres ¿cierto?

Antoine tiene razón. Yo también sacaría provecho de la idea de Anell, pero nada tiene que ver con los postres que hace su mujer. Terminamos riendo. Si estuviéramos solos y todo fuera diferente entre nosotros; me le acercaría y terminaría de lamerle estas diminutas migas que puedo descubrirle desde aquí. Luego la besaría.

Lo haría tan despacio como mis ganas me dejen. Solo para

poder ir descubriendo cada espacio pequeño y carnoso de esa boca... Pero no es tan fácil como imaginarlo. Ahora no tengo idea de que más debo hacer para justificarme una nueva salida con ella. Necesito, después de hoy, volver a verla una vez más. Tengo que hacerme de alguna buena excusa para no echar todo a perder. Apuesto que si sospecha que tengo interés en ella por algo más que una simple amistad. Saldrá corriendo despavorida. Casi no pude creerlo cuando aceptó lo de hoy. No sé de dónde me salió toda esa idea de quedar a mano con ella por lo del bar.

De haber sabido quien era ese infeliz, lo hubiera golpeado mucho más fuerte. Jamás hubiera imaginado que tenía algo que ver con ella. Lo asocié más con su amiga. Esa si que es explosiva. Alguien así, sí podría calzar de alguna manera con él. Estuve a punto de soltárselo pero por suerte cerré mi boca. Ese tipo no es para nada, para ella ¿Cómo se le ocurrió fijarse en él?! ¿Y menos aceptarle una propuesta de matrimonio? ¿Qué pasa con las chicas? Acaso no piensan que el tipo que vayan a escoger para casarse no puede ser el primer idiota que se les planta por el frente con sonrisa de yo no fui.

Entre hombres sabemos quien es quien. Y ese malandrín, a leguas se nota que se le dan muy bien las putas. No está bien que lo piense, pero Liz me da la idea que es, o fue, una chica enamorada. Eso, muchas veces no permite ver las cosas como son. Apostaría mis bolas a que ese maldito le fue infiel desde el primer mes de matrimonio. Solo que ella nunca lo sospechó o se hizo de la vista gorda. Por el mismo efecto de ese amor platónico que se pega tan fatalmente en algunos. Cómo envidio a este mal nacido.

_ Entonces ¿cuándo vuelven a visitarnos?

_ La verdad no creo que sea en las próximas semanas. Voy a estar algo ocupado. Viene uno de nuestros principales socios comerciales para ver nuevas propuestas y eso me va a ocupar mucho tiempo. Pero prometo que apenas pueda y Liz me acepte una nueva invitación para un nuevo vuelo estaremos por aquí

¿Te parece Liz?

_ Sí por supuesto.

_ No importa que no sea para volar. Al menos para que nos acompañen a almorzar

_ Está bien Anell, creo que al final me gustó eso de volar

Liz me dirige una mirada cómplice y tengo que mirarla con indiferencia. Debe saber qué no me importa si quiere volver a volar o no. No voy a obligarla a tal cosa. O cualquier otra, que no quiera aceptarme. Debo comportarme como alguien que quiere conocerla y hacerla mi amiga y nada más. Solo que por dentro me muero por volver a sentirla así de cerca.

Liz se me antoja como esa chica dulce. De sentimientos primero, antes de que deseo. Y pensar en eso cada vez que la veo... me prende, me excita. Es como si algo en mi cabeza pensara en ella, en una virginidad diferente. Que nada tiene que ver con cosas del cuerpo pero que no he podido disfrutar todavía con alguien. Esa forma de mirar, de sonreír, maldición. Poco a poco me está volviendo loco. Puede que esté equivocado, pero no tengo forma de saberlo de no ser que lo descubra por mí mismo.

Debo concentrarme en eso, todos casi han terminado y yo sigo ido pensando en ella, disfrutándola ahora que está aquí. A solo una pequeña distancia de mí.

8

El almuerzo que tan amablemente nos ha preparado Anell ha estado inmejorable. Mi cuerpo lo ha agradecido por demás y recién me recupero de esa sensación adormecida que acaba provocando la marea alcalina cuando te excedes de lo que es tu límite. Antoine y Pablo han decidido terminar sus cafés en el pórtico por lo que han abandonado la cocina hace varios minutos. Conversación de hombres, supongo. Yo sigo aquí con Anell. Ella vierte la bebida caliente y aromática en los jarros hermosamente decorados, que serán para nosotras.

_ ¿Cuántas de azúcar Liz?

_ Dos por favor

Desde mi lugar, muy cerca de una de las ventanas que dan al camino que viene desde la entrada, puedo ver a Anell que remueve mi bebida con cierta parsimonia. Me da la sensación que se concentra en pensar algo importante.

_ Aquí tienes

_ Gracias

_ Hace rato quería preguntarte hace cuánto conoces a Pablo

Imagino que está intentando llevarme a eso importante que estaba meditando hace solo unos segundos.

_ Bueno, la verdad es que no tanto

_ ¿En serio?

No entiendo a qué viene ese tono particularmente irónico.

_ Por un momento tuve la impresión que se conocían hace bastante

_ No. Solo que Pablo tiene las habilidades que yo no tengo para socializar

_ Al principio pensé que eras...bueno, no sé si lo sabes pero Pablo hace poco terminó una relación de varios meses con su prometida

¿Prometida?! Anell acaba de usar la palabra “prometida” para referirse a la chica de la terraza... ¿Estaban por casarse? ¿Eso no fue lo que me dijo cuando me mencionó el tema de la discusión esa noche en la terraza del restaurante? Ya entiendo, a dónde quiere llegar. Piensa o por lo menos se está suponiendo que yo he tenido algo que ver con eso. Es inevitable pensar que se está burlando de mí o nunca conoció a esa mujer. De ninguna forma tiene sentido que Pablo deje a una chica como esas por alguien, al menos como yo. Anell está observándome de esa forma en que las madres miran a sus hijos cuando les dan una excusa muy poco creíble.

_ Sí, algo me comentó de eso

_ Sabes, la noticia nos tomó de sorpresa. Una sorpresa triste porque nunca creímos que la relación podría tener un cambio así de drástico. Pablo siempre nos dio señales de estar en algo estable

Esto se está volviendo un poco incómodo. Porque si bien es cierto algo supe de primera mano, no tengo mayor cosa que agregar. Y esto me parece ser demasiado íntimo como para que me lo haga saber. En cambio Anell parece que está decidida, y no tengo idea de por qué, yo tengo o puedo saber las razones de su ruptura.

No puedo imaginar su cara si le contara como terminé conociendo a Pablo y cómo él por su cuenta, terminó dándole una tunda a mi exmarido en un bar. Eso, después de discutir acaloradamente frente a todos con su “prometida”. Como sería su cara de horror si supiera que soy una divorciada que se pasea por su casa con Pablo. Peor sería imaginar a Pablo con una chica

tan poco agraciada como yo y aparte de todo, divorciada. Eso probablemente le sonaría más bizarro. Hago hasta lo imposible por rendir y alargar dentro de mi boca cada sorbo de café. Es lo único que se me ocurre hacer. Eso y ganar tiempo halagando lo delicioso que está. Mis dedos se sueltan aliviados de la porcelana al ver aparecer nuevamente a Pablo en la cocina.

_ Anell el café ha estado delicioso y el día ha sido estupendo. De verdad muchas gracias

Pablo me mira y sé que más que un cumplido. Lo que ha dicho es una despedida anticipada. Desde aquí nadie se da cuenta que salto de alegría por haberme salvado de ese momento incómodo.

_ Liz creo que es hora de irnos ¿Terminaste tú café?

_ Sí, sí... Gracias a Anell, todo ha estado delicioso

_ Gracias a ti por traernos a Pablo. No me mires así. Sabes que Antoine y yo nos preocupamos cuando pasan los días, y no tenemos noticias tuyas

Veo a Pablo hacer una mueca. Sonríe y va junto a ella para besarle la frente. Es rara la relación de Pablo con ellos. No tienen ningún parentesco según me ha dicho pero aun así, es evidente que ellos lo ven casi como un hijo y él a simple vista tiene consideraciones con ellos como si fueran algo más que buenos amigos.

_ Los acompaño afuera

Llegamos hasta donde está el vehículo de Pablo. Antoine y Anell han venido hasta aquí para despedirnos. Ella no se ha resistido a despedirme con un afectuoso abrazo como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo. Antoine se ha limitado a un apretón de manos como cuando me recibió. Descendemos, cruzamos el portón y llegamos nuevamente a la autopista. Pablo toma la ruta de regreso a la ciudad. No hemos avanzado diez minutos y toma una desviación a su derecha. La decisión me toma por desprevenida, considerando que pronto comenzará a

anochecer ¿Ahora para dónde vamos?

_ No me puedo ir de aquí sin hacer esto. Te prometo que será rápido y luego iremos directo a tú casa

_ No hay problema

Cruzamos por un camino angosto y empedrado para acabar de frente a un pequeño trecho rodeado por árboles que apuesto dan una acogedora sombra durante el día. Baja del auto y me pide que lo siga. Caminamos y acabamos sobre uno de los extremos de la playa.

_ Era esto

Levanta un poco su mano y señala la línea de tonos marrones que tiñen el cielo. La playa ha empezado a tomar la opacidad de la noche. Me toma desprevenida. Siento su mano tomando la mía y halándome a un montículo de rocas. Busco la mejor roca y acabo reacomodada en un espacio pequeño. Pablo ha acabado junto a mí. Nos quedamos mirando como el sol, poco a poco, va desapareciendo en el borde tembloroso del mar oscuro. La brisa trae, hasta donde nos encontramos, el aroma de la sal que viene con las olas y que revientan a pocos metros de nuestros pies. Por un momento me da por suponer que él parece pensar detenidamente en algo. Algo que sospecho le preocupa o lo inquieta. Espero no ser yo. Espero que no sea que cometí alguna tontería durante el día. No lo creo. Lo más seguro es que sea en ella. Su prometida. La chica de la terraza. No sé por qué pero es inevitable que sienta celos. Fue afortunada que él se fijara en ella y hasta le pidiera matrimonio ¡Qué diablos pudo pasar entre ellos! Eran perfectos el uno para el otro. Al menos eso parecía. Después de unos minutos de estar aquí y con el sol convertido solo en una hendidura luminosa, Pablo se pone de pie y me dice que nos marchemos antes de que la oscuridad del camino, nos complique regresar al auto. De verdad parece algo serio, algo pensativo.

Se detiene justo a la entrada del edificio de mi

apartamento. No sé en qué momento se me ha ocurrido sugerirle pasar. Era lógico saber que se iba a negar. Debí suponerlo por la manera en que se ha comportado desde que veníamos de regreso. Conversamos, reímos pero era inevitable notar que por momentos cuando se quedaba en silencio. Su cabeza estaba aturdida por algo. Probablemente pasar el día conmigo le ha refrescado los recuerdos con ella y eso debe inquietarle.

Si no es porque me lo menciona, no habría caído en cuenta sobre la hora. Me ha dado la justificación de que mañana tiene una reunión temprano con unos tipos interesados en conocer la nueva idea que trae hace meses entre manos para un video juego. No puedo competir contra eso. Doy seguro con la perilla metálica y cuelgo las llaves detrás de la puerta. Me deshago de mis zapatillas que para esta hora se sienten tan pesadas como tacones número diez después de todo un día de trabajo. Estirar mis dedillos se siente tan, pero tan bien... Nada es mejor como quitarme la coleta y zarandear mis delgados dedos por mi cabellera. Voy rumbo a mi cuarto y el sonido de un mensaje que viene entrando me hace regresar para buscar mi teléfono al fondo de mi bolsa.

_ Gracias Liz

_ Gracias a ti

_ Buenas noches

_ Buenas noches

Mi cabeza se nubla de cuestiones. Cuestiones que creo son solo mías y no de él. Por un momento. Pablo, me hizo perder la poca cordura que he podido conservar en lo que ha quedado de mi vida. Hasta ahora, todo lo que sé de él, me hace suponer que puede ser un gran tipo pero inmediatamente mí otro yo. Ese que todavía no se repone y que probablemente no se reponga jamás. Me recuerda que algo muy similar llegué a creerme ciegamente de Ernesto, cuando me enamoré de él. De la forma tan absurda en que lo hice. Igual. Pablo ni siquiera

sugirió un nuevo plan conmigo, así que supongo que estaba hablando en serio cuando me dijo que todo era una especie de disculpa por lo del otro día. Fue lindo mientras duro. Fue lindo ilusionarme con la idea de que pude parecerle aunque fuera solo un poquito, atractiva de cierta forma.

Me deshago de mi pantalón, mis pantaletas y cuando estoy haciendo lo mismo con la camiseta me llega el aroma de su loción que se ha adherido en una de las mangas cuando me abrazó en las afueras de la casa de Anell. Mi cabeza se vuelve a llenar de los momentos del día. Sobre todo tengo claramente presentes los que tuve con Pablo. Los dos tumbados en la arena.

Estoy bajo la ducha. Dejo que el agua tibia comience a refrescarme. El aspersor hace su trabajo con mi espalda y mi cuello. Mis manos llenas con la espuma van tocando cada rincón de mi cuerpo y no puedo negarme a imaginar que me encantaría que fuera él quien estuviera aquí haciéndolo para mí. Vuelvo a pensar en sus brazos fuertes, en sus manos, su sonrisa y lo desequilibrante de esos hoyuelos. Vuelvo a recordar su cercanía cuando estábamos volando. Cuando lo hice caer sobre mí en la playa. Imagino que todo esto es porque ya perdí la cuenta, de cuál fue mi última vez de un sexo realmente placentero.

¡No puedo creer lo que estoy haciendo! Pero no puedo hacerlo de otra forma. Liz es ingenua o yo soy muy bueno disimulando. No tengo ni una sola señal de ella que me diga lo contrario. No después de lo que sentí en la playa. Debo esperar, sí esperar... Estamos aquí dentro del auto. Su entrada a solo un cruce de acera y yo me he llenado la boca con puras tonterías de mis experiencias con el parapente... ¡Que mierda le puede interesar a ella eso! ¡Maldición, es muy sexi! Me gusta mucho y yo tengo entre las piernas, todas estas ganas del mundo de... No, no. Debo hacerlo bien. Tengo una corazonada con ella y no debo comportarme como un estúpido.

Liz vuelve a sujetar de esa manera su colorida cartera. Imagino que es una especie de lenguaje corporal con el que trata de hacerme entender que ya está cansada de estar aquí dentro del auto, haciendo de tontos. Es tarde. Bastante tarde. Debo inventarle algo de mi trabajo. La verdad no debo entrar. No debo hacerlo o puede que acabe haciendo lo que no quiero. No todavía. Quiero seguir disfrutando de las ideas que me he hecho con ella.

Recién me saco de la manga esto de la reunión y me vale para que sea suficiente para ella. Me doy cuenta que no le ha hecho mucha gracia lo que le he terminado mencionando. Si supiera que me encantaría subir ahora mismo con ella y quedarme toda la noche. Hacerme de toda ella. De toda esa especie de inocencia, que gotea por cada poro.

La veo bajando del auto. Me encantaría tomarla del brazo y traerla hacia mí. Besarla. Tocarla. Desnudarla. Soy un maldito enfermo por pensármela así. Ella que me mira sin una pizca de malicia ¡¿Qué pasa contigo Liz!?. Estoy realmente mal. Necesito

irme ahora mismo de aquí.

Voy a despedirme de una buena vez y no voy a mencionar nada más. No voy a sugerirle otra salida o cosa por el estilo. No. Todo lo he hecho bien hasta ahora como para echarlo a perder en este punto.

_ Bueno. Fue un excelente día Liz. Gracias por acompañarme. Que pases buenas noches.

_ Gracias a ti, cuídate

10

_ Hola Liz ¿Cómo estás?

¡Diablos! No puede ser. Creí que se había olvidado completamente de mí. Hace más de dos semanas que me dejó a las afueras de mi edificio y no volví a tener noticias tuyas...

_ ¡Pablo, que sorpresa! ¿Cómo estás?

_ Bien ¿Y tú?

_ Bien, bien

_ ¿Estás muy ocupada?

_ Algo pero no te preocupes

_ Lo imaginé, discúlpame ¿Te puedo llamar al final de la tarde?

_ Sí, no hay problema

_ Bien. Te llamo entonces, cuídate

_ Tú también

La pantalla de mi teléfono no da más señales de Pablo. Se ha esfumado nuevamente.

Tengo que admitir que el mensaje me toma por sorpresa. Lo leo un par de veces antes de contestarle. Sin saludo, ni nada. Creo que lo de “ocupada” es una palabra que da más señales de él que por mí. Más de diez días sin tener noticias tuyas. El miércoles llegué a pensar que alguna torpeza cometí en la salida del fin de semana que quiso deshacerme de mí lo más elegantemente posible. Supuse que había aspirado a mucho con nuestro vuelo en parapente y que realmente él lo veía como me lo había sugerido: una manera de disculparse. Solo que yo no lo había visto así. Nadie se disculpa de esa manera. Así que mi

imaginación se dio permiso de un aliciente como él. Podría haberle dicho algo al respecto por no haberme contactado desde el domingo pero creo que no tiene ninguna obligación de hacerlo. Y yo, estoy convencida de una sola cosa. No iba a mover ni un solo dedo para ir detrás de alguien, aunque Pablo... no es ese, al que yo podría tildar de “alguien”.

Intento pasar página. Volver a concentrarme en las imágenes del computador. En las figuras de líneas azules, rojas y negras que forman los planos constructivos de una tienda por departamentos que se construirá en una de las avenidas más concurridas de la ciudad. Dos veces he tenido que ir hasta ahí para cerciorarme de las actividades de demolición de los cinco viejos edificios que se remueven para dar paso a la nueva obra. Escucho abrirse una puerta a mis espaldas. Intento la predicción de que puede ser la de mí jefe presto para que le dé noticias nuevas sobre un par de proyectos menores que me ha pedido direccionar. La remodelación del nuevo apartamento de una jubilada rusa que ha decidido abandonar el frío de su país para instalarse en la buena vida de una de nuestras playas o la propuesta de plano constructivo para una casa de coste económico con la que quiere participar en uno de esos concursos gubernamentales para proyectos de vivienda de gran acceso.

Intento mirar a través del reflejo del monitor me doy cuenta que más bien es Esteban que sale de la oficina de Nico, nuestro jefe y dueño de la firma. Doy una rápida mirada por la ventana y me doy cuenta que el otoño está comenzado a tomar la ciudad. Lo digo por los árboles a pocos metros de la entrada del estudio y que puedo ver desde aquí. Y porque la llegada de esta época del año siempre me obliga a pensar en Ernesto.

Recién superaba mis meses de egresada de bachillerato y comenzaba curso de “cálculo uno”. La mañana estaba tan fría y gris como esta. Antes de salir de casa mi madre me había sermoneado lo suficiente como para hacerme creer que mis temores absurdos, sobre mis pobres capacidades en las

matemáticas eran solo cuestión del poder de la sugestión de mi cabeza. Que todo era un temor infundado y que debía acabar desde ahora con eso y con mis dudas acerca de mis capacidades sobre la carrera profesional que había matriculado en la universidad.

Durante semanas intenté hacerla cambiar de opinión pero ella no podía dar crédito de que lo mío era el dibujo puro y no el algebra y la geometría. Todos mis intentos y argumentos en pro de las artes plásticas no tuvieron el mínimo efecto en ella.

— ¿Cómo vas a perder tiempo y dinero en una cosa como esa? Al final vas a terminar pagando una fortuna en cursos que para lo único que servirán es para que al final te mueras de hambre ¡Olvídalo Liz! ¡Son disparates!

Lo único que encontré más cercano a mi afición en la oferta académica fue la arquitectura. Con el agravante que una buena parte de los cursos tenían que ver con la materia de mis pesadillas, matemáticas. Cuando le di la noticia a mi madre de mi elección, sus ojos se iluminaron con la noticia y con la idea de que su hija comenzaba a dar señas de cordura y algo de madurez. Nunca le dije que mi corazón se llenó de desazón de verme obligada a esa opción. Pero ella jamás hubiera aceptado firmar los documentos del financiamiento para una carrera tan poco sería y con un futuro más borroso que la que yo me proponía.

Ese día llegué temprano para poder tomarme el tiempo necesario para localizar en, las listas impresas en hojas blancas y colgadas con cinta adhesiva a la pared cerca del ingreso. El nombre del curso y el número de aula en dónde se impartirían. Camine entre pabellones por unos cinco minutos hasta lograr dar en un segundo piso con el número “506” pintado con molde y color amarillo intenso sobre la puerta azul oscuro. Era inevitable sentir la zozobra del primer día y para empeorarlo, fui la primera en llegar. Así que pase al menos quince minutos pensando y dudando si había tomado bien el número de clase

para “cálculo uno”. Seguía sentada en el borde de la jardinera de concreto cuando escuche el ruido de unas voces aproximándose mientras llegaban al final de la escalera. Tuve la intención de no voltear a ver pero la risotada que explotó al momento de que llegaron al final y que hizo eco por todo el pasillo me obligó a mirar de quienes se trataba. Tal vez

Un grupo de tres chicos se aproximaban en mi dirección. Claramente algo era muy gracioso pues tenía problemas para contener la risa. Mientras uno de ellos seguía hablando en voz alta, algo que desde donde estaba no lograba entender. Empezaron a detenerse en cada una de las puertas revisando la lista de alumnos inscritos en el curso que se impartiría en cada uno de esos lugares. Antes de detenerse junto a la puerta 506 me di cuenta que dos de ellos, en cuenta el de la risa bulliciosa, me miraron de cabeza a pies. Volví a tener la sensación de mi primer recreo en primaria. El otro se fue enseguida a revisar el documento adherido a la pared.

_ Aquí es

Se apartaron varios metros de ahí y siguieron haciendo bromas entre ellos. Por la seguridad que mostraban, era claro que no era su primer curso, como era mi caso. No pasó mucho tiempo antes de que más personas se fueran acercando a la puerta. Minutos después un hombre alto, delgado y de cabello espeso y bastante canoso se acercó al grupo anunciándose como nuestro profesor.

La primera mitad de la clase se agotó entre presentaciones. Indicaciones básicas del curso, puntos de evaluación y trabajos extra-clase a realizar. Un receso de quince minutos los cuales aproveché para gastar más de diez de ellos en mi espera en la cola del baño de mujeres.

Regresamos y nuestro tutor sugirió trabajo en parejas para desarrollar una serie de ejercicios muy “básicos y sencillos”, dignos de una clase para chicos de secundaria. El tono de su voz me hizo pensar que la brecha sonaba enorme pero yo realmente

todavía no cumplía mis dieciocho años y los recuerdos de mi graduación de bachillerato se sentían tan frescos como si hubieran sucedido la semana anterior.

El trío de muchachos bulliciosos se había sentado muy cerca de mi lugar y desde dónde estaba pude escucharlos discutir entre ellos quién trabajaría con quién. Yo busque emparejar con mis vecinos inmediatos pero se habían adelantado y para cuando me acerqué a buscarlos ya habían acordado con otros compañeros.

_ Bien ¿Quiénes no tienen pareja todavía?

Levanté mi mano izquierda. Pensé que esto era un mal augurio de lo que podía esperar de mis nuevas relaciones sociales en la universidad. No quise voltear a ver a nadie. Algo dentro de mi cabeza me aseguraba que era la única que había quedado dispar.

_ Entonces, ustedes tres trabajarán juntos. Voy a repartir las hojas con los ejercicios y necesito que me devuelvan sus respuestas cinco minutos antes de que finalice la clase

¡Tres! Empecé a buscar a mis otros dos camaradas. A mí izquierda, un chico alto y regordete se puso de pie recogió sus cosas y vino en mi dirección.

_ ¡Hola, soy Carlos!

_ ¡Hola Carlos, me llamó Liz!

Cuando me dispuse a conocer al que compondría nuestro trío me vi sorprendida de que fuera uno de aquellos chicos. Justo el que me dio la idea de ser el más arrogante de los tres. El que ni siquiera se tomó la molestia de mirarme cuando se aproximaron a la puerta la primera vez, para fijarse en la lista. Ocupó una silla vacía que estaba cerca y se limitó a contestar la pregunta de rigor hecha por Carlos que a todas luces era mucho más social que yo.

_ Ernesto

Así puedo resumir mi primer encuentro cercano con él.

Durante los siguientes noventa minutos. El chico fue claramente cortante y lejano con nosotros. Era su modo de mostrarnos que él era algo así como superior. Por el hecho de ir varios cursos por encima de nuestra limitada experiencia de principiantes. Aparte fue muy incisivo al señalarnos que no cursaba la carrera de arquitectura como nosotros. Sino más bien la de Ingeniería Civil. Recuerdo que de no haber sido por él, Carlos y yo no habiéramos podido responder más allá de la tercera parte de aquellos ejercicios. Y no porque fuera un tipo superdotado o algo así. Sino porque Ernesto estaba repitiéndolo y eso le facilitaba entenderlos con la facilidad que nos había demostrado.

Ese día, así como apareció en mi vida de la misma manera se esfumó. El único curso en el que coincidimos durante el semestre, fue ese. Y vernos esas cuatro horas a la semana y tener que repetir algunos trabajos juntos no fue suficiente ni siquiera para considerarnos cercanos. Lo notaba aparecer cada mañana de martes cruzando la puerta de la “506” pero nada me hizo suponer que él y yo terminaríamos en donde acabó poniéndonos la vida. Claramente, las cosas entre nosotros dieron un enorme vuelco unos meses después de ese primer día de mi curso “Cálculo I”.

Me siento un poco nerviosa. Cómo no estarlo. Me he enganchado obsesivamente al espejo del dormitorio en estos últimos quince minutos. Reviso mis ojos, buscando que el delineador no provoque ese aspecto desagradable y poco limpio en las esquinas de mis ojos. Doy un paso atrás e intento llevar mi cabeza lo más atrás que puedo para ver que tal me ajusta este vestido. No pude resistirme a buscarlo esta mañana y comprarlo. No tenía otra opción a pesar de la premura de la invitación que Pablo me hizo ayer por la noche.

_ Hola Liz. Disculpa que esté llamando a estas horas ¿Estás en el trabajo?

_ ¿A estas horas? No lo creo

_ ¡¿Estás durmiendo?!

_ Intentándolo

_ Uff no puede ser, perdón...

_ No te preocupes, qué pasa

_ Nada solo que quedé en llamarte y todo se me complicó y hasta hace un momento pude soltarme de todo ¿Cómo has estado?

_ Bien

_ Me alegra. Dime ¿Tienes planes para mañana en la noche?

_ ¿Mañana en la noche? Pues la verdad, no nada

Nada. No se te olvide que soy una divorciada y a parte de

poca gracia para las salidas...

_ ¿Entonces crees que tengo algo de chance de que aceptes acompañarme? ¿Al menos una pequeña oportunidad? Disculpa que te esté llamando con tan poca anticipación pero es que todo salió de repente.

Estoy pensando si es bueno o no que acepte. La verdad es que no se debe ver nada bien que esté llamándome casi a medianoche y que yo así nada más acepte. Eso de ser tan complaciente no me trajo buenos resultados

_ ¿Sigues ahí Liz? Hola

_ Sí, solo que no lo sé...

_ Entiendo, te estoy llamando demasiado tarde

_ No es eso Pablo, solo que no me has dicho ¿acompañarte a qué?

_ Es solo una cena. Bueno, es una cena pero también una oportunidad de negocios. Algo así como relaciones públicas. Un par de veces al año visitan el país comercializadores de entretenimiento digital. Así que todos los que trabajamos en el ámbito como desarrolladores de aplicaciones, de páginas web y en mi caso video juegos. Les ofrecemos una cena de bienvenida. También es la oportunidad que necesitamos para hablarles de nuestros nuevos productos, coordinar visitas a nuestros negocios y todo lo aburrido que no quieres escuchar porque ya es muy tarde

Lo escucho reírse al otro lado del teléfono pero también estoy dudando si acepto o no. La verdad es que no tengo nada lo suficientemente decente como para una actividad así como la que me menciona.

_ ¿Qué dices Liz? ¿Me acompañas?

_ Tengo que preguntártelo Pablo ¿Es de traje largo y todo eso?

_ Tranquila, no, nada de eso. Solo ponte algo un poco, solo un poco, más formal. No sé, se me ocurre pensar en lo que usarías para una boda nocturna pero que te haga sentir lo suficientemente cómoda. No quiero que te estreses por eso ¿entiendes?

_ Creo que tengo algo como eso y que puede funcionar

_ ¿Eso es un sí Liz?

_ Creo que sí

El toc-toc sobre la puerta me hace dar un salto. Reacomodo el ruedo de la falda. Me deshago de mis pantuflas de un solo tirón y van a dar a la parte más oscura debajo de la cama. Tomo los tacones que he comprado junto con el vestido y los obligo a entrar entre mis dedos y mis talones. Es una locura que una tenga que someterse a estas torturas para verse algo decente. Cada vez los hacen.... mucho más pequeños, angostos y altos. Prácticamente una debe volverse una acróbata para lucir algo como estos zapatos pero el detalle de esas pequeñas piedritas al final de las fajillas me encantaron a penas los vi. Un nuevo llamado sobre la puerta pero todavía no es tan tarde ¿Qué apresurado?

_ ¡Un momento!

Intento correr ¡Mentira! Solo intento hacer las de malabarista del circo del sol y llegar en una sola pieza a la puerta. Mi cabello, ni siquiera sé si sigue en las mismas condiciones de hace treinta minutos atrás cuando terminé de hacer esas ondas que le dan el volumen adecuado para parecer que he pagado un dineral en el salón de belleza. No puedo imaginar como era la vida antes de los tutoriales de “youtube”.

Guao!!! Es lo único que me viene a la cabeza cuando veo a Pablo parado a la puerta de mi apartamento. Creo que acabo de ser muy imprudente mirándolo así pero no he podido resistirme

a ojearlo de arriba abajo. Dios, se ve muy pero muy bien con ese atuendo. No es que no creyera que se viera bien así, pero es que el traje, no favorecen ni hacen parecer así de sexis a todos los hombres. Santo cielo, este tipo es...demasiado para mí ritmo cardiaco. Quiero suponer que yo tampoco luzco tan mal porque él también se ha quedado mirándome un poco dudoso y le ha tomado algunos segundos aproximárseme para besarme en la mejilla.

_ Hola Liz

_ ¿Cómo lo ves? ¿Está bien?

_ Te ves muy bien. Más de una correrá, a conseguirse uno igual a ese

Sonrío y respiro aliviada.

_ Pasa, dame solo un momento para ir por mi cartera

_ Sí, no te preocupes

Estoy nuevamente en la intimidad de mi cuarto y doy una última revisada a mi vestido. Espero haber hecho la elección correcta. Bueno, al menos Pablo me ha dado el aliciente de que para él está bien. Mi cabello se porta a las mil maravillas hasta ahora. Espero resista así hasta que todo esto acabe.

_ Estoy lista, vamos

Pablo me pasa de lado y cuando intento pasar cerrojo a la puerta, él se me adelanta me toma con su mano para quitarme las llaves para hacerlo él. Vuelve a llegarme ese aroma inmejorable de su colonia. Sentirlo tocarme y darme cuenta como me mira hace que mi palpitations hagan algo como saltar más de lo normal. No debería sentirme tan bien con su caballerosidad o me puedo mal acostumbrar a algo que no es tan fácil de conseguir ahora.

Estoy a punto de subir al auto cuando algunos de los hijos adolescentes de mis vecinos en el edificio y que están a solo pasos admirando el auto de Pablo empiezan a chiflar jugando a

coquetear. Pablo se queda mirándolos con esa cara de pocos amigos y yo trato de explicarle con los gestos de mi cara que solo son los chicos de mi edificio jugándome una broma.

Vamos en ruta al lugar de la cena y no puedo evitar sentirme todavía un poco insegura. Pablo se ha distraído un par de veces para intentar mirarme pero lo que pasa en la carretera le ha dado poco chance para hacerlo. Eso se me hace gracioso y no he podido evitar que se dé cuenta de lo que hago. Levanta su ceja y me lanza una mirada cómplice y maliciosa. No puedo negar que me ha encantado verlo hacerlo.

Llegamos al parqueo y el lugar se me hace abarrotado. Pablo debe disminuir completamente la velocidad y esperar a que los muchachos del valet parking, puedan resolverse con todos los vehículos que han llegado. Pablo mira el reloj y me da la impresión de estar un poco impaciente. Nos faltan al menos cincuenta metros para alcanzar el punto donde el joven vestido elegantemente los recibe y da orden a otros para que desplacen los vehículos a su destino final.

Tengo la idea que es un sitio bastante exclusivo. Nunca había oído a hablar de un lugar así en la ciudad. Eso tiene sentido. Mucha gente, probablemente por seguridad. No quieren notoriedad, ni llamar la atención. Tantos autos lujosos reunidos me dan la sensación de estar en una especie de feria o algo así. Veo a algunos de los invitados subiendo los escalones que conducen a la entrada del lugar. Todos impecablemente vestidos. De la nada se me ha venido a la mente la imagen de la chica que discutía con Pablo aquella noche en la terraza del restaurante... ¿Y si estuviera aquí? No lo creo. Pablo me hubiera advertido algo así. O probablemente hasta se hubiera ahorrado el mal momento conmigo. No entiendo qué estoy haciendo con él. Sobretudo qué está haciendo él conmigo. Me encantaría saber qué piensa, cada vez que deambulo por su cabeza.

_ Buenas noches señores

_ Buenas noches. Ven Liz

Me extiende su mano. Y me sorprende darme cuenta como me toma por la cintura y me conduce hasta el interior de la enorme casa estilo victoriano, hermosamente iluminada.

No hemos alcanzado el recibidor y Pablo comienza a saludar a grupos de personas apostadas en un extremo y en el otro. Gentes que ni siquiera alcanzo a mirar en detalle. Son solo rostros uno junto al otro. Me limito a sonreír y a responder sus saludos. Lo que sí me queda claro es que soy algo así como la curiosidad del lugar. Me doy cuenta que cada vez que nos aproximamos a ellos, me inspeccionan con algo menos que rigurosidad. No puedo evitar la odiosa y sobretodo, inquietante idea de que me pueden estar comparando con ella. Así como Anell pudo pensar, que he tenido algo que ver con lo que ha sucedido con ellos.

_ ¡Pablo!

Un hombre alto, tan joven como él y con acento evidentemente extranjero se nos acerca apareciendo desde la parte más profunda del salón.

_ ¡Iván! ¡Que gusto verte!

Creo que ahora es cuando comienza el verdadero juego de todo esto. Se estrechan la mano y me doy cuenta de lo efusivo, del saludo entre los dos. Han hecho que otros se volteen a mirar hacia el punto de la reunión. La escena hace que otros hombres, que me imagino acompañan a este famoso Iván, se les aproximen y lo saluden con el mismo entusiasmo del primero.

Sé que sin la intención de hacerlo, Pablo ha tenido que dejarme un par de pasos relegada. No quiero ser una molestia para él y menos sabiendo que este es un encuentro tan importante para lo que hace. Aprovecho la pequeña pausa entre ellos para avisarle que voy a dejarlo unos minutos mientras voy al baño.

_ Espera un momento. Quiero presentarles a Liz. Ella es una buena amiga

Los hombres se quedan mirándome. Por un momento, me siento como un objeto en medio de una subasta. Esas miradas no dicen otra cosa, de que son tipos acostumbrados a lucir mujeres realmente bellas y deben pensar que Pablo se ha dado el lujo de pasarse de excéntrico haciendo esta excepción. En cambio Iván me mira de manera diferente. Mira a Pablo y me extiende su mano.

Voy de vuelta y me doy cuenta que Pablo parece muy ocupado. Desde aquí puedo ver el entusiasmo que hay en su rostro mientras continua hablando con Iván y compañía. Supongo que se esmera en venderles esa nueva idea que me mencionó. Decido gastarme el tiempo en la barra de cócteles que han improvisado para la ocasión y dejarlo que haga lo que debe de hacer. De manera silenciosa, el cantinero me alcanza mi bebida.

_ Hola

La voz de una mujer me hace prestar atención. Me doy cuenta que el saludo realmente era para mí. No tengo otra opción que responderle la cortesía. Me lanza una sonrisa desinteresada y se gira hacia la barra. No puedo evitar la tentación de mirarla de reojo. No me cabe la duda de que debe ser la chica de alguno de todos los que están aquí. Ya puedo percibir el aroma a perfume costoso. Sus manos están perfectamente arregladas y es una locura ver que su manicura combina así de bien con ese ceñido vestido en un impensable color para mí. Azul eléctrico. Da un sorbo a su “sour” con el sorbete. La manera en que arquea su espalda me hace creer que no precisamente es una chica que fortuitamente escogió ese atuendo para hoy. Caigo en la trampa de juzgarla tan rápidamente, que hasta me sorprende. Sigo con mi trago y después de escucharla, tengo la sensación de que ella no se ha aproximado aquí por mera casualidad.

_ Así que vienes con Pablo

Ha soltado la frase, sin siquiera voltear a verme. Me llega como un tiro a quemarropa mientras intento bajar el trago de gin tonic que tengo en la boca.

_ Perdón

_ Con Pablo. Te vi llegar con él

Un calor inesperado me toma la cara. No debería. Ni existe razón de eso, pero oír que lo conoce, me cae como un balde de agua fría y me provoca un enojo por demás sin sentido.

¡Debería valerme un comino que lo conozca! ¡Y uno muy grande por cierto! Pablo y yo no tenemos absolutamente nada diferente a una amistad. Y debo acentuar que es una amistad bastante ocasional. E incluso, a esto ni siquiera puedo llamarle amistad “¡Recién lo conoces Liz, no seas estúpida!”

Por alguna loca razón, no me importa. La miro osadamente de cabeza a pies ¡Dios! No sé por qué hice algo como eso... ¡Como la odio! ¡Se ve tremendamente sexi y tiene un cuerpo fenomenal! Ni aunque dedique más de dos vidas completas al gimnasio, podría conseguir unas sentaderas como esas. Unos tipos nos cruzan de lado y por poco le arrancan el vestido con la mirada. ¡Eso sí que me tranquiliza! No sé por qué se me da por imaginarla colgándosele del cuello mientras lo besa con lujuriosa sutileza. No la conozco y ya la odio.

_ Sí, venimos juntos

Espero que mi tono le deje claro que no va a ser alguien como ella la que me venga a intentar humillar o sentirme como “la cosita pequeñita” de la actividad. Pague más de lo que ganaré en un par de semanas en el estudio, por este vestido negro con estos “exquisitos detalles en encaje”

Esas, así, exactamente fueron las palabras del divo que me lo vendió en la boutique. Y no me voy a intimidar por esas curvas de infarto que ha decidido poner en vitrina con ese ajustadísimo vestido ¡Acaso no pudo escoger otro color! ¡Azul eléctrico! Solo le falta un letrero.

De seguro le he puesto limón a su herida. Sigo como si nada pero ella se ha volteado un poco para mirarme los zapatos. ¡Sí nena puedes verlos! Tan caros como el vestido y aquí tienes mi diminuta bolsa de mano con cristales incrustados.

_ Tienes suerte. Nadie puede negar que es un tipo bastante mono. De los solteros más solicitados. He escuchado que hasta ha recibido propuestas de chicos... y no de cualquiera, sino de tipos como los que ves aquí. De los que nadan en dinero y que le darían todo lo que él les pidiera. Solo que Pablo no es de esos. El tipo está demasiado enamorado de las mujeres

¡Voy a obviar todo eso! Ni siquiera voy a tomarme la molestia de voltear para intentar una mínima de conversación con ella. Simplemente está provocándome. Debe ser que está intentando superar algún desplante de él, a costillas mías. Cruzo los dedos para que así sea. Odiaría pensar que Pablo...

_ Dime una cosa amiga ¿Es cierto que a Pablito le gusta rudo? Lo escuche de una chica, hace algunos meses. Dicen que por eso lo dejó su prometida. Seguramente la pobre ya no aguantaba las tundas que él le daba cada vez que tenían sexo

¿Qué dijo?...pero por quién me está tomando esta mujer

_ ¿Qué?

No puedo evitar que mi cuerpo reaccione a eso que acabo de escuchar. Me separo de mi lugar y la observo directamente al tiempo que trato de entender lo que creo que acabo de oírle decir. La chica tornea los ojos y levanta los hombros. Como odio descubrirle esa mirada maliciosamente pícara mientras vuelve a aproximar sus labios carnosos y perfectamente maquillados al sorbete que hay en su vaso.

_ ¡Ey Liz ¿cuánto tienes aquí?! Estaba esperándote. ¿No me viste? fui hasta allá a buscarte

Pablo está de pie a mí lado mirándome. La chica junto a mí lo mira y le sonrío con falsa simpatía.

_ Bueno. Mucho gusto Liz, buena suerte

La veo recoger la bebida, su pequeño bolso y levantar sus notables posaderas de la butaca de cuero rojo para empezar a marcharse. Creo que estoy en, algo así como, un shock.

_ ¿Estás bien Liz? ¿Qué pasa? ¿Qué estaban hablando?

_ No nada... Nada importante, solo tonterías de mujeres ¿La conoces?

_ No. La verdad nunca la había visto ¿Qué estás tomando?

_ Es solo un gin tonic

_ Voy a pedirte otro, algo para mí y nos acompañas en la mesa

El resto de la velada en la hermosa casa victoriana me la he pasado pensando en las palabras de la chica. Por más de una hora traté de volver a dar con ella hasta que hace solo unos minutos la he visto pegada a un tipo bastante alto y que le mira constantemente el escote mientras la sujeta por la cintura. Es claro que la está presumiendo a los otros tipos de los que se están despidiendo. Es asqueroso como la miran. Deberían intentar disimular ¿Qué estoy diciendo? ¿Quién podría hacer algo así con ella? Es justo lo que pretendía cuando eligió ese vestido.

Desde que dejó su lugar junto a mí en la barra de los cócteles. No he podido dejar de repasar lo me dijo. Tampoco he podido dejar de hacerme muchas preguntas que estoy segura ni siquiera ella podría contestar. ¿Cómo sabía su nombre? Y al preguntarle a Pablo sobre ella, me respondió que nunca la había visto ¡¿Quién rayos es entonces y cómo sabe de él?! ¿Cómo sabe hasta que rompió con su prometida...? ¿Quién será esa tal amiga que mencionó? Sí es que existe. Qué tan cierto puede ser eso... de que a él le gusta el sexo rudo y que algo como eso tuvo algo que ver en su separación. ¡Es una locura! Esa mujer quiso dibujarme a Pablo como si fuera una especie de...

_ ¿Nos vamos?

Pablo ha terminado de despedirse de un grupo que ha ocupado a lo largo de la noche, una de las mesas más grandes del lugar. Recojo mi pequeño bolsito. Sin proponérmelo, me he topado con la mirada escudriñadora de tres mujeres que me observan con esa filosa curiosidad mientras Pablo y yo, vamos buscando la salida.

Quiero creerme que dos semanas ha sido tiempo suficiente para ocultar cualquier segunda intención. La verdad es que tratándose de ella es más de lo que me hubiera imaginado aguantar. En cambio yo, hasta ahora... Es la peor reunión de negocios que he tenido en mi vida. Si sigo así, no voy a lograr nada de lo que se supone debo lograr para repuntar todavía más nuestras ventas. Debo hacer algo o me voy a volver loco. Espero que Liz entienda que haberla traído aquí significa, que creo que ella, puede ser más que solo una simple chica en mi vida.

¡Diablos! Es una mujer atractiva. Eso, hasta el más despistado podría verlo. Ese vestido negro... Maldición, ese vestido ha subido en mucho más cualquier apuesta. Es increíble lo bien que se ve. Para mi mala suerte, es claro que no he sido el único que lo ha notado.

Sigo charlando y tratando de convencer a Iván que nuestro producto va a ser novedoso y que considerando eso. Las ventas se van a disparar y que su inversión estará segura, pero no puedo concentrarme en lo que hago, por más de diez minutos. Liz me tiene inquieto. Doy un nuevo trago a mi vaso intentando bajar todo el rollo que traigo en mi cabeza por ella. Vuelvo a mirar la pista de baile para tratar de ver en dónde se encuentra ahora. Por un momento, imaginé que le iba a decir que no a ese tipo que se la ha llevado a bailar. Probablemente lo hizo cansada de estar aquí a mi lado. Aburrida de verme conversar con Iván.

Maldito codicioso ¿No pudo respetar que ella estaba conmigo? Lo conozco. No ha podido verla llegar, para no despegarle los ojos durante toda la noche.

_ Quién es ella, la chica que vino contigo

_ Una amiga

_ Una amiga... ¿Cómo dijiste que se llama?

_ Liz

_ Liz... Tiene lo suyo. Es bastante bonita. Vas a tener que cuidarla. Aquí hay mucho hambriento y ella en cambio... Mírala Pablo. Y mira como la está observando él. Como tú y yo sabemos que se mira a una mujer con la que se busca más que solo bailar.

Iván no me hace ningún favor diciéndome eso. Ya tengo suficiente con lo que estoy pensando desde hace rato. ¡Claro que sé que ese tipo quiere más que solo bailar con ella! Solo que no voy a hacer el papel de tipo celoso o algo así. No... No voy a mover ningún solo dedo para ir hasta allá. Si quiero algo con ella lo voy a hacer a mi modo. De manera diferente. No como ella o cualquiera, podría esperar que reaccione cualquier tipo. Voy a dejarla disfrutar aunque eso, me esté matando. Vuelven a servirnos una nueva ronda de bebidas, para mí esta será la última. No quiero que Liz piense que soy un borracho o algo así. Debo hacerla sentir segura, tranquila.

No puedo dejar de pensar que tengo que hacer algo. Algo para que Liz considere, que entre nosotros puede haber más que una amistad. Y que a pesar de lo que le ha pasado con su ahora exesposo, eso no debe condicionar el resto de su vida. Aunque imagino que para alguien como ella ha sido difícil.

Es una chica joven, hermosa. Muy hermosa y sobre todo tiene eso que me ha atraído desde el día en que la conocí. Ese imán apabullante que es, esa clase de sencillez, de inocencia. Y no estoy pensando en esa clase de inocencia. No de la que pueda hacerse pasar por falta de malicia, por ingenuidad excesiva. No hablo de eso. No con ella. Liz es alguien muy inteligente. Lo percibo. Sino de la que da la franqueza, la sinceridad con ella misma y hasta un poco con los demás. No entiendo como ese hombre no pudo ver algo así. Como pudo cometer la estupidez de cambiarla por una ramera como esa. Imagino que tuvo que ser un golpe fatal para ella darse cuenta que el hombre de su

vida la estaba cambiando por una mujer que a simple vista se puede saberse que tipo de mujer es. Mejor para mí que haya sido un completo imbécil. Solo que eso, en cierta manera, me complica un poco más las cosas con ella.

Como me tranquiliza verla, justo ahora, buscando nuestra mesa. Quiero creer que se ha cansado de estar sin mí. Que se ha cansado de estar oyéndole estupideces a ese tipo. Me gusta imaginar que debe estar deseando que sea yo el que esté ahí, no ese idiota arrogante de la compañía de aplicaciones para móviles. Excelente. Puedo ver como le dice algo. Supongo que debe estarle inventando cualquier excusa para volver a la mesa. Conmigo. Hoy tengo algo de suerte. Viene hacia acá. No tengo otro remedio que sonreír. Es la reacción normal que tengo con ella, cada vez que me mira de esa forma. Es como si me hiciera sentir alguien importante. Dios, cuanto me gusta Liz. Cuanto me gusta lo que encuentro en esa forma de mirar. Sería fantástico que lograra que fuéramos más que amigos.

_ No aguanto más los pies y él está como si nada

_ Te prometo que no falta mucho. Solo un rato más y nos vamos

_ No te preocupes Pablo. Mientras no me mueva más de aquí creo que puedo aguantar lo suficiente.

Veo la manera en que reacomoda sus piernas junto a mí. Ahora mismo, me provoca acariciárselas. No puedo evitar mirarla con atención. Veo su cabello suelto, su cara, sus labios y hago lo posible por volver a cualquier cosa menos ella. Algo muy difícil de hacer, considerando lo realmente bella que se ve. Me doy cuenta que Iván nos mira y lanza una sonrisa artera, socarrona. Debe considerar gracioso ver cómo Liz está jugando conmigo. Cómo me hace perder mis ánimos de conquistador. Tiene razón. Liz me provoca cosas diferentes que me cuesta tener en control.

13

_ El vino se acabó hace varios días. Así que tengo que advertirte Pablo, que la oferta de mi refrigerador solo tiene cerveza fría y en muy limitada cantidad. Mira solo quedan estés dos

_ Te prometo que la próxima vez las remplazo

_ Por mí no te preocupes. No soy nada aficionada a tomarlas

_ ¿Ah sí?

_ Estas son solo algo de muchas cosas que mi exmarido dejó olvidadas

_ Entonces deberíamos tener cuidado

_ ¿Tú crees?

_ Tú dímelo

_ No. Ernesto tiene muchos defectos pero un intento en hacerme daño, no está en su lista

_ Entonces, salud por esta noche

_ Salud

Doy un sorbo desde el borde de la botella verde profundo y Pablo no pierde tiempo en hacerlo con la suya. No entiendo como pueden disfrutar de algo tan amargo, hasta el punto de poder emborracharse con algo como esto. Es asqueroso.

Los dos estamos sentados. Más bien algo apretujados, en mi pequeño sillón de tres puestos. Nos hemos quedado en silencio. Como si cada cual en su mundo, estuviera intentando tener conciencia de la acidez burbujeante que desciende por nuestras gargantas. Presto atención al tictac insistente del reloj

con la figura de un pequeño sol sonriente que mi madre nos regaló pocas semanas después de que Ernesto y yo nos mudáramos a este lugar.

_ Gracias por acompañarme

_ Gracias a ti por invitarme. Así que todo salió bastante bien

_ Eso espero. Iván y sus socios me parecieron bastante interesados en la propuesta. Quedamos en que la próxima semana les hago llegar el demo para ver si les interesa tomar la distribución en toda Europa. Lo que pude explicarles les pareció bastante bueno. Algo diferente a lo que actualmente hay en el mercado

_ Crucemos los dedos entonces

Pablo levanta su botella a manera de brindis y yo le hago segundas en apoyo. Aquí va un nuevo trago. Me escalofrió y el frío de la bebida me recorre el cuerpo. Es claro que ver mi reacción le ha provocado esa nueva sonrisa. Me encanta verlo así. Parece que quiere decirme algo pero es claro que se lo duda por un momento.

_ No te lo había dicho pero te ves linda. Linda no. Creo que suena un poco mejor o más halagador decirte que ese vestido se te ve muy bien. Te ves sexi Liz. Y tengo que decirte que no soy el único que lo piensa. Hace un rato en la cena, me di cuenta como algunos te observaban.

Es raro pero Pablo está mirándome de manera extraña. Diferente. Inquietamente diferente. Me encantaría saber qué está pensando. El comentario me ha puesto un poco nerviosa y la cerveza ha tomado irremediablemente un mal camino. Inevitablemente comienzo a toser. El frío que sentí hace un instante cambia a este calor intenso que está tomándome el rostro. Creo que estoy ahogándome en serio.

_ ¿Estás bien?

_ Sí

Sigo tomando algo de aire. Pablo ha dejado su botella en el piso. Me quita la mía y cree que con solo acercarse así y mirarme de esa manera, puede resolver la inquietud que me ha hecho sentir y a parte; hacer que el trago de cerveza vuelva a su curso normal.

Sus ojos están sobre mí. Veo aparecer la sonrisa perfecta y los hoyuelos apostados en cada mejilla, desafiándome sin ningún escrúpulo. Me doy cuenta que ha hecho algo como mirarme fijamente los labios. Deben verse desastrosos. El lápiz labial desapareció hace un buen rato. Lo sé, lo sé. No he tenido mayor cuidado en retocarlos. Error fatal.

_ No me crees ¿cierto?

_ ¿De qué hablas?

_ De lo que acabo de decir, acerca de cómo luces.

_ Bueno, más bien creo que exageras

_ Puedes estar segura. No estoy exagerando. Es la verdad.
Luces fantástica

Caigo en la cuenta de algo. Algo nuevo... Nunca habíamos estado tan solos y tan cerca. Odio y amo al mismo tiempo, verlo observarme así. Como si él fuera un niño pequeño y yo, algo que le han prohibido tocar. Vuelve a mirarme. Directamente. Seriamente, ya no sonrío. Desde aquí puedo sospechar que está pensando en algo. Algo que por alguna razón lo inquieta. Este silencio está volviéndose algo incómodo. Pablo me acaricia el cabello, toca mi mejilla y sigue observándome así. Como no lo ha hecho nunca antes. También lo observo. Observo sus ojos, su boca. Su cuerpo, tan cerca del mío.

Siento, que mi corazón junto con mi respiración, dan un vuelco de 360 grados, quedando en un lugar que nada, absolutamente nada. Tiene que ver con un estado de control. Noto como Pablo viene acercándose. Dios, he estado deseando

esto, desde hace varios días. Y ahora que está sucediendo no entiendo qué me pasa. Mi corazón parece estar saliéndose de lugar.

Lo miro. Puedo darme cuenta que se ha rozado discretamente los labios. Uno contra el otro. Intento mirarlo a los ojos. Hacerlo directamente para corregir sus intenciones. Y sobre todo, sus pensamientos pero me doy cuenta que lo que estoy haciendo es mirar atentamente su boca. ¡¿Qué estoy haciendo?! Cómo es que no detengo esto de una buena vez. Soy una idiota por permitírsele, por permitírmelo. Esto no está bien.

Pablo se ha acercado tanto, que puedo sentir el calor de toda su proximidad. Su cuerpo prácticamente está sobre el mío. El sofá de hace un segundo. Demasiado justo para su existencia y la mía. Ha tomado el tamaño correcto para acabar con cualquier brizna de aire entre nosotros dos. Con esas manos fuertes, toma mi cabeza y se acerca mucho más. Sus labios están pegados a los míos. Dios, se sienten increíblemente maravilloso. Termino cerrando mis ojos para poder sentirlo. Su boca, su lengua... Puedo darme cuenta como ha comenzado a deleitarse a sus anchas dentro mí. Esto no debería estar pasando pero... se siente tan bien. Intenta besarme con tanto cuidado, que lo está provocando, es que me altere mucho más.

Percibo sus dedos acariciando y sujetando con total control mis mejillas. Advierto toda su respiración intentando salir a flote y sobrevivir a esta estampida que parece querer arrasar con ambos. Mis palpitaciones van haciendo eco en cada rincón de mi cuerpo. Intento racionalizar lo que está pasando aquí, justo ahora, pero esta forma de deseo me aturde de tal manera que me deja caer de golpe y en seco. No pienso levantarme. Descubro que no puedo y realmente no quiero, hacer otra cosa que dejarme llevar por él. Pablo me encanta y lo he deseado desde el momento en que di con él la otra noche. Solo que simplemente no he querido creérmelo. Por favor, no dejes de hacer lo que estás haciendo.

Pasan los segundos. Es un hecho. El universo entero está colisionando aquí mismo. En mí minúsculo apartamento. En este sencillo sofá de tela barata. Ambos solo buscamos una solución al dilema de ser dos, en vez de uno. No hemos podido parar de besarnos.

Pablo me está atropellando con sus brazos fuertes. Esos mismos que me llevaron en vuelo sobre el precipicio de la playa. Me sujeta con fuerza y me arranca de mi lugar tomándome y levantándome desde mis muslos. Sigo besándolo como si todo lo que hemos sido, estuviera por acabarse en solo un segundo más. Sus manos me levantan e instintivamente mis piernas se abrazan a su cuerpo. Mis manos acarician su cabello, su rostro y deambulan por sus hombros anchos y ese pecho fuerte.

No me he dado cuenta en que momento hemos llegado hasta aquí. Estamos tirados sobre mi cama. Debería parar todo esto pero no quiero. Definitivamente no quiero. He fantaseado con él desde hace días. Con este momento. Sus labios están recorriendo mi cuello y mis ojos siguen cerrados para no perder ni una sola de todas estas sensaciones. Vuelve a besarme la boca. Sus labios sobre los míos. Dios, se siente muy bien. Sus manos se han desprovisto de cualquier duda y acarician mis pechos ya rígidos; escondidos bajo la cubierta de tela negra y encaje.

Ahora se aventuran por debajo de la falda. Una de sus manos me acaricia mientras que la otra lucha con mi cierre. Sin quererlo se me escapa un suspiro y veo su sonrisa que me hace comprender que ha disfrutado lo que ha oído. Creo que he empezado a atragantarme con todo este deseo por él. Los rincones de mi cuerpo comienzan a despertar, a una velocidad violenta. Puedo sentir como el calor de sus dedos viajando por dentro de mí entrepierna han provocado esta tensión aguda. Deliciosamente aguda dentro de mi vientre, mi sexo, mi cuerpo entero.

Lo veo levantarse. Está mirándome como nunca lo había hecho antes. Desde aquí puedo ver algo como una especie de euforia. La tormenta arrasadora que hay en sus ojos y que viene directo hacia mí. Comienza a desvestirse. Poco a poco comienzo a descubrir toda la hermosa desnudez de su cuerpo y siento que me muero por acariciarlo, por sentirlo. De nuevo regresa aquí, conmigo. Sigue besándome con la misma intensidad de los primeros segundos. Como quise que lo hiciera en la playa, cuando estábamos tirados sobre la arena. Se deshace de cada cosa que le impide sentir mi piel. Cuando al fin lo logra, su cuerpo completamente desnudo se adhiere al mío con un fervor indescriptible.

Siento como si nunca hubiera sido acariciada antes. No de esta manera, como él lo está haciendo justo en este momento. Escucho su respiración, la mía. Sus labios tocando mi vientre, mis senos. Sus manos sujetan mis muñecas con fuerza contra la cama y me doy cuenta como se va haciendo de un espacio entre mis piernas. Que puedo sentir humedecerse. Me observa. Observa mi cuerpo y vuelvo a descubrir la tormenta dentro de sus ojos. Mirar su cuerpo fuerte y no tocarlo me está volviendo loca. Tengo la abrumadora necesidad de que me tome de una buena vez. Como me lo he imaginado desde hace tantos días.

Lo hace despacio. Como si necesitara alargar este momento. Puedo sentir como poco a poco me va haciendo suya. Su cuerpo dentro de mí. Una y otra vez. Mis gemidos son cada vez más intensos y el placer me saca de mí. Su respiración es más fuerte. Él está disfrutando a su manera. Vuelve a besarme solo que esta vez es claro que se está dejando llevar. Su mirada está completamente alterada. Me encanta descubrirlo de esta manera. Darme cuenta como me desea. La fuerza de su cuerpo tomándome así. Puedo sentir que no va a pasar mucho tiempo antes de que termine quemándome a mí misma. Escucho como acaba susurrando muy cerca de mi oído, mi nombre. Como si estuviera pidiéndome algo vehementemente.

¿Sabes algo Liz? Estoy totalmente fuera de control por ti. Hoy ni siquiera he dejado que sugieras algo como invitarme a pasar a tú apartamento. Simplemente he cerrado el auto y he venido hasta aquí.

El tipo con el que estuviste bailando me hizo entrar en razón. O impulsó a que la perdiera. No lo sé. Por la forma en que me miraste supongo que has querido decirme algo como de que es tarde, pero no me importa. Hoy no voy a perder la oportunidad que me pusiste en bandeja la otra noche. No voy a hacerlo y no me importa. Porque necesito conseguir algo más que un beso en la mejilla. Que una despedida de amigos. Estoy harto de seguir con esto. Estoy cansado de tener que verte y tratarte como si nada estuviera pasando contigo... conmigo. Necesito un momento a solas para hacer algo, con todo este desastre. Para saber a ciencia cierta, qué debo esperar de todo esto. Si contigo Liz pasa lo mismo.

Imagino que te has dado cuenta como me he acercado a ti cuando subíamos en ese elevador. Como obvié el resto de espacio disponible. Como busqué que sintieras la cercanía mi cuerpo. Pero tú solo me miraste como si no estuviera pasando nada. Eres increíblemente perversa Liz. Para ese momento, yo solo tenía en mente una cosa. Tomarte con fuerza, apoyarte contra esa pared metálica, sujetarte con todo mi cuerpo y besarte. Besarte una y otra vez. Quitarte esa risa espontánea y lograr que sobre esa boca irresistible hubiera una sola cosa. La mía.

Desde aquí puedo ver cómo vienes hacia mí con ese par de botellas; que me has dicho ha dejado el maldito ese. Estoy deseando que llegues para arrancártelas de las manos. Pero te

juro que no quiero, arrancarte solo eso. La verdad es que en este momento no me interesa en lo más mínimo beber una cerveza contigo.

Me estoy volviendo loco. No entiendo cómo puedes hacer eso. Cómo puedes sonreírme de esa manera y pensar que no produces ningún tipo de efecto en mí. Debo decírtelo de una buena vez. Debo sacarme todo esto.

_ No te lo había dicho pero te ves linda. Linda no. Creo que suena un poco mejor o más halagador decirte que ese vestido se te ve muy bien. Te ves sexi Liz. Y tengo que decirte que no soy el único que lo piensa. Hace un rato en la cena, me di cuenta como algunos te observaban.

Veo que te has avergonzado ¡Con un demonio! No entiendo cómo puedes lamerte los labios así ¡Me estás matando Liz! ¡¿Entiendes eso?! ¡Me estás matando Liz! Siento tantas ganas de besarte.

Supongo que esa tos es producto del nerviosismo que te estoy provocando. ¡Maldición! ¡Es que te juro que ya no aguanto más! No es posible que me sienta así y tú ahogándote y yo que mi cabeza no me da para hacer mayor cosa.

_ ¿Estás bien?

_ Sí

Pongo las botellas sobre el piso y vuelvo a recordar, la noche que te encontré en el bar. Esa mirada huidiza. Esa timidez que me volvió loco. Gracias al cielo por esa noche. Gracias al cielo por ese imbécil y el golpe que le apañó a tú amiga ¿Sino? De cuál excusa me hubiera valido para acercarme. Lo había intentando y tú te diste el gusto de rechazarme de primera mano -“Sí, está ocupado”- Y cuándo cambiaste de opinión. No iba a hacer el papel de sobrado. Solo yo sé como lamenté rechazarte mientras regresaba a mi puesto en el fondo de ese bar. No pudo ocurrirme mejor cosa que el imbécil de su exmarido llegara al mismo sitio que tú, y que tú amiga fuera así de desbocada.

¡Y mírate! En este momento solo me miras y me sonríes. Voy a acabar con eso de una buena vez; ya no lo aguanto más...

_ No me crees ¿cierto?

_ ¿De qué hablas?

_ De lo que acabo de decir, acerca de cómo luces.

_ Bueno, más bien creo que exageras

_ Puedes estar segura. No estoy exagerando. Es la verdad. Luces fantástica

De seguro voy a odiarme por esto. Solo que verla así, aquí, sentada junto a mí. Estoy dudando, claro que lo estoy haciendo. Me dije mil veces que iba a hacer las cosas diferentes, solo que no puedo. Justo ahora estoy completamente ido mirándola. Mirando su boca. No hay vuelta atrás. Estoy acariciando su cabello, su rostro. Debo besarla ahora mismo o voy a morirme aquí.

Siento su cuerpo estrujarse contra el mío. Está temblando lo sé. Lo siento y no me extraña. Pero te juro Liz que nadie. Nadie como yo, ha deseado besarte así. Mi lengua la está recorriendo completa. Me encanta sentirla así. Darme cuenta como la rigidez de hace unos segundos ha ido cambiando poco a poco y su cuerpo está comenzando a liberarse. A relajarse para mí. Vamos Liz, hazme saber que estás deseando esto tanto como yo. Sigo besándola no quiero parar. Mis manos han empezado a acariciar algo más que sus mejillas. Toco sus brazos, sus piernas y vuelvo a su rostro. Lo ajusto con fuerza contra el mío. Empiezo a morirme del deseo. ¡Liz me encanta! ¡¿Cómo no iba a sentirme así?! Vamos Liz, vamos. Déjame sentirte, déjame acariciarte. Déjame hacerme contigo... Sígueme el juego por favor.

Ella, poco a poco, ha dejado de luchar. Imagino que de alguna manera ha deseado esto como yo. Es el momento, justo ahora. No puedo estar equivocado. Ella me ha dado todas las señales. La levanto entre mis manos. Puedo darme cuenta como

se ancla con fuerza con sus piernas y sus brazos a mi cuerpo mientras seguimos ardidos, besándonos. Mis manos empiezan a acariciar su trasero y ese espacio que me conducirá a la gloria. La estimo y me doy cuenta como sus muslos se estremecen con cada caricia. Me está volviendo loco. Es obvio, ahora mismo estoy teniendo esta erección. La dejo sobre la cama y no lo aguanto más. Vuelvo a acariciarla. Toco sus pechos paralizados, ya tensos por la excitación. La beso y no dudo un segundo en arrancarme la ropa. Estoy completamente desnudo y veo como Liz me observa, al fin con algo de fiereza y miedo al mismo tiempo. Parece ser otra y me enloquece que he podido lograr tal cosa.

Me provoca tomarla con fuerza, con todo. Sujeto sus brazos desde las muñecas y los aprisiono contra la cama mientras con mi otra mano me deshago de sus bragas. Reacomodo una de mis piernas entre lo alto de las suyas, solo para poder sentir al fin todo su sexo. Siento su humedad. Logro bajar el cierre del vestido y no me lo pienso dos veces para aplicarme a fondo y poder terminar de desnudarla. Sus pezones son hermosos. Diminutos, delicados. No me resisto y comienzo a besarlos. Siento como su cuerpo se contrae una y otra vez, suplicándome que la haga mía de una buena vez.

Avanzo entre su cuerpo y me siento extasiado de todo esto. Liz se me está entregando. Y esto, en vez de tranquilizarme hace que suceda todo lo contrario. Es como si una fuerza descomunal estuviera apoderándose de mí. Cierro los ojos solo para concentrarme y tratar de contenerme. Cada espacio de su cuerpo se siente único. Inquietantemente único. Respiro fuerte. La escucho gemir. La siento estremecerse con cada tropiezo de mi cuerpo dentro del suyo.

El amanecer está a solo cuarenta y cinco minutos. Pablo sigue durmiendo profundamente. Por un momento me detengo a mirar la luz que ha comenzado a colarse tímidamente entre algunos pliegues de la persiana. Me tranquiliza sobremanera la idea de que sea una mañana de fin de semana. Todo sigue en envuelto en un impenetrable silencio. Solo su respiración profunda se acompasa con el murmullo del reloj sobre la pared de la sala.

Desde hace un buen rato no hago otra cosa que observarlo. Vuelvo ha reacomodarme con cuidado y me asalta el impulso de tocarle los labios. De pasear mi dedo sobre ellos. Me cuesta imaginar que algo como ellos, han podido hacerme sentir todo eso. Miro su pecho descubierto y no me puedo resistir a imaginarme besándolo nuevamente. Justo ahora siento la tentación de acercármele y pedirle que vuelva a hacerme el amor. Pero otra parte de mí, no quiere despertarlo. Es la parte que disfruta verlo así. Silencioso, con la boca apretada para no dejar escapar ese sueño que deambula ahora mismo dentro de su memoria. La que se complace de ver su cuerpo desnudo, fuerte, caprichosamente tentador desprovisto de la fuerza que hay a través de su mirada.

Como me gustaría dormir de esa manera. He intentado hacer lo mismo pero a pesar de que mi cuerpo está rendido. Mis mejores esfuerzos han sido inútiles. Mi cabeza no ha parado de repasar una y otra vez cada momento que he podido retener. Sus manos acariciándome de esa manera. Su boca haciéndome suya con tanta apetencia y cualquier resistencia en mi cuerpo siendo derrotada por el enorme capricho que Pablo me significa desde la noche que se cruzó en mi vida, en el bar. También he pensado en muchas otras cosas. Entre ellas, de que Pablo ha vuelto a despertarme los sentidos que creía perdidos y eso

irreparablemente me hace pensar en Ernesto.

El chico distante e intratable de mi primera clase de cálculo I había salido de mi radar por poco menos de treinta días. No me había dado cuenta de ello, hasta que lo vi aparecer nuevamente una mañana de martes. Solo su llegada me hizo caer en cuenta de su ausencia. Me pareció mucho más alto y delgado. Aparte, sus ojos parecían mucho más vivaces y observaban cada cosa, con mayor interés. Al menos había superado eso de quitar el rostro cada vez que se percataba que alguien lo miraba o que intentaba hablarle.

Su cabello había crecido tomado un aspecto relajado haciendo que el flequillo cayera con mucha más gracia que antes. Volvió a ocupar el mismo asiento junto a sus otros dos amigos, que lo recibieron con bullas y bromas que solo entre ellos lograban comprender. Desde mi lugar, lo único que pude entender es que había vuelto para reincorporarse después de tres semanas de hacer algo así como, una pequeña pasantía en una firma constructora fuera de la ciudad. El chico ya se rozaba con profesionales de verdad y yo, todavía me las apañaba para intentar resolver los problemas que el profesor dejaba cada martes para, que según él, fuera mucho más sencilla la transición a las otras clases algebraicas que nos esperaban entre los próximos cursos.

Debo decir que dentro de la curiosidad que me produjo verlo evidentemente cambiado. Me extrañó escucharle saludar a algunos de los que habíamos alcanzado un lugar antes de la hora del toque. Por un momento estuve casi segura que ese era otro tipo y no el mismo arrogante de mi primer día de clases.

Pasaron los días, semanas, los meses y mi primer semestre por fin terminó. Había logrado aprobar cada uno de los cinco cursos que contemplaban el primer bloque de la carrera de arquitectura. No cabía de la emoción de saber que a pesar de ser

una pésima estudiante en matemática durante toda la secundaria. Había aprobado mi primera muralla con algo más que el mínimo aceptable para intentar los próximos seis meses, con cálculo II. Al recibir la buena noticia, mi madre lo único que apuntó a decirme fue ¡Te lo dije!

El último día de semestre siempre había sido y seguiría siendo el día de fiesta oficial en todo el campus. Las clases programadas para ese día eran meras formalidades que hasta los mismos profesores aprovechaban para llegar un poco más tarde o librarse minutos antes para dedicarse a cosas diferentes a las impuestas por la rutina pedagógica. Ese día me aproveché para darme el lujo de llegar pasadas las nueve y no a las ocho de la mañana como se suponía era común todos los viernes.

Con mi bolso de lona verde al hombro, mis vaqueros deshilachados y mis tenis Converse, me dirigí hasta las últimas aulas de la facultad. Ahí, en una de ellas. Nuestra profesora de dibujo nos había convocado para hacernos entrega de la última calificación general pendiente. La mujer de cuerpo robusto y cabellos rubios, repasaba calculadora en mano, una serie de datos anotados en diferentes hojas que movía de un extremo al otro, a lo largo del maltrecho escritorio de madera oscura. Mientras yo, junto con otros nos poníamos de acuerdo sobre cuál sería el mejor bar de los alrededores para celebrar la culminación del semestre.

Cerca de las dos de la tarde las actividades estudiantiles estaban finalizando y muchos grupos se empezaban a desplazar a los bares de moda de los alrededores. Hasta los dueños de estos lugares se frotaban las manos esperando este día. Cada sitio se comenzaba a atiborrar desde el mediodía y las celebraciones por cursos ganados y hasta las despedidas, podían acabar hasta el amanecer del día siguiente. Las calles de los alrededores se inundaban de vehículos y de gente intentando ingresar a las cantinas. Era imposible encontrar un espacio dentro de las cuatro paredes así que los que no encontraban

lugar dentro, improvisaban apostándose en las afueras haciendo parecer aquello una concurrida y bulliciosa fiesta a cielo abierto.

Había acordado con un grupo de compañeros, encontrarnos en una de las esquinas de los estacionamientos de la facultad de Derecho al mediodía. Los que llegaran primero tenían el acuerdo de esperar más de veinte minutos para dar tiempo a los que estaban retirando calificaciones de último momento. Como todos éramos primerizos no hubo necesidad de tal espera. El grupo de nueve, estábamos eufóricos por entregarnos a la fiesta de final de semestre. Así que diez minutos después del mediodía, íbamos camino a empezar nuestro recorrido por todos y cada uno de los lugares de moda.

Ninguno de nosotros teníamos gran cantidad de dinero para gastar dado que éramos en su mayoría, recién egresados del bachillerato y sin ninguna actividad de índole laboral. Solo que ese día era común escuchar como el milagro de la multiplicación tomaba vida. Las promociones de cerveza eran el gancho de los comerciantes para atraer clientes y eso daba la posibilidad de que el dinero rindiera hasta el punto de poder costear unas cinco o siete bebidas demás. Conmigo la situación no era tan esperanzadora. Desde siempre he tenido una relación poco cordial con la cerveza así que mis posibilidades éticas del día se limitaban a mucho menos de lo esperado. Mis solicitudes a los cantineros de turno eran de vodka, el más económico posible, con jugo de naranja.

Llegaron las seis de la tarde y toda la tribu había menguado gran parte de sus bolsillos en un maratón, de una bebida tras la otra. Ya habíamos anotado la situación que inevitablemente empezábamos a enfrentar. Así que Luis se había convertido por decisión unánime, en la súper estrella de la recién iniciada noche, al ofrecerse como financista de cada uno de los del grupo a través de la tarjeta de crédito que su padre le había endosado para gastos imprevistos que le demandara la

universidad.

Cerca de la medianoche el furor hormigueante de la gente y la música a todo volumen podían hacer pensar a cualquiera que todo aquello apenas comenzaba a despuntar. Yo estaba apostada junto con Luis, Carlos (el chico de cálculo I) sobre la barra del bar al que recién llegábamos esperando nuestra primera orden de siete cervezas, un tequila y mí vodka con jugo de naranja mientras que los otros habían decidido esperar en las afueras y apostarse en un pequeño espacio logrado entre algunos vehículos estacionados. Entre los tres más sobrios, sorteamos a la gente, para sacar de ahí en buen estado las botellas y los dos vasos.

Llevaba medio vaso de mi vodka cuando descubrí a unos metros de nosotros, un par de chicos que aspiraban con elegancia ceremonial una y otra vez sus pitillos de marihuana. La sorpresa no era eso ya que todo el mundo los consumía. Bueno, casi todos. Mi asombro vino por saber que uno de ellos era el tipo antipático de cálculo I. Ernesto. La bulla que se formaba en mi grupo lo obligó a interesarse en saber de qué se trataba. Quité inmediatamente la cara y me desentendí de él. La verdad es que hasta ese momento nunca había sentido afinidad con él como para interesarme en saludarlo y menos intentar algo de cordialidad. Supongo que al momento reconoció a Carlos y a Luis porque un momento después apareció para saludarlos. Yo continuaba escuchando los tropiezos sentimentales de Nela, me percaté que Luis se las daba de relacionista público presentándole al resto.

_ A ella si la conoces, Liz, en cálculo I

_ Sí hola

_ Hola

A partir de ese momento Ernesto y su acompañante Rodrigo se volvieron parte de nuestro clan por el resto de la noche. Al poco rato nos dimos cuenta para buena estrella del

resto de nosotros, que ninguno de ellos tenía nuestras limitantes económicas y más bien se turnaron para invitarnos un par de rondas en el siguiente lugar de parada obligatoria.

Llegadas las dos de la mañana la buena disposición de Luis tocó límite no porque no tuviera voluntad. Sino más bien porque el datafono estaba dando luz roja al pago de la última orden. Luis se nos aproximó con una risa zalamera para anunciarnos que hasta ahí, llegaba nuestra cuota del día. Empezó a divagar no sé si por el licor ingerido, o por el efecto del pucho que gentilmente le había regalado Rodrigo después de pedírselo y que lo tenía renegando a los cuatro vientos que su papá era un miserable.

Nos miramos unos a otros. Fue inevitable empezar la solemnidad de la despedida. Después de unos minutos de escuchar la ruta que tocaba a cada uno, me di cuenta que era la que tenía que desplazarse a mayor distancia. Hasta ese momento no me había preguntado como diablos iba a regresar a casa a esas horas sin correr algún peligro. Mi mayoría de edad había llegado hace unas semanas y esta era la primera vez que tenía que resolverme como una adulta. Pensé rápidamente en un taxi pero era claro que me había bebido hacía varias horas, todo lo que podía representar mi pasaje. Se me vino a la mente caminar pero sonaba algo descabellado si consideraba el cruce indiscutible que debía realizar por una de las partes más peligrosas de la ciudad. Debía hacer algo pronto. Todos nos separaríamos en unos minutos y yo tenía que hacer algo para llegar a casa. Y hacerlo entera, sana y salva.

Empecé a realizar mi colecta personal. Expliqué mis circunstancias y entre todos solo alcanzaron unas monedas que conseguirían que el taxista me movilizara, si acaso, un par de kilómetros. Dude por un momento pero ¿qué otra alternativa tenía en ese momento?... Rodrigo y Ernesto se habían alejado un poco. Discutían su plan para terminar lo que quedaba de la madrugada. Me sentí fastidiada de tener que hacer algo así con

tipos que la verdad no conocía. Así que tomé fuerza y le di una enorme patada a mi orgullo para acercármeles y pedirles algo de ayuda para mí situación.

Rodrigo no lo dudó un momento. Metió la mano en el bolsillo y sacó lo suficiente hasta para un buen desayuno. Justo ahí me sentí como la más miserable. En cambio Ernesto no se inmutó, solo se quedó mirándome como si dijese -“En que clase de cabeza cabe beberse hasta el pasaje”- mientras su amigo desenrollaba un par de billetes. Luego sus facciones cambiaron, me sonrió y preguntó cuál de ellos iba a acompañarme a casa. Negué con la cabeza y le conté que todos vivían, demasiado cerca de ahí. Miró a Rodrigo y le dio un golpecito en el brazo antes de que yo pudiera tomarle el dinero.

_ Deja, yo la llevo

Rodrigo se quedó mirándolo. El chico entornó los ojos y acabó con una mueca de disgusto. Los billetes volvieron al interior de su bolsillo. El dinero terminaría siendo para su taxi y no para el mío. Ernesto se despidió de Rodrigo. Yo lo hice pidiéndole disculpas y haciéndole ver que no quería provocarle ese inconveniente.

_ No te preocupes

_ Vamos déjalo. Que se deje de mamadas. Él puede tomar un taxi si quiere. Vive aquí cerca, no ocupará ni veinte minutos caminando

Empecé a seguirlo y caminamos hasta pasar nuevamente por el ingreso principal del campus. Él con las manos dentro de su chaquetilla de cuero y yo metiéndolas por debajo del borde de mi suéter de lana y entre los bolsillos de mis vaqueros. Nunca es más frío que cuando se acercan las tres de la mañana. Eso lo sé de primera mano. Lo vi detenerse frente a un callejón oscuro y perderse en lo negro del lugar

_ Espérame aquí

Un auto a muy baja velocidad empezó a aproximarse.

Noté a un tipo de unos cuarenta años conduciendo, viéndome con libídines y que claramente algo se hacía en la bragueta de su pantalón, con la mano que no sujetaba el manubrio ¡Malditos exhibicionista! ¿Dónde putas está Ernesto? ¡A buena hora se le ocurre orinar! Escucho carraspear un motor y una pequeña luz apareció del fondo del pasaje. Ernesto montado en una motocicleta gris apareció como jinete orgulloso. El auto terminó marchándose a velocidad.

_ Vamos súbete

_ ¿Y los cascos?

Ernesto soltó una risa mordaz y claramente burlona

_ Mejor imagínatelos

_ ¿Qué? ¿Y si nos pilla la policía? ¿Qué hacemos?

_ Primero que intenten alcanzarnos, luego vemos, vamos súbete

_ Pero... sí tienes licencia ¿verdad?

_ ¿Te llevo a tú casa o no?

Esa pregunta terminó de cerrarme la boca. Subirme me tomó más tiempo de lo probable. Ernesto hizo malabares con sus piernas para que mi peso y mi nula habilidad para abordar, no provocaran que acabáramos tirados sobre la calle. Pasaron muchos años para que no volviera a recordarme lo adoloridas que pasaron sus costillas toda esa semana por culpa de mis dedos y manos que se aferraron a esa parte de su cuerpo, con una fuerza descomunal. Un buen día ya no lo mencionó más, fue como si se borrara de su mente. Yo nunca le dije que siempre guardé con especial cariño, el recuerdo gracioso de esa noche. Y de su expresión burlona al ver las consecuencias del viaje, sobre mi cabello.

Pablo se restriega los ojos y estira sus brazos con si

estuviera dispuesto a tomarse toda la habitación. Un segundo después se gira y me mira con sus radiantes ojos. Al parecer ha dormido bastante bien. No son de esos ojos grandes, ni expresivos. Tampoco pequeños y mucho menos tímidos. Me encanta como le dan luz a toda su cara. Me fascina todo él. Veo aparecer los hoyuelos, esos que me derriten. Todavía no logro comprender que ha podido ver que le guste de mí. No dice una sola palabra. Solo me observa desde su mundo perfecto. No soy como esas chicas de anoche. No como la mujer del traje azul, que son como trofeos.

- _ Me gustas, me gustas mucho Liz
- _ Tú no estás nada mal
- _ Suerte para mí entonces
- _ Voy a preparar algo de desayunar ¿Quieres café, jugo...
- _ Te quiero a ti

Me quedo muda y se me dibuja en la cara algo parecido a una sonrisa. Puedo ver como sus ojos comienzan a nublarse nuevamente, una nueva tormenta aproximándose. Me toca, me besa, me reacomoda a las formas de sus caderas y vuelvo a convertirme en la mujer de hace unas horas. Esa que quiere amarlo sin importarle nada. La que quiere sentirse como solo él puede hacerme sentir. Una nueva oleada de deseo y energía desbordada. La tormenta que presagiaron sus ojos ha llegado a este puerto; este de mi cuerpo. Una playa pequeña, oculta, desolada. En la que no pasa nada diferente, más que el día y la noche. Esta vez Pablo se toma todo el tiempo del mundo para amarme, para crearme como suya. Mientras mi piel y la suya se enfrasan en esta lucha que no quiero que acabe nunca.

Desearía que todo esto permaneciera así, intacto. Puedo darme cuenta cómo me mira. Cómo intenta grabarse en la cabeza el detalle de lo que somos justo ahora. De su cuerpo y del mío.

Toda la mañana he tratado de explicarle a Irina que no me ha pasado nada extraordinario para no querer salir a parrandear esta noche con ella. Simplemente quiero quedarme en casa y aburrirme de ver nuevamente una y otra vez, esos capítulos de series policiacas que se repiten hasta la repugnancia en los canales de la televisión paga. Solo que a ella no le convence para nada este argumento y no ha dejado de poner mensajes de texto y audio, cada tanto.

“Invéntate otra mejor... Nunca te ha gustado la televisión ¿De verdad estás bien? Si estás un poco deprimida ya te he dicho que lo peor es quedarte ahí encerrada. Tienes que hacerme caso con eso de deshacerte de ese lugar. Ese apartamento no es bueno ¿Quieres que vaya para allá? No tengo mucho que hacer, así que no tengo problema en hacerte segunda. Avísame quieres. En todo caso creo que por ti, puedo hacer una excepción. Pasar a la librería para buscarte algo de esas cosas extrañas que te gustan leer y recluirme un fin de semana en ese lugar contigo. En serio Liz, no me preocupes”

La verdad es que me conoce bien y tiene razón de dudar de eso. Sabe que soy bastante mala para seguirle la pista a esos casos de homicidios ficticios. Que a los quince minutos, fácilmente ya no entiendo quien es el detective, quien la víctima y mucho menos tentar en adivinar sobre los sospechosos. Si pudiera, la consolaría diciéndole que no ha sido la única que ha tenido que lidiar con eso de que no quiero salir pero no quiero que ella, y mucho menos mi madre. Se den cuenta de lo que ha pasado con Pablo.

Después de despedirnos esa mañana, Pablo me insistió un par de veces que saliéramos. Tuve que inventarle algunas

mentiras blancas sobre trabajos y reuniones del estudio para librarme. No pretendo hacer el papel de mujer difícil, ni mucho menos. No a estas alturas y menos con él. Tampoco puedo negar que me muero por verlo. Hace unos días estuve a muy poco de llegar a mí límite con eso. Tanto, que en la oscuridad de la habitación, ese miércoles marqué su número solo para pedirle que viniera. Vacilé unos segundos y me arrepentí antes de presionar la figurita del ícono de teléfono verde. Hay algo que me pide a gritos hacer distancia segura con él. Extrañamente, sentí algo de alivio cuando me dijo que se marchaba a Singapur por diez días a esa convención asiática de videojuegos.

Sinceramente mi berrinche, como Irina ha terminado bautizándolo. No tiene nada que ver con depresiones o algo por el estilo. No, esta vez no. Simplemente quiero y necesito tomarme este tiempo para intentar organizar un poco todo lo que hay aquí en el apartamento. Para intentar quitar cosas que no quiero tener más en mi vida, “pasar la página” como reza la frase. Cuando Ernesto y yo acordamos separarnos no toqué nada pensando en que pronto las cosas volverían a la normalidad de antes. A la de siempre. Él y yo, aquí.

Quiero creer ciegamente que puede ser provechoso hacer esto. Que esto, es algo más de lo que debo hacer para seguir desprendiéndome los pedacillos de papel mojado y estropeado, que no se sueltan tan fácilmente de aquí dentro. Tengo el pensamiento de que acabaré con más espacio libre y limpio para mis cosas. De algo si estoy segura, la mínima cosa de él, irá a parar a la basura. Valiosa o no, va ir a dar al cesto. Voy a empezar por los cajones del vestidor. Esos que están ahí arriba. Los que se guardan con las cosas que muy pocas veces o nunca uso. Aun así insisto en preservar. Estará bien y a parte tengo todo el día para hacerlo. Subo los tres peldaños de la escalera y saco la primera pieza de cartón. Me golpea de lleno, ese olor de cosas guardadas. Lo primero a la vista es un trozo de tela verde. La levanto y una estela de polvo y moho me satura la nariz y la boca.

Después de esa noche. La de mí primer y atropellado viaje en motocicleta junto con Ernesto. Mi vida cayó en una especie de letargo obligado. Las vacaciones de semestre se prolongarían por poco más de dos semanas y yo tenía muy poco, por no decir nada, en qué invertir mi rubicunda existencia. Mi madre salía desde muy temprano de la casa para cumplir con su trabajo como asistente de una oficina de abogados instalada al otro lado de la ciudad y regresaba muy tarde, cuando las cosas iban bien en el día.

Así que mi vida para esos días se resumía a ayudar con los trabajos de la casa. Cosas que al final eran mínimos y tan sencillas que los resolvía mecánicamente y tardes calurosas tirada sobre mi cama leyendo todas y cada una de esas revistas que ella había ido comprado desde siempre, como medida para sobrevivir al hastío de las largas tardes de domingos en casa.

Era lógico. Después de un rato me aburría. No entendía muy bien cómo ella podía entretenerse mirando vestidos, bolsos y zapatos de diseñadores que nunca iba a poder comprar. O leyendo chismes o historias de gentes al otro lado del mundo que nunca iba a conocer y que prácticamente consistían en un recuento de situaciones tan banales y frívolas que muchas veces me pregunté como esos ricos y famosos hacían para resistirse a una vida tan carente de médula. Solo que eso siempre había sido así. El fastidio de una obligada soledad no había aparecido en mi vida por obra y gracia. Siendo hija única, mis vacaciones escolares siempre me significaron más, un espacio de intentar subsistir a aquello de matar el tiempo, que otra cosa.

Fue cuando cursaba mi segundo año en el colegio. Después de estar a punto de indigestarme con la televisión. Que encontré en una pequeña pizarra de corcho instalada frente a la biblioteca, mi primer “Taller de Lectura”. Las primeras ocasiones fueron un verdadero desatino para mí. Mientras yo me

quedaba casi dormida otros se emocionaban con la oportunidad de entregarse a la lectura de los dominios del corazón de Madame Bovary. De la colección de Poe, Lewis, Tolstoi, Wolf. Y también tuvimos la oportunidad de dedicar lecturas de

En más de una oportunidad sentí que nuevamente había fallado mi radar para encontrar algo que lograra engancharme en los tiempos libres. Recuerdo como todo fue cambiando cuando nuestro bibliotecólogo, a cargo de dichos talleres, anunció que las próximas sesiones estarían dedicadas a “El señor de las moscas” de William Golding. Solo el título me hizo sacar conjeturas. ¿Cómo una mosca, líder de otras moscas? Podía haber algo ahí lo suficientemente interesante para intentar escribir una novela. Mi primera apreciación solo significaba una cosa. Era una completa ignorante de la magia y el sentido supuesto de un título.

Esa fue algo así como mi epifanía. Me devoré el libro, al menos, tres veces con tal de desmenuzar los verdaderos secretos que encerraba ese grupo de chicos guiados por sus instintos. Era primera vez que me encontraba de frente con una historia que pintaba a niños indefensos, como criaturas agresivas y hasta criminales. Para mis curiosas y limitadas capacidades como lectora ese fue mi boom. A partir de ahí me interese en encontrar esos libros de historias raras. De ahí lo que menciona Irina de mis aficiones por la lectura. Solo que el tiempo pasó demasiado rápido. La secundaria se supero y ya no tuve acceso a la biblioteca. Los libros no eran artículos de primera necesidad como me sentenciaba mi madre cada vez que trataba de lograme un dinero para eso.

_ Estas loca Liz. Eso es un dineral, no que va. Cómo pueden cobrar tanto por un libro.

Y la biblioteca pública de la ciudad era más un santuario de tesis de graduación que sus creadores querían enviar lejos después de recibir sus títulos y que realmente no se animaban a desechar. Terminar la secundaria fue el principio del fin de mis

tiempos como lectora fehaciente. Así que esa noche cuando Ernesto me preguntó si me interesaría algo como un paseo nocturno en moto, no me detuve mucho para darle mi rotunda confirmación.

_ ¿Qué haces estos días?

_ La verdad nada. Me quedo aquí en casa. Algo aburrida

_ Y si nos acompañas mañana en la noche. Unos amigos y yo nos reunimos para ir hasta un mirador en las afueras de la ciudad

Me detuve por un momento para contestar pero recapacité y ¡eureka! Ya era mayor de edad así que solo le pregunté a qué hora pasaba por mí.

_ ¿Pasar por ti? No te hagas la chistosa. No eres mi novia, así que no voy a venir hasta aquí. Esto de hoy es solo porque recién te conozco y no quiero que pienses que soy un infeliz malnacido que teniendo como. Te dejó botada en mitad de la madrugada expuesta a los raterillos pervertidos de la ciudad. Si te interesa nos vemos en la esquina del bar La Luz, quince para las siete

_ Si es así entonces cómo se supone que voy a regresar

_ Piénsalo y arréglatelas. Ya sabes a las siete en punto salimos todos de La Luz

Ernesto aplicó a fondo su mano y la aceleración escandalosa de la motocicleta despertó a todos los perros de la cuadra que le hicieron segunda al escándalo con ladridos y aullidos alborotados. Rápidamente tomó el cruce y desapareció de mi vista.

Al día siguiente, saturada por el estupor del aburrimiento de todo el día de estar encerrada en aquella diminuta casa rentada. Salí a cumplir con mi parte del acuerdo. Cuarenta y cinco minutos antes de la hora acordada ya deambulaba los alrededores del bar. La anticipación era lo suficiente pero

hubiera sido más si no tomo la decisión de cruzar toda la ciudad caminando. Lo hice considerando dos cosas. Liberarme de mi casa cuanto antes, y ahorrarme ese pasaje que significaría algo de ayuda económica para el retorno. El resto lo había logrado gracias a un acuerdo que hice con mi madre de un adelanto de las mesadas del próximo semestre.

Faltaban diez minutos para las siete y ni señales de Ernesto. Me sentí algo así como estafada. Quedaban nueve minutos de tiempo y ya estaba segura que me dejaría plantada. ¡El tipo me había tomado el pelo descaradamente! La invitación había sido solo una habladería de mierda, para presumir de él, frente a lo aburrida y displicente de mis condiciones. Por primera vez, supe que habían ¡justas razones! para mi constante antipatía por él, durante todo el semestre de Cálculo I.

Quedaban tres minutos para alcanzar la hora límite y resignada saqué de uno de los bolsillos de mi chaqueta con logotipo de equipo de baloncesto de moda, la billetera rosada adornada con gatas de moñito rojo. Empecé a contar monedas para pagar el autobús de regreso. El chofer tendría que pagar las consecuencias recibiendo todas esas monedillas de baja denominación que pesaban tanto como los pendientes de un alma en pena. Me sentía furiosa y me culpaba por ser, a estas alturas, tan ingenua. Creerle a un tipo que se las creía de muy audaz y que no conocía más que por ser el que se sentó al lado, durante todo un curso, sin siquiera dirigirme la palabra.

Tenía la cantidad justa, así que me aproximé al borde de la acera esperando la oportunidad más segura para cruzar la calle. Las luces de los vehículos que venían en esa dirección me encandilaban y no me permitían ver, el espacio que tenía disponible para cruzar. Sentí que el grupo disminuía así que coloqué uno de mis pies sobre el cordón del caño.

Estaba a punto de hacer lo mismo con el otro para tomar impulso y cruzar, cuando vi venir en mi dirección listas para embestirme, varias motocicletas que se aproximaban velozmente

aullando desde varios metros atrás. Una de ellas se detuvo con un movimiento seco y brusco al lado de mi pierna. El susto de verme casi arrollada me obligó a devolverme a la acera tan rápido como pude y esperé. El conductor tenía el rostro oculto dentro de un casco negro con detalles que iban a juego con el color de la motocicleta. Se levantó la cubierta y me encontré con Ernesto que me miraba con una sonrisa sensualmente burlona.

Llegamos a la parte alta de la oscura montaña y me reconfortó darme cuenta que no era la única chica. Casi todos ellos cargaban con sus parejas. Así que era evidente el momento de incomodidad que Ernesto tuvo que enfrentar cuando se encargó de la formalidad de presentarme con los otros, que eran viejos conocidos entre sí y que empezaron a bromear con el hecho de que ya era hora de que cambiara a Rodrigo.

– ¡No te lo tomes mal Neto! ¡De todas formas Rodrigo no es tan guapo como ella!

– ¡Vamos, solo explícale que el amor entre los dos se apagó y punto!

– ¡Es más, llámalo y dile que hay más chicos como tú esperando disfrutar de sus encantos!

– ¡Paren, paren con la fiesta! Que luego terminan pensando que no tengo las bolas bien puestas y ahí empiezan los chismes y al final, termino tomándole el gusto a Rodrigo

Las risotadas de todos rompieron el silencio en el mirador. Superada la charlatanería del resto. Fue más fácil la tarea de encajar y no hacer el papelón de la niña que no se relaciona con nadie. Hice mi mejor esfuerzo. De todas formas Ernesto se había tomado la molestia de sacarme de mi rutina. Aunque todavía no le perdonaba del todo el haber llegado al filo de las siete.

Desde ahí, empezamos a disfrutar de la imagen de la ciudad reducida a un pequeño enjambre de lucecillas y también

aprovechamos para ponernos al tanto, de los detalles básicos de nuestras vidas. Tanto sobre su trabajo de medio tiempo como mensajero para costearse su vida y que hubiera suficiente chance para intentar terminar la carrera de ingeniería civil.

Como que era el mayor de su casa y sus padres recién se habían divorciado hace tres años cuando el menor de la prole cumplió quince años. El pretexto de los niños pequeños ya no era lo suficientemente valedero para mantener a flote una relación llena de remiendos ramplones. Ahí mismo le mencioné que era hija única y a parte bastarda.

_ ¿Cómo bastarda?

_ Mi madre se encabritó con su primer jefe y pensó que la vida real es como las de las telenovelas. En donde el tipo millonario se enamora de su empleada y todos felices por siempre. Algo así como la mentira de la Cenicienta. Por eso hay tantas que se compran las zapatillas de cristal y las dejan por todo lado. Para ver si el príncipe se las encuentra y se las lleva devuelta

_ ¿Y entonces?

_ Nada. Que el tipo apenas vio que las curvas de su secretaria se pasaban para el frente, la puso en su sitio con carta de despido y todo. Nunca quiso más nada con ninguna de nosotras. Mi madre lloró amargamente la desilusión y trató de buscarlo insistentemente durante todo un año. Luego, cansada de hacer el papel de gran enamorada se alejó y dejó de suplicarle que al menos me conociera. Al final, ni se murió de amor, ni tampoco por odio. Continuó su vida lo mejor que pudo, conmigo como equipaje extra. Eso sí, nunca le he conocido ni siquiera un enamorado de turno. Si lo ha tenido o lo tiene, ha sido bastante discreta. Supongo que todo aquello le dolió tanto, que la curó de por vida.

De vuelta, llegamos al mismo punto de partida, el bar La Luz. Porque él había sido muy claro en que solo una novia

justificaba volver a cruzar toda la ciudad. Sobretudo a esas horas. Me baje de la motocicleta, le entregué el casco, me reacomodé el pelo y me despedí. Sin beso en la mejilla ni nada de eso. Solo gracias y adiós. De todas formas para ese momento Ernesto se me hacia un tipo distante y frío. Tenía muy bien adaptado su personaje de tipo rudo y de la calle. Más con esa chaquetilla de cuero oscuro, que era como su marca a lo James Dean.

Era un día entre semana y el lugar estaba más desolado que de costumbre pero después de un par de minutos de caminar eso ya no me preocupaba. De todas formas ya había ideado mi plan para el regreso. Uno que me permitiría tomar un taxi al mejor precio. Comencé a caminar a lo largo del parque de “Los Héroeos”. Luego avanzaría un poco más, hasta lograr alcanzar el edificio de la cancillería. Ahí me plantaría y tenía la extraña certeza que un taxi me recogería en menos de un minuto.

Lo que nunca me pasó por la cabeza es que en un día como esos, los travestis de la ciudad trabajan más duro que nunca tratando de hacerse clientela. Todo lo contrario a un fin de semana. Esa variable la aprovechaban los raterillos para hacerse con su cuota. El tipo detiene su auto del año, en la parte más oscura. Esa que según él, le da la seguridad del anonimato. En un momento lo rodean cuatro o cinco “chicas” desesperadas tratando de hacerse de al menos lo mínimo para un par de dosis y un desayuno que les llene la barriga por el resto del siguiente día.

El tipo no sabe a cuál elegir, tampoco reconoce en ninguna, a la de la última vez. Las chicas le ofrecen hasta un dos por uno, un trío si fuera necesario por la cuota básica. Mientras él intenta aclararse la cabeza y los deseos. Uno de los raterillos aprovecha la confusión, se aproxima a la ventana abierta y le acerca al cuello un pedazo de latón que es mucho más peligroso por el óxido, que por el filo. En un santiamén el chulo le da la orden que levante los seguros de las puertas si no

quiere quedar como portada en periódico amarillista. Llegan un par de compinches y recogen el reloj caro, el móvil, la Tablet y la portátil guardada en un bolso Hermes debajo del asiento y colorín colorado. Este cuento se ha acabado. El tipo debe marcharse sin siquiera la chica que buscaba. Y rumiando la mejor excusa para justificar el robo de las cosas. En caso de que sea uno de esos que hacen doble jugada.

Ya estoy debajo de la farola. La que me hará lo suficientemente visible, para cualquier taxista que anda en busca de pasaje seguro. De la nada veo aparecer dos sombras que se quedan quietas mirándome. No me detengo mucho a mirar pero por las figuras supongo que son un par de chicos. ¡No puede ser! Están viniendo para acá ¡Dónde está un puta taxi cuando se necesita! Comienzo a pensar tan rápido como puedo. Cuáles son mis alternativas; pocas, ninguna. No importa hacia donde me mueva podrán alcanzarme a solo una corrida.

_ Vamos súbete

_ ¡¿Qué estás haciendo aquí?!

_ No lo sé y no hace falta que grites

_ ¿Cómo que no sabes?

_ O te subes o me tocará fajarme aquí mismo con esos dos que vienen para acá ¡vamos apúrate!

Ernesto, efectivamente tomó su camino esa noche después de dejarme en la esquina del bar. Días después, cuando insistí en que había olvidado su discurso de que yo no era su novia como para tomarse la molestia de ir a dejarme. Harto de mis burlas; llegó a mencionarme que hasta ese día no había podía explicarse, lo que lo había obligado a devolverse para buscarme. Dijo que dio varias vueltas rodeando las cuadras, asomándose a las esquinas. Tratando de dar conmigo antes de verme parada bajo la farola. También me dijo que yo era la primera chica por la que había quebrantado aquella especie de precepto personal. Después me pidió que me callara y que lo dejara en paz. Antes

de plantarme un beso largo y delicioso.

Seguí acompañándolo cinco veces más a aquellos paseos nocturnos en motocicleta; cada vez más frecuentes y secretamente íntimos. Cinco antes de que se me declarara y yo, más que ansiosa y presa de la impaciencia aceptara. Aunque al principio no me simpatizaba en lo más mínimo no podía negarme el creer que era un chico bastante sexi. Las conversaciones de chicas de la facultad me confirmaron que no era la única que lo creía. Esas percepciones se agudizaron aún más, después de aquella noche de final de mi primer semestre.

Me encantaba estar al lado de él. Disfrutaba cada momento en que me confirmaba que era un tipo que parecía saber lo que quería e iba y lo tomaba sin pedir permiso a nadie. Tenía carácter, era rebelde, osado y no se dejaba menguar fácilmente. Era todo lo que yo, en mis dieciocho años, catalogaba como el hombre de mis sueños.

¿De verdad Irina?!... Cuando se lo propone puede ser bastante fatigosa ¡Ahora con qué me va a salir! Ah no, no es ella. Qué raro, no reconozco este número. Probablemente, llamada equivocada.

_ Sí

_ Hola. Disculpe usted es Elizabeth

_ Sí... Quién es

_ Le llamo de parte de la floristería Astures. Nuestro mensajero está afuera de su edificio y tiene una entrega para usted

_ Ah sí... Bueno gracias, ya bajo

_ Gracias, que tenga buen día

Voy a la ventana y efectivamente. Veo el coche de la floristería parqueado muy cerca de la esquina. Me recojo el

cabello en una coleta y tomo rápidamente el primer pantalón decente que encuentro.

_ Hola. Me llamaron hace un momento. Me dijeron que la entrega es para mí

_ Usted es Elizabeth

_ Sí, soy yo

_ Perfecto. Aquí tiene. Gracias

El muchacho de la floristería ni siquiera me ha permitido despedirlo. Supongo que tiene una ruta larga.

Es espectacular. No puedo negar que es bastante hermoso. Demasiado suntuoso diría. Nadie me había dado uno como estos. No es que sea fanática de las rosas pero estas, están de lujo, son bastante hermosas. Vamos a ver que dice aquí dentro.

_ Espero te gusten. Hubiera querido entregarlas personalmente pero te aseguro que no serán las últimas. Pablo

Guao Pablo... si pudieras leerme la mente sabrías que sí. Me gustan mucho, están preciosas. Es un color poco común. No puedo creer que se haya tomado la molestia de coordinar el envío estando a más de medio mundo de distancia y tan ocupado como puede de estar. No sé ni qué voy a hacer con todo esto que me va y viene con él. Pablo me gusta muchísimo. Es lo que las mujeres llamamos todo un partido pero todavía no estoy segura de querer involucrarme nuevamente en algo sentimental.

¡Ya sé, ya sé! Nadie me ha pedido involucrarme sentimentalmente pero yo soy así. Soy de las que le cuesta. O más bien, las que no pueden separar eso del sexo y la parte sentimental. He hecho todo un esfuerzo para alejarme lo suficiente de él pero es tan difícil, me gusta tanto. No sé lo sentimental pero lo del sexo... merece un definitivo diez.

Mientras el avión sigue tomando altura saliendo del aeropuerto. Última parada necesaria para lograr la llegada que tanto estoy esperando. No puedo quitármela de la cabeza. Vuelvo a mirar por la ventanilla y recuerdo su rostro y la risa bulliciosamente nerviosa de la mañana en la playa. Recuerdo como en ese momento, al verla recostada sobre la arena, y darme cuenta de la manera en que ella me miraba, luché por contener los deseos de besarla. Lo único que me detuvo fue la idea de que ella parecía ser distinta y que probablemente yo solo estaba idealizando lo que no había en ella.

Vuelvo a ver su piel desnuda. Sus pechos pequeños comprimidos por un halo de indecisión y el frío de la noche. Los suspiros arrancados de su pecho al hacerle el amor y el sollozo reprimido con el espasmo que anunciaba su primer orgasmo. Sé que mis pretensiones por verla esta misma noche son una locura. Lo hago mientras sigo deseando desaparecer el resto de la distancia que me tiene lejos de ella.

No puedo negarme lo ansiosa, lo nerviosa que su llamada me ha hecho sentir. Miró el reloj despertador en la mesita veladora y me doy cuenta que en menos de cuatro horas, él estará de regreso. Pablo me ha telefoneado para ponerme al tanto de que vuelve de la convención. Esperaba que sin contratiempos, antes de la medianoche, estuviera arribando a la ciudad.

Dejo el teléfono y termino de colocar mi cuerpo sobre la cama mientras acabo pensando en él. Aunque desde un principio he intentado hacer todo lo necesario para evitarlo, Pablo

comienza a hacerme un cosquilleo en medio del pecho. Algo que de cierta manera se siente bien pero que al mismo tiempo me aterra bastante. Entonces mi cuerpo se recoge sobre sí mismo. Como si fuera una niña pequeña. Mientras intento pensar qué puede ser realmente lo correcto entre nosotros dos. Él se escuchaba entusiasmado, yo habría querido no tener que fingirlo.

Aquel viaje era distinto para los dos. Ernesto me había mencionado que tenía una sorpresa. Decidió cambiar la rutina de los viajes nocturnos y ese día habíamos acordado un cambio de itinerario que yo aceptó sin chistar. Los amigos que siempre los acompañaban no estaban incluidos en el plan. Salí temprano de casa. Había meditado y anunciado el pretexto de un almuerzo que debía ayudar a preparar en casa de una de mis compañeras de curso, al otro lado de la ciudad, para celebrar el cumpleaños de la hermana menor de ella. La mentira era necesaria pues no era común que yo saliera un sábado a esas horas. Mi madre no se detuvo a cuestionar lo que yo le había dicho desde el miércoles anterior. Lo único que le pareció un poco extraño fue que su yo pareciera tener interés repentino en una actividad que nunca había llamado mi atención como era la cocina. Me despidió con un beso en la mejilla y me pidió que regresara lo más temprano posible. Me recordó que la ciudad se estaba volviendo en un lugar muy inseguro.

Ella no conocía de la existencia de Ernesto en mi vida. Yo había decidido tomar previsiones y mantener para ese momento, mi relación con la mayor discreción posible. Mi sexto sentido me hacía sentir que probablemente la libertad de la que gozaba hasta ese momento podía cambiar si mi madre se enteraba que frecuentaba un chico. Las cosas podían volverse un poco más complicadas si tenía que dar detalles de Ernesto. Sabía que mi madre empezaría con inquietudes y cuestionamientos. Ella tenía razones sobradas para tener malicia para con los hombres y

Ernesto era un espécimen que tenía muy pocas posibilidades de superar el juicio de alguien como ella. Así que decidí mantener la clandestinidad de una relación que poco a poco, me estaba poniendo de cabeza.

Ernesto ya esperaba apostado en la orilla de la calle cuando llegué. Viajamos por más de dos horas, alejándonos de la ciudad. El paisaje poco a poco empezó a transfigurarse y pasar de bloques de concreto continuo, a imágenes más desoladas. Nos desviamos de la carretera principal y ascendimos hasta lograr llegar al lugar previsto por Ernesto. Un pequeño retiro en lo alto de una zona rural. El sitio era algo menos que un pequeño hostel. Llegamos a la recepción y él se anunció, con el hombre que lo miró de arriba abajo con un indiscutible desgano. Yo desconocía por completo el lugar así que decidí permanecer afuera. Admirada por los detalles campestres y la bruma fría que avanzaba sobre una colina que casi se podía tocar con solo extender el brazo. Ernesto se aproximó y me condujo tratando de localizar la puerta con el mismo número que el de la paleta de madera que cargaba atada a la llave.

Cuando por fin entramos. La pequeña cabaña se abrió como una cajita diminuta y curiosa en donde aguardaban dos camas rústicas en cada extremo cubiertas por sábanas blancas, una pequeña mesa cuadrada rodeada por cuatro bancos igualmente rústicos y la puertita que conducía a un baño inmaculadamente blanco. El lugar despedía aun olor a lavanda. Entré unos pasos después de Ernesto, que se adelantó para inspeccionar el lugar y colocar sobre la mesa nuestras cosas.

Por un momento no me detuvo a observar el sitio. Estaba anclada en la razón por la que indudablemente estábamos ahí. Sentí miedo y duda a la vez. Nunca había estado desnuda frente a un hombre. Ni siquiera en mi niñez. Hasta hace muy poco, ni siquiera había tenido circunstancias que me hicieran pensar en el cuerpo desnudo de un hombre. Ernesto se había encargado de empezar a despertar las curiosidades que cada vez se me volvían

más frecuentes cuando nos besábamos y él me acariciaba con una curiosidad desconocida para mí.

Desde hace días había estado pensando en lo que había escuchado de algunas de las chicas de la secundaria que evidentemente habían empezado el recorrido mucho antes que yo. Estaba paralizada ante la idea dolorosa de la primera experiencia. Sentí ganas de dar media vuelta y marcharme, pero Ernesto no le perdonaría haberle hecho llegar hasta ahí por nada, y sentía que más que quererlo, lo amaba. Estaba enamorada de él.

Probablemente él descubrió la guerra que se libraba en mi cabeza. Yo estaba a muy poco de echar por tierra sus propósitos. Fue en ese momento cuando él se me acercó con cuidado. Me tomó por la cintura y me besó en la mejilla. En un gesto cariñoso como nunca antes ella lo había sentido. Nos abrazamos por unos minutos. Un tiempo en silencio y tan íntimo como nunca antes había existido entre nosotros. Los besos empezaron poco a poco a acumularse. Tanto, como para que incitaran el descomunal deseo reprimido que había en mi cuerpo. Las manos de Ernesto fueron más allá de las caricias sobre la ropa y llegaron hasta el punto en donde comencé a estremecerse y bajar la guardia frente a sus intenciones conmigo.

Avanzaron los minutos y mi cuerpo fue olvidando todo lo que había imaginado segundos después de que Ernesto abriera la puerta de aquel lugar. Los besos y las caricias de Ernesto se fueron encargando de ahuyentar los temores a lo desconocido. Por primera vez mi cuerpo de mujer, se encontraba desnudo frente a la desnudez de un hombre.

Nos tomaría mucho tiempo acabar con aquel enorme incendio que se había desatado entre nosotros. De acabar con la inquietud de los días de paseos nocturnos en donde todo se resumía a besos y caricias insinuadas. Cuando todo acabó no entendía cómo él había podido hacerme sentir de esa manera. Ahora Ernesto dejaba de ser el chico irreverente que había

conocido en mi primera clase universitaria, para llegar convertirse en el recuerdo perpetuo, de mi primera experiencia.

Regresé a casa antes de las diez. Cerré la puerta y mi madre continuaba pegada al noticiero nocturno. Intentó sacarme conversación pero yo lo único que deseaba era encerrarme en la oscuridad de mi habitación, para repasar una y otra vez, los momentos que habían sido necesarios con Ernesto para perder mi virginidad.

_ ¿Cómo estuvo todo Liz?

_ Bien

_ ¿Y la comida?

_ Nos quedó bastante bien

_ ¿Y la cumpleañera?

_ No se lo esperaba, la pasó bastante bien. Todos la pasamos bien

_ Llegaron bastantes

_ No todos, pero suficientes. Buenas noches mamá, estoy muerta de cansancio

_ Buenas noches entonces, que descanses

_ Igual

No pudo pegar los ojos en toda la noche. Repasaba una y otra vez los besos, las caricias y las formas que habían adoptado nuestros cuerpos para hacer el amor. Recordé los gestos de Ernesto cuando estaba sobre mí. Sus manos apoderándose de nuestras necesidades. Y de la misma forma en que recordé sentí miedo. Miedo de que yo, no hubiera sido lo suficientemente para él y que ese deseo en él, acabara obligándolo a buscar a alguien más. Me había parecido tan seguro, que no dudé por un momento, en que muy al contrario de mí. Él tenía suficiente experiencia para buscar a quien quisiera y que lograra satisfacerlo como él buscaba.

Mi jefe está teniendo uno de esos días malo y el resto claramente estamos pagando las consecuencias. Desde principio de mañana había sido muy contundente en advertirnos que era necesario avanzar mucho más rápido con los proyectos. Sino queríamos perder oportunidad con los que faltaban por cotizar. Había vuelto a su discurso de la crisis y de lo valiosas que eran hoy en día las oportunidades a pesar de parecer poca cosa o una mierda, como el acostumbraba mencionarlas. Me había apresurado a enviar varios correos electrónicos que habían quedado pendientes desde ayer y había programado el resto de mi día en hacer inspección a un par de obras que tengo a cargo. Justo eso fue lo que le indiqué a Elena, la chica de la recepción, antes de marcharme del estudio poco después de las diez de la mañana.

De Pablo todavía no sabía mayor cosa. Después de aterrizar me envió un par de mensajes y yo me decidí a pedirle que nuestro próximo encuentro lo dejáramos para el fin de semana. Imagino que no se lo tomó muy bien. Puesto que solo me respondió un, está bien.

Comienzo mi ruta por el almacén. El lugar era, hasta hace muy pocos días una pequeña y antigua tienda anclada desde hacía cuarenta años, en una de las zonas más concurridas de la ciudad. Fue necesario que transcurrieran tres generaciones antes que el nuevo representante de la familia decidiera que era hora de pasar la página y montar una nueva imagen y concepto para el lugar.

Nico, dos de los dibujantes de turno y yo, nos hicimos cargo de la propuesta. Dándole forma a la nueva distribución, la fachada y el área de los estacionamientos. Desde hace cinco semanas se había colgado sobre una de las paredes externas del

lugar, el rótulo: “Mejoramos por usted”. Desde ese día y hasta ahora no han parado los trabajos de demolición y reconstrucción de las diferentes áreas. Sigo tratando de sortear mi tiempo aquí, en el estudio y en el otro proyecto que tengo a cargo. El diseño de un penthouse en una torre de apartamentos que planeaba para inaugurarse a más tardar en los próximos dos meses.

Cruzo la frenética marcha de los constructores que van y viene, halando carretillos llenos de escombros, estibando sacos de morteros, llevando herramientas manuales, eléctricas y baldosas de fibrocemento. Apunto en dirección del maestro de obras. Un hombre alto, grueso y de gesto malhumorado que desde aquí puedo ver cómo discute con los encargados de las conexiones eléctricas. Imagino que tendrá algo que ver con la ubicación idónea de las cajas encargadas de canalizar toda la distribución de la energía del lugar. Mientras me dirijo a ese punto sigo tratando de librarme de la caída libre de los trozos del viejo cielorraso que están siendo arrancados, por varios de los operarios.

_ Que bueno que llega. Quiero ver con usted esto de las cajas de distribución. Creo que es necesario que las cambiemos de lugar

Uno de los eléctricos ni siquiera me permite pronunciar algo, antes de negarse vehemente a la idea del capataz.

_ No sé por qué insiste y no entiende que no podemos hacerlo

_ Espere. Un momento por favor. Necesito que nos pongamos de acuerdo con algo. Las disposiciones señaladas en los planos deben respetarse ¿Dónde están dispuestas las cajas para la distribución?

_ Justo aquí en esta pared

_ ¿Entonces por qué necesita moverlas?

_ Venga. Le voy a decir porqué. Mire la lámina de distribución arquitectónica. Dispusieron los anaqueles de

bodega justo aquí.

_ Uy no puede ser...

_ Imagínese que se necesite tener acceso, va a ser imposible. Los empleados solamente vendrán a estibar y poco les importarán las cajas empotradas a la pared

_ Tiene razón, ya veo. Necesito que detengan el trabajo por un momento. Voy a analizar los planos y hacer una llamada al ingeniero eléctrico y ya les informo lo que vamos a hacer

Me alejo de los hombres que se han quedado mirándome de mala gana. Ya es difícil en los zapatos de alguien como yo, comandar a un grupo de hombres. Mucho más, cuando irremediamente tengo que acabar dando una orden que es contraria a lo que ellos quieren hacer.

Tomo los planos y busco la salida para tratar de hacerme de un poco más de silencio y privacidad. Necesito revisar las láminas y tratar de pensar, para dar con una nueva ubicación para las cajas metálicas o para las góndolas de almacenaje. Es algo que había pasado por alto y que indudablemente se convertirá de hoy a mañana, en una nueva reprimenda de mi jefe. Había hecho todo lo posible para que el proceso de divorcio no interfiriera en mi trabajo, pero el asunto se había vuelto casi imposible por más que lo intentara. Cuando menos me lo pensaba acababa pensando y lamentándome. Eso coincidió justo con esto.

Observo las enormes láminas de papel blanco por varios minutos y me parece haber encontrado en el enorme e intrincado dibujo un pequeño espacio muy cerca de dónde se levantarán los vestidores. Un espacio demasiado pequeño para cualquier otra cosa pero ideal para colocar, una sobre la otra, las cajas metálicas que deben almacenar y distribuir todas las conexiones.

Marcó el número del ingeniero eléctrico y el hombre contesta inmediatamente. No pierdo tiempo tratando de darle detalles. Simplemente me limitó a explicarle que necesito mover

las cajas unos cinco metros y que el cable extra se podrá costear con el presupuesto adicional que nos ha autorizado el cliente hace solo unos días. El hombre me acepta la propuesta sin pestañear y me confirma que llamará inmediatamente a sus colaboradores para confirmarles que él está al tanto, y que el cambio está autorizado.

_ Bien, gracias. De todas formas me gustaría que vinieras hoy mismo por aquí. Sería bueno que si yo no estoy, alguno de ellos te muestre el cambio que estoy proponiendo para que tengas clara la modificación

El hombre me confirma que mañana a primera hora estará aquí para corroborarlo. Me despido, guardo el móvil y regreso al interior para explicarles a los hombres cuál será el cambio y terminar de hacer la inspección de rutina que debo hacer a la remodelación de la tienda. Justo voy saliendo cuando el nuevo propietario generacional del lugar, se me aparece inesperadamente.

El tipo al igual que yo, todavía se encontraba en sus últimos años de veintena y desde el día que me lo han presentado en las oficinas del estudio, como la arquitecta a cargo del proyecto del almacén se ha empeñado en llevar nuestra relación cliente-profesional, a un nivel mucho más íntimo del que yo estoy dispuesta a tener. Algo que yo, hasta ahora, he tratado de evitar y evadir lo más elegantemente posible para no hacerlo sentir groseramente despreciado.

_ Hola Elizabeth, que bueno verte. Tenía días de venir por aquí y para mi mala suerte ya te habías ido

_ Hola. Ya iba de salida. Me alegra verlo para contarle que según el programa de trabajo, esta misma semana queda finalizado lo pendiente de demoler. Eso nos va a permitir avanzar mucho más rápido con la instalación de estructura de paredes y las instalaciones de luces y cielos en las próximas dos semanas. Si todo sale bien el cronograma sigue como lo planeamos en un inicio; ningún atraso en el tiempo de entrega.

Es inevitable darme cuenta como me mira. Con una avidez acongojante. Aunque el hombre lo ha intentado insistentemente, poco a poco, se le han ido agotado todas las maniobras disponibles y sabidas para engancharme. Yo continúo resistiéndome, y eso para él, parece que me ha convertido en una criatura aun más apetecible. Tanto que a estas alturas está rayando en lo más ordinario, al verme de la manera en que lo está haciendo justo ahora. Trato de hacerse la desentendida. La que inocentemente no me doy cuenta cómo me observaba la boca cada vez que por circunstancias obligadas, como estas, debo cruzar palabra con él. Es justo por eso, que he hecho todo lo posible por evitarlo. He prohibido a Elena e incluso a mi jefe, que le entreguen mi número personal. Cada vez que él me lo ha pedido, corro a cambiar de tema para evadir la situación.

_ Perfecto Elizabeth. El proyecto no pudo quedar en mejores manos que en las tuyas. Te lo agradezco. Estoy pensando seriamente en renovar la casa que mi familia tiene en la playa. Si todo sigue como hasta ahora creo que podremos poner manos a la obra en cuanto terminemos aquí

_ Suena muy bien. Bueno, fue un gusto verlo. Cualquier cosa le estamos manteniendo informado. Disculpe que me tenga que ir así pero necesito desplazarme hasta otro proyecto. Que tenga buen día

La solo idea del proyecto de la casa en la playa me da escalofrió. Ni siquiera me atrevo a extenderle la mano para despedirme.

Si mi jefe me llega a mencionar algo al respecto me negaré rotundamente. No quiero tener más nada que ver con él, después de la renovación. Alguno de los otros arquitectos podrá hacerse cargo sin problemas. Cruzo la calle y me dirijo con paso rápido para tomar la avenida tercera. Caminar me garantiza llegar mucho más rápido, a mi próximo destino. El proyecto de la torre de apartamentos se levantaba en la parte oeste del distrito central. Me tomará solo unos veinte minutos de

caminata.

Estoy por girar la última esquina y escucho el timbre del teléfono. Miró la pantalla con la ración justa de intriga y me percató del nombre de Pablo, yendo y viniendo, dentro de la pantalla oscura. Me doy cuenta que hay tres llamadas perdidas de él. Llamadas que no he escuchado probablemente por estar dentro de todo el caos que hervía en la renovación del almacén.

No quiero aceptármelo abiertamente, pero me ha parecido una eternidad, desde la noche tras anterior en que hemos hablado la última vez. Pero llamarlo, es como traicionar mis propios temores. Así que me he llenado la cabeza con mis propias ideas y acabo suponiendo que él puede estar muy cansado o demasiado ocupado tratando de volver a organizarse después de diez días de estar fuera de la ciudad. La mejor excusa para no marcar su número.

_ Hola

_ Hola ¿Cómo estás? ¿Cómo terminó de ir todo?

_ Bastante bien. Tú cómo estás

_ Bien

_ Pensé que iba a escuchar algo más parecido a que me has hecho mucha falta...

_ Eso no tengo que decirlo

_ No estoy interrumpiendo ¿O sí?

_ No para nada, me alegra que llamaras

_ ¿Crees que podemos vernos esta noche?

_ Tengo una reunión en la oficina al final de la tarde y no estoy muy segura a qué hora puedo salir. Te llamo como a las seis y te aviso ¿te parece?

_ Perfecto ¿De verdad estás bien Liz?

_ Sí claro ¿por qué lo preguntas?

_ No por nada. Debe ser que los días sin escucharte han hecho que me pierda un poco. Hablamos a las seis entonces, cuídate

_ Tú también

Pablo no está tan perdido como se lo imaginaba. De hecho, ha logrado tropezarse con esa parte de mí que continua dudando sobre nosotros. Esa que ha estado pensando muy frecuentemente en Ernesto y los tiempos que nos gastamos juntos. Por otro lado, quiero hacerme a la idea que lo nuestro es solo algo pasajero. Y mis recuerdos de Ernesto son solo una especie de manual que me recuerdan todo lo que no debo hacer esta vez, para tratar de poner a salvo lo que quedaba de mis sentimientos.

Después de finalizar la inspección en el penthouse, regreso a la oficina. Hago varias llamadas para coordinar y corroborar los tiempos de entrega de muchos de los materiales que deben ser entregados en las instalaciones del almacén durante los próximos días. Pongo al día a Nico, sobre el cambio de última hora en las cajas de la distribución eléctrica e intento concentrarme en un nuevo proyecto que él acaba de asignarme dado que para mi suerte, mis trabajos hasta el momento, tienen la exactitud y coordinación dignas de un reloj suizo.

El asunto no me entusiasma del todo. Porque todo se resume a solamente realizar la propuesta de diseño. El tema constructivo será asignado a otra empresa y eso, para mi gusto, es como dejar las cosas a medio camino. Me entusiasman los proyectos que me permiten desde los bocetos a lápiz, hasta verlos concretados, bajo mi propia mano.

La reunión planeada ha transcurrido sin contratiempos así que a las seis y veintidós minutos exactos nuestro jefe nos está despachando y advirtiéndonos que el avance de este día. Debe mantener al mismo ritmo al menos por una semana más, para intentar participar efectivamente en los siguientes proyectos. Ninguno nos ha entusiasmado tanto, como la posibilidad de

trabajar en el anteproyecto de un nuevo centro comercial. Todos acabamos emocionados con la idea de que nuestro trabajo profesional trascienda a otro país. Así que la noticia, de que hemos sido invitados a participar con la propuesta de un diseño. Ha sido el broche ideal para cerrar la sesión.

_ Acabo de salir. Voy para el apartamento

_ Perfecto ¿Te puedo recoger a las ocho y treinta?

_ De acuerdo

_ Bien, nos vemos

Apresuro el paso, no tengo nada especial que ponerme. Pienso en aquella blusa azul profundo y la falda ajustada de color negro, que había usado por una única vez en la boda de mi prima Érica. Eso ha pasado hace más de tres años. Suerte que la he recuperado inesperadamente del fondo de uno de los cajones el día de la limpieza. Decido apresurarme. Lo único que espero, es tener el mismo cuerpo de hace tres años.

Pablo ha llegado antes de lo previsto. El golpeteo sorpresivo e insistente sobre la puerta me hace apresurarme en llegar hasta ahí mientras sigo intentando cerrar el seguro de mis pendientes. Un par de racimos de piedritas redondas muy juntas una a la otra. Abro la puerta. Pablo aparece frente a mí, con la misma sonrisa irresistible que lo ha mantenido intacto en mi pensamiento desde la última vez que lo vi. Después de suspendernos por unos segundos solo con la mirada, acabamos besándonos. Me sujeta con fuerza contra su cuerpo. Entonces, nuevamente, el deseo empieza a hacerse de un lugar entre nosotros.

_ Me hiciste mucha falta

Lo escucho susurrarme mientras sus labios tocan el borde de mi oreja que ha intentado inútilmente ocultarse entre mi cabello suelto. Mi piel se estremece por un momento. Nos miramos y acabamos sonriendo antes de volver a besarnos con ese deseo intenso del primer encuentro. Para mí, es irresistible sentir su aliento así. Puedo sentir sus brazos fuertes sujetándome desde mi cintura. Hay instantes en que no me puedo creer que sea él quien está aquí, bajo mi puerta. Me acaricia el cabello, me mira y vuelvo a recordar todo lo que he sentido por él desde el momento en que nos encontramos. Mi mano se desliza por su pecho y vuelvo a pensar en su cuerpo.

_ Pasa. Dame solo un momento y salimos

Pablo me ha seguido hasta el dormitorio y me observa mientras vuelvo a aplicarme el lápiz labial. No puedo obviar la manera en que lo hace. Me gustaría saber que está pensando.

_ Estaba pensando en algo un poco diferente.

_ Diferente cómo

_ No sé si te gustaría ir a mi casa. Podríamos ordenar algo para que lo lleven ahí

Por un momento me quedo pensando en que lo que me he puesto. Cuando lo hice estaba pensando en un lugar algo menos íntimo.

_ Por mi no hay problema. Te importaría si me cambio

_ La verdad es que no hay problema pero me encanta como luces.

Sus ojos me piden que no me deshaga de nada de esto. Sonrío y me aproximo para besarlo nuevamente

_ Tú ganas, podemos irnos

Mientras viajamos en su auto, puedo darme cuenta como vamos abandonando la parte menos grácil de la ciudad. Estamos llegando a la zona en donde se pueden observar establecimientos comerciales que no son nada comunes. Pablo se detiene frente a un par de agujas automatizadas y un hombre uniformado se aproxima para saludarlo.

_ Buenas noches don Pablo

_ Buenas noches

El hombre se queda mirándome con una especie de halo de sorpresa. No entiendo si lo hace porque Pablo no acostumbra traer mujeres aquí o porque nada tengo que ver con el tipo de chicas con las que se dejado ver. Supongo que justo ahora debe estarme comparando con su ex. En cambio yo estoy es sorprendida de ver el lugar en donde Pablo vive. Este sitio nada tiene que ver con mi pequeño edificio.

Avanzamos a través de una calle que va bordeando los jardines del complejo hermosamente iluminados con lámparas dispuestas entre enormes rocas y variados cúmulos de plantas tropicales. No pasa mucho tiempo antes de que acabe

estacionando en la parte subterránea de un enorme edificio. Un sitio iluminado por lámparas parcas que van conduciéndonos hasta el vestíbulo de cristal en donde están los ascensores. Pablo saca una especie de tarjeta que desliza entre la luz azul del lector.

Mientras vamos ascendiendo. Se me acerca y se queda mirándome. Solo atino a sonreírle y tomarle por la mano mientras que el aparato trasmite esa especie de vibración y sonido casi imperceptible.

_ Creí que unos días fuera me iban ayudar, pero no sirvió de nada

_ ¿Ayudar con qué?

_ Contigo

El elevador se detiene y las puertas se abren. Dos mujeres algo mayores pero con peinados complicados y completamente maquilladas nos miran detenidamente antes de acompañarnos. Una de ella, después de observarme despectivamente mira directamente a Pablo y le pide que por favor presione el número nueve.

El aparato continúa su viaje y las mujeres se reacomodan en una de las esquinas. Una, que les da chance de continuar inspeccionándonos. Pablo sonríe a manera de broma. Al darse cuenta, de la forma en que nos están observando. Me besa en la mejilla y me sujeta con un poco más de fuerza de la mano. Una de las mujeres parece obviar que están tan cerca, que fácilmente podemos escuchar cada cosa de lo que intenta susurrarle a su amiga.

_ Mi marido era así de cariñoso. Lástima la maldita zorra esa. Un par de tetas nuevas y eso fue todo. Ya no les importa ni la edad, viendo una billetera abultada eso es lo de menos

Bajo la cara. Pablo me mira de reojo. Lo que acaba de mencionar la mujer parece tener mucho que ver conmigo. Inevitablemente acabo pensando en Ana María. Pablo descubre

que hay algo que me ha incomodado de aquel comentario. Veo como intenta hacerme un poco de conversación mientras alcanzamos el último piso.

_ ¿Qué tal el trabajo?

_ Bien

_ No te escucho muy convencida

_ Sí bien. Un poco de presión de mi jefe, pero nada fuera de lo común. Lo de siempre.

El pitillo del elevador salta y se ilumina el número en el tablero. Las compuertas se abren y las mujeres se sujetan una a la otra antes de salir. Antes de que las puertas vuelvan a cerrarse ellas se voltean a mirarnos y Pablo les responde la curiosidad con una risa maliciosa, al tiempo que las compuertas metálicas nos hacen desaparecer. Solo las miro de reojo.

Frente a nosotros un enorme mural abstracto en tonos terrosos cubre casi toda la pared. Salimos del elevador y en cada una de las esquinas un enorme y hermoso recipiente de color rojo ocre, hace las veces de macetero para las heliconias de variados colores que decoran el vestíbulo que conduce a una especie de terraza al aire libre. Pablo se adelanta y avanza hasta una enorme puerta de madera en color caoba oscura. Saca una llave solitaria del bolsillo de su pantalón y la introduce en la cerradura. Me aproximo. Una de las puertas se abren y frente a mí aparece un enorme salón ocupado por un enorme conjunto de sillones oscuros.

_ Pasa

Me detengo a observar un enorme cuadro multicolor, abstracto que es el que le da el acento a todo el lugar rodeado por paredes en color claro. Vuelvo a mirar todo, intentando aceptar que este es el apartamento de Pablo. Por un momento no puedo evitar sentirme avergonzada. Quizás no por la abismal diferencia que hay entre los dos lugares. Sino por el hecho de que él se haya mostrado con tanta naturalidad en mi minúsculo y

sencillo apartamento. Mi pieza es una especie de ratonera insignificante si la comparo con este lugar. Al fondo, descubro un enorme ventanal junto a una impresionante mesa de vidrio con elegantes sillas. Pablo se me pierde de vista por un momento y eso me da suficiente confianza para observar cada detalle.

El lugar parece decorado con el gusto de un experto. Sin ninguna extravagancia, exceptuando por el enorme cuadro en donde se puede leer con facilidad la palabra Kandinsky en uno de sus extremos. Definitivamente el cuero oscuro y los colores neutros le dan el toque indiscutiblemente masculino.

_ Ey Liz, ven, estoy por aquí en la cocina

Pablo se asoma por el extremo de una de las paredes y me percató que ya no trae consigo su chaqueta. Apenas que si tengo chance de asomarme por el enorme ventanal sin lograr ver realmente nada. Lo sigo y a pocos pasos, llego a la famosa estancia. Un lugar impecablemente iluminado que parece más bien la escena de una película futurista espacial que una cocina. Una parte del cuerpo de Pablo se nota por detrás de una de las enormes puertas de acero inoxidable del refrigerador empotrado a una de las paredes. Él sigue tratando de decidirse entre dos botellas de vino. Sobre uno de los tableros de piedra caliza descubro dos copas de cristal que esperan por la botella que Pablo finalmente decide.

_ Este lugar es una locura

_ ¿Te parece?

_ Por Dios ¿Cómo pudiste hacerme eso?

_ ¿Hacer qué?

_ Mi apartamento...mira este lugar, es como de revista

_ No digas tonterías, quieres

Pablo ha terminado de completar las copas y me ofrece una, mientras me besa con ternura sobre la mejilla.

_ No son tonterías. Estoy hablando en serio. Me siento fatal

_ No seas tontilla. Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Ven

_ ¡Claro que no! Mi apartamento, no tiene nada que ver esto. De eso puedes estar seguro.

Pablo me conduce a un espacio muy cerca de la cocina. El lugar al igual que la pieza a la entrada tiene enormes muebles de cuero oscuro y sobre el fondo hay un televisor inmenso de última tecnología junto con un enorme y evidentemente sofisticado equipo de audio. Pablo se adelanta y recoge varios empaques de comida rápida de la cena de la noche anterior.

_ Disculpa el desorden. Anoche algunos de los chicos que trabajan conmigo estuvieron aquí para ponernos al día sobre algunos cambios que nos pidieron hacer para la última versión del videojuego y mira como quedó todo. Por lo general el concierge del edificio me ayuda pero salí tan rápido que no tuve tiempo de pedírselo. Pablo se acerca al estéreo y después de presionar algunas teclas del control remoto, comienza a sonar la voz de una mujer. Nina Simone.

_ ¿Te gusta?

Espero un momento tratando de reconocer la voz pero no resulta.

_ No la conozco

_ Esta mujer es sencillamente increíble. De las mejores voces que he escuchado. Me encanta, así como me encantas tú. Es Nina Simone.

Pablo se me ha acercado lo suficiente. Lo suficiente como para hacer que inconscientemente me remoje los labios. Lo veo sonreír para sí, al percatarse de lo que hago. Solo que él, lo único que pretende es un momento de sutil seducción. Lo sé por la forma en que me mira. Para Pablo, yo hago cosas que son

posibles de pensar y todavía más fáciles de hacer. Después de estos días fuera y viendo la manera tan insistente en que me ha vuelto a buscar. Imagino que puedo ser una chica que le remueve el interior de una forma algo diferente.

Estoy sorprendido con lo que está sucediéndome. Liz sin mayor esfuerzo se me ha metido como una agradable y fresca brisa.... Después de besarle suavemente la punta de la nariz; la tomo por la cintura y la halo hasta hacerla pegarse a mí. Como extrañaba esto. Como extrañé sentirla así. Comienzo a mecarme suavemente. La abalanzó con cuidado hacia un lado, luego al otro. Buscando que ella se acople a mis movimientos para que los dos podamos seguir el ritmo de la música que vibra sigilosamente en este espacio. Después de unos segundos de sentirla pegada a mi cuerpo; me alejo. Solo lo suficiente, para poder mirarla a la cara.

_ Lo que dije por teléfono no fue ninguna mentira

_ Qué dijiste

_ Me hiciste mucha falta, que te extrañé

Liz me mira por un momento, sonrío haciendo ese gesto tímido y se apoya suavemente sobre mi pecho tratando de sentirme.

_ También es cierto que creí que estos días fuera iban a cambiar las cosas. Enfriarlas; pero sucedió todo lo contrario

Desde aquí puedo sentirla reír en silencio. Sosteniendo su existencia a la mía. Lo único que quiero es preservar ese momento mientras Nina, continúa desgarrando su alma, a través de cada una de esas notas.

Muy dentro de mí me arrepiento de no haber hecho lo mismo con Ernesto. Di por sentado nuestro matrimonio y eso

nunca me permitió valorar cosas que ahora formaban los recuerdos que me persiguen. Por momentos, siento como si Pablo me entendiera. Permanezco abrazada a él mientras la voz de la música se va apagando.

Se deshace de nuestras copas y las lleva hasta una de las mesitas junto a los sillones. No puedo evitar, mirarlo con atención. Esa forma de hacerlo, tan directa y hasta un poco desvergonzada me encanta. Es un poco como el halo de seguridad en mi personalidad. El ímpetu de lo que hago. Solo le da un escaso chance para acariciarme el mechón de cabello que cruza por un extremo de mi mejilla. Comienza a besarme. Siento como muerde la carnosidad de mis labios. Eso sin duda, lo ha motivado a hacerlo como si fuera la última vez que vamos a hacerlo. La sensación de su cuerpo perfecto, tan pegado a las formas del mío termina de provocándome. Sus manos nuevamente comienzan a recorrerme y la sensación de ardor se me está convirtiendo en algo insoportable que necesitaba apagar cuanto antes.

Sigo aquí, de pie junto a él. Dejándome embriagar por este beso irrefrenable, intenso, cargado de todos los pensamientos y recuerdos que han cruzado por la cabeza de Pablo durante los días de la ausencia. Poco a poco él se está encargando de conducirme al estado perfecto. Ese sitio oculto en donde no hay cabida para razones sensatas. Ni suficientes excusas, para no dejarme amar por este hombre, un desconocido. Un extraño que ha irrumpido en mi vida en el momento menos indicado, pero el mejor, para intentar apaliar los males que me agobian sin freno el alma.

Los momentos con él se me están convirtiendo en todo lo necesario para intentar sobrevivir al enorme hoyo que Ernesto ha abierto en mi vida con el abandono inesperado. Sus manos fuertes comienzan a correr con delicadeza bajo mi falda; y hace retozar el fondo de mi vientre ya caliente. Lanzo un gemido delicado, casi imperceptible. Es una señal suficiente para él.

Para saber que así como él; yo también estoy dispuesta a acabar de una buena vez con las noches de espera.

Liz me parece pequeña, frágil y sobretodo arrebatadoramente encantadora e irresistible hasta el punto de avivar así mis deseos. La levanto y mientras ambos continuamos besándonos, no tengo ninguna duda para llevarla hasta mi habitación. El lugar anclado, en la parte más oculta de mi apartamento.

Los besos intensos dan paso a las caricias. Roces que terminan por excitarme. Mis labios recorren sin reparos su boca, su cuello, su piel. Liz sigue estremeciéndose con el avance de mis manos. He terminado deshaciéndose de su falda oscura y su cuerpo está a solo un movimiento de acabar completamente desnudo. La estoy mirando con la ferocidad de un animal hambriento. La observo intentando decidirme por el mejor lugar en donde empezar a acabar con todo el deseo que me consume.

Vuelve a pensar en que él es realmente encantador e irresistible. Ese cuerpo fuerte, atlético me encanta. Nunca me había dado la oportunidad de desear el cuerpo de un hombre así. Sin todo ese adulterado pudor, sin la necesidad de ninguna atadura, ni condiciones. Sin pensármelo. Solo por la picardía del deseo. Estoy acariciándome a mí misma y me doy cuenta que eso hace, que ha Pablo se le disparen los ánimos. Acabamos haciendo el amor como un par de adolescentes desbocados por los ardores de los primeros encuentros. Después de un rato de tratar de apagar todo este deseo. Pablo parece tan exasperado como al principio y yo he alcanzado el punto indicado para intentar tomar control de la situación. No lo pienso mucho y empiezo a hacerle el amor como siempre supuse que una mujer sin tabúes puede hacerlo.

Después de un tiempo de silencio y de justa espera entre los dos. Pablo me mira fijamente mientras me acaricia el rostro.

_ Me gustas, me gustas mucho Liz. Me encantaría saber cómo no di contigo antes. En dónde has estado todo este tiempo

Conozco muy bien la respuesta. Aun así, lo que menos quiero es estropear esto. Es inevitable pensar en todo ese tiempo que él menciona. Sé que tiene que ver con una época que fue alguna vez tan intensa y especial como esta. Con la que estamos tratando de aturdirnos justo ahora. Entregándonos de esta manera. Como si lo que conocemos fuera a desaparecer en los próximos instantes. La respuesta me quema; así como lo que estoy empezando a sentir indudablemente por él.

Después de pensármelo por unos segundos, no quiero contestar nada a lo que me dice. Me aproximó y lo besó con la delicadeza y el cuidado de lo que se quiere preservar para siempre. Hemos hecho el amor a lo largo de la noche y la madrugada. Ambos parecemos no tener suficiente del otro. Nuestros cuerpos siguen siendo brazas, que parecen no querer apagarse.

Aunque intento negarlo. Entre nosotros se ha instalado como bruma sobre una bahía. El deseo y la complicidad de un amor que se da sin condiciones. De esos que tienden a quedar para siempre, porque se dan fuera de cualquier espera posible. De los que no se espera más nada, que lo que pueda dejar el momento de cada encuentro.

Irina golpeó la puerta. El sonido retumbó a lo largo de todo el pasillo. Una de las ocupantes de los apartamentos vecinos abrió y descubrió apostada sobre mi puerta a una chica alta, delgada y vestida de manera un poco informal y desenfada para ser un miércoles a las diez de la mañana. Hora que alguien como ella debería estar ajetreada en algún trabajo de esos que llaman “normal”. Lo que la mujer no sabe, es que al igual que yo, Irina es arquitecta pero ella ha orientado su profesionalización al paisajismo lo que le da más oportunidad que cualquiera, de vestirse como le da la gana, cualquier día de la semana. Perfectamente se da el gusto de omitir los tacos altos o las faldas. Esas las deja para las noches en que se le antoja verse sexi para ligarse a algún chico, dispuesto solo a pasársela bien.

Imagino que ha venido a hacer. Debe estar harta de seguir recibiendo mensajitos de texto cargados con excusas. No creía eso de que hoy no iba a estar durante la mañana en la oficina por estar preparando la ropa para la presentación que debía hacer en la noche sobre el diseño de ese centro comercial a cientos de kilómetros de distancia de la ciudad.

Su paciencia y preocupación, habían llegado al límite necesario para hacerla ir a buscarme hasta el apartamento. Desde la noche anterior se le había pegado a la cabeza de que yo me le estaba escabullendo por una sola razón. Que estoy desarmándose a pedazos con la típica depresión de la separación y mi orgullo no me deja aceptarlo. Una razón más para odiar a ese maldito de Ernesto.

Después de un minuto aparezco detrás de la puerta con la cabeza llena de rulos de color rosa Barbie y este horrendo

pantalón deportivo desgastado que Irina miraba horrorizada y se preguntaba, cómo no había lanzado a la basura.

_ ¿Qué estás haciendo aquí Irina?

_ ¡Hola Irina! ¿Cómo has estado? ¡Hola Liz! ¡Por poco y me olvido de cómo era tu cara!

_ ¿Qué te pasa? ¿De qué estás hablando?

Irina avanza hasta la cocina, examinando los rincones, con la minuciosidad de un forense. Intentado encontrar algo que le dé razón a sus sospechas del desasosiego que me está matando.

Sí, las cosas están diferentes pero el lugar luce muy diferente de como se lo hubiera esperado. He seguido desechando cosas. La verdad, me he deshecho de muchas. El lugar parece mucho más amplio e iluminado. De entrada ha agradecido que no esté aquella horrenda alfombra color púrpura que Ernesto había llevado para darle algo de acento al lugar.

_ Irina ¿qué pasa? ¿Por qué estás así? ¿Qué estás buscando?

_ Lo que me pasa amiga, si es que todavía te puedo llamar así. Es que tengo semanas, de no tener noticias tuyas. Por si no lo sabías las amigas se preocupan unas por otras. Sobretudo cuando una de ellas se desconecta de la manera en que tú lo has hecho últimamente

_ Por favor Irina te lo he explicado miles de veces. Estoy hasta el tope de trabajo en el estudio. Fácilmente estoy saliendo después de las diez de la noche y llego muerta. No seas así. El cansancio me mata, con dificultad puedo cambiarme antes de caer de bruces sobre la almohada

_ ¿Estás segura?

_ Te lo juro

_ ¿De verdad hoy no fuiste a la oficina por esa tal

presentación?

_ Palabra, solo mírame. Bueno, tengo que aceptar que me da un gusto enorme verte. Tengo más de media hora de intentar ponerme estas pestañas postizas y no lo logro. No puedo pegarlas a un extremo sin que se despeguen del otro

_ ¡¿Qué?! ¡¿Pestañas postizas?! ¿Desde cuando usas esas cosas?

_ Desde hoy y necesito que me ayudes. Ven por favor las tengo aquí en el baño

_ Dime la verdad Liz ¿Qué está pasando?

_ No entiendo de qué estas hablando

_ Te acuerdas de cuántos años tenemos de conocernos ¿cierto?

_ Sí, desde la universidad

_ Desde los primeros semestres...

_ ¡¿Y qué con eso?!

_ Que te conozco. Ni siquiera Kiki ha logrado sacarte en estos días y si hay alguien que te entretiene y te saca de todo el estrés, es él. Tienes que decirme. Merezco saberlo. De verdad estoy preocupada ¿Estás bien?

_ Todo está bien Irina. Eso tuyo son puras sospechas sin sentido. Solo sigo tratando de darle algo de normalidad a mi vida. Y coincidentemente mis intenciones se han topado con un repunte en el trabajo en el estudio. Eso es todo, por eso no he podido acompañarlos en las últimas salidas

Irina se queda mirándome con algo de duda. Hay algo que no le calza del todo con mi versión.

_ Veo que hiciste algo de limpieza aquí

_ Algo no, mucho. Tengo días de tratar de deshacerme de cosas que la verdad no estoy necesitando y no voy a necesitar

_ Todo lo de Ernesto ¿cierto?

Me quedo quieta y en silencio mientras me aplico la línea de pegamento, en el diminuto borde de una de mis pestañas.

_ Supongo que eso es lo mejor. Entre más rápido te deshagas de cada cosa, más fácil será reponerse

_ De eso no puede reponerse Irina. Solo se hace todo lo que se puede para que ocupe un lugar diferente. Uno más escondido pero siempre sigue ahí, por más que coloques cosas sobre la maldita caja

_ Bueno pero no hablemos más de eso. Dame y te ayudo y mientras intento colocarte estas patas de araña sobre los párpados me cuentas sobre ese proyecto tan importante, el de hoy en la noche

_ Nada, es un centro comercial. Nicolás nos ha volcado de lleno en el trabajo, desde que le llegó la solicitud del cliente. Nos pidió que nos voláramos como nunca, con la propuesta y al parecer a los socios del consorcio les hizo click la idea. Entendí que unos vuelan desde Londres para conocer los detalles

_ ¿Y si todo sale bien?

_ No estoy segura. Hasta donde entiendo hay otro par de empresas compitiendo por el proyecto. También presentan esta noche. Y si todo sale bien y somos los favorecidos; Trabajo abundante y agotador por más de tres meses para dejar a punto y aplicar los cambios que nos pidan al anteproyecto

_ Eso merecería un aumento y algunos días extras de vacaciones

_ Suena genial pero lo dudo. Nico a luchado con uñas y dientes para mantenernos a flote a pesar de la crisis

_ ¿Y el tipo del almacén? ¿Ya dejó de acosarte?

_ Cállate. Hace unos días llegó a la oficina sin avisar y por poco me ahogo con el café cuando lo vi asomarse sobre mi

cubículo

_ ¿Tan mal está?

_ No. La verdad no, tiene lo suyo pero nuestras químicas son diferentes. No hay conexión. No sé si con todas nosotras es lo mismo pero cuando bajó la guardia de la manera en que lo hizo conmigo, perdió la magia del principio. Ya sabes, no se siente lo mismo.

_ Desde cuando eso es importante para ti. Mírate ¿qué te parecen? Creo que se te ven bien. Lo de volverlas naturales eso te lo dejo a ti. Delineador, rímel y sombra oscura harán el milagro

_ Gracias Irina, no lo hubiera logrado sin ti

_ ¿Y no me vas a contar?

_ ¿Contar qué?

Irina me mira y me lanza una mueca maliciosa mientras sonrío y termina de observar el acabado de mis pestañas.

_ Suéltalo ¿Quién es el tipo, por el que te decidiste a ponerte esos rulos y ahora hasta pestañas? No pierdas el tiempo intentando convencerme que todo es solo un intento por verte bien ¡Ah ya sé!... Por eso tanto misterio ¿Es un tipo casado? ¿Verdad?

_ ¡Por favor Irina! no digas estupideces

_ ¡Mírate, estás huyendo! Ahora mismo estás huyendo. Eso no te deja bien parada. No sabes mentir Liz

_ No es ningún hombre casado

_ ¿Nico?

_ ¡No, por favor! ¡¿Mi jefe?! Te falta imaginación Irina

_ No tiene nada de malo. Un ascenso rápido. Un buen polvo, te haría casi dueña de la firma

_ Es asqueroso, solo la idea es ¡ugg! Irina, las cosas que

me haces imaginar

_ Es clandestino. Y eso ya dice algo oscuro y sobre todo algo muy bueno.

_ No es clandestino

_ ¿Ah no? ¿Y por qué el secreto?

_ No hay ningún secreto. Simplemente hay atracción y punto. Hasta ahora las cosas han sido buenas de la manera en que se han dado y no hace falta nada más. No quiero echarlo a perder

_ ¿Echarlo a perder?

_ Irina, alguna vez confié en hacer las cosas “bien”. Creí en la receta del amor perfecto y evidentemente ¡mírame! no funcionó. No fue suficiente. Terminé pagando las consecuencias de mis ilusiones de un “amor por siempre” ¡hasta que la muerte los separe! Esta vez quiero llevar las cosas con más calma ¿entiendes? Disfrutar el momento y solamente eso

_ Y... ¿Si él no piensa así? Y si se decide ir al siguiente “paso” ¿qué vas a hacer?

_ No lo creo. Lo noto demasiado cómodo con lo que tenemos hasta ahora

_ ¡Vamos Liz! ¡Cuéntame! ¿Quién es?

Dudo por un momento. No sé muy bien cómo podría tomárselo. La noche en que lo conocimos, todas las señales me hicieron pensar en que Irina se sentía atraída por él y viceversa. Es más, la sola invitación de aquel domingo me tomó con absoluta sorpresa. Me siento un poco rara tener que confesarle que es, el desconocido que puso en su lugar aquella noche en el bar a Ernesto.

_ No te voy a dejar en paz hasta que me lo cuentes Liz

_ Pablo

_ ¿Pablo? ¿Cuál Pablo? ¿De quién estás hablándome?

_ El tipo de la pelea en el bar. El que golpeó a Ernesto

_ ¡¿Qué?! ¡Ese Pablo! ¡Maldición Liz! ¡No puede ser!
¡¿Me estás tomando el pelo?!

_ No

_ ¡¿Pablo?! ¡¿El tipo monumental?! ¡Está divino! ¿Pero cómo?

_ Eso mismo me pregunté yo, créeme que lo hice. Por eso mismo es que no me hago ilusiones

_ En serio tienes que contármelo todo ¡Necesito detalles!

_ No hay mucho que contar. Todo fue algo extraño y a todas luces inesperado. Vino, me dejó hasta aquí. Empezamos a conversar sobre la pelea en el bar y él asumió desde un principio, que todo el lío tenía que ver contigo. Qué Ernesto y tú eran pareja

_ ¡No!

_ Y qué Ana María era su amante. En eso no se equivoco. Y que tú, estabas despotricando contra él por eso. Cuando empecé a aclararle todo y ha explicarle que quien era la pareja de Ernesto era yo, su exesposa, y no tú. Su cara empezó a llenarse de gestos incómodos. Terminó completamente avergonzado por haberse precipitado con sus comentarios...Y una cosa llevó a la otra. Hace unos domingos salimos por primera vez y hasta ese momento no sucedió nada entre nosotros. Fue unos días después que de la nada empezamos... ya sabes a besarnos

_ ¡Maldición Liz, eres una maldita suertuda! ¡Es una completa locura!

_ La verdad es que no quiero involucrarme mucho. Es lo más sano que puedo hacer ahora. Hasta cierto punto me siento mal con todo esto. En cierta forma siento que lo estoy usando. Un clavo sacando otro clavo ¿Me entiendes?

_ ¿Perdón? No seas idiota Liz. ¡No digas estupideces!
Con un tipo como esos, uno no se pone a filosofar. Se tiene sexo fenomenal ¿Ya lo hicieron?

Solo asiento con mi cabeza.

_ ¡Que maldita envidia Liz! Así se hace. Ya era hora que tomaras al toro por los cuernos.

_ Por favor no lo comentes con nadie, quieres. Tengo el presentimiento que todo va a irse así de rápido como ha llegado

_ Descuida. Así que te has portado como toda...

_ ¡Ey! No digas más nada Irina, cállate quieres

Después de tomarnos un almuerzo rápido en una pequeña cafetería a unas cuantas cuadras del edificio. Las dos hemos acordado hablarnos para ponernos de acuerdo en hacer algo para el cumpleaños de Kiki que será en un par de semanas. Nos despedimos y me apresuro a terminar de prepararme para llegar con suficiente anticipación al hotel, en dónde se realizaría la presentación de los diferentes proyectos.

Faltan treinta minutos para que inicie la presentación. Y yo tengo poco menos de diez, de haber llegado con el resto del grupo de la oficina. El salón ha sido acomodado con una serie de sillas con cobertores blancos y un cinta color mostaza que hace las veces de lazo decorativo y que va a juego con los manteles que han puesto sobre las dos mesas rectangulares en donde están los vistosos arreglos florales y aparte, estarían sentados los miembros del consorcio que vienen a las presentaciones de cada uno de los grupos de firmas de arquitectura y construcción, invitados a participar en el concurso por el enorme centro comercial.

Sigo leyendo una y otra vez la información que tengo a cargo durante la presentación. Mientras voy repasando las diapositivas que se mueven en la pantalla de la portátil. Nico, mi jefe me pide que me acerque un momento para escuchar, junto con mis otros compañeros, las últimas indicaciones y recomendaciones que quiere darnos antes de que inicie el desfile de cada una de las presentaciones.

Todos sabemos perfectamente la importancia del encuentro y el valor que tiene hacerse con un contrato como el que representa este proyecto. Para mí, es la oportunidad de ser parte por primera vez en mi corta carrera como arquitecta. De algo muy importante y que sin duda será de mucho valor en mi portafolio profesional. Nico nos pide que contestemos las posibles preguntas afilando el sentido común al máximo. Los tipos que llegarán en cualquier momento, han viajado de diferentes puntos solo para conocernos y tratar de establecer la empatía que considerarán necesaria para otorgar el contrato.

Antes de dar por terminada la pequeña reunión volvemos

a repasar los temas que abarcaremos cada uno. A pesar de que Nico no sería parte del equipo de la presentación, estaba bastante inquieto. Él más que nadie sabe la premura de obtener sino todo, al menos, una tajada del trabajo. Desde que reventó la crisis, las cosas han ido desmejorando considerablemente y nosotros no hemos sido la excepción. No lo ha mencionado claramente pero sospechamos que Nico no sabe que más podría surgir, para evitar el despido de algunos de los que estamos aquí. Por lo que algunas veces comenta. Sé que nos considera buenos en nuestro trabajo y por eso necesita que justo ahora, las cosas salgan de la mejor manera.

El bullicio de los que estamos en el salón, se interrumpe por la voz de una mujer vestida de traje sastre oscuro y que hace las veces de conductora de la actividad. Cuando fuimos a dar con el origen del sonido en los parlantes, estaba junto a una de las enormes pantallas en la parte frontal del salón. Está informándonos que los inversionistas, ya están en el hotel y arribarían al salón en los próximos quince minutos. Que ese es el tiempo con que disponemos para terminar de afinar detalles y ocupar los asientos que se nos han asignado para cada uno de los oferentes al proyecto. Cierro mi portátil y me acercó a Nico para avisarle que voy hacia el baño.

_ Apúrate por favor. Ya escuchaste, ya están aquí y pueden llegar en cualquier momento

_ Sí, ya regreso

Voy de vuelta y me doy cuenta que la gran mayoría de los asistentes ya están en sus respectivos asientos. Empiezo a buscar a los míos. Nico que está por demás impaciente me levanta su mano en un gesto desesperado para hacerme ver en dónde se encuentran. Cruzó por la primera fila y cuando rebaso la quinta hilera de sillas, veo al otro lado del pasillo un rostro conocido.

El hombre, del que no recordaba el nombre exacto, era hasta donde da mi memoria reciente, compañero de Ernesto en la

constructora para la que trabajaba al momento en que él y yo acordábamos separarnos. Quito el rostro inmediatamente y empiezo a avanzar entre mis compañeros para ocupar mi puesto junto a Nico. El hallazgo no pudo ser más inoportuno, pero algo inevitable, considerando que los dos nos desenvolvemos en la misma actividad.

Intento prestar atención a las indicaciones que la conductora al frente, da sobre el orden de participación de cada una de las empresas y los tiempos disponibles para cada una de las exposiciones de las propuestas. Mi intención dura muy poco. No me aguanto la curiosidad y comienzo a mirar solapadamente sobre los hombros de los que comparten mi misma fila. Necesito salir de la duda. Si ese tipo está aquí, probablemente Ernesto también lo está.

Los inversionistas entran inmediatamente y todo se enmudece con la solemnidad necesaria para la actividad. Cuando llega nuestro tiempo, es inevitable que comience a sentirme así de nerviosa. Las cosas entre nosotros han terminado de una manera tan abrupta, que estoy segura que si me lo encuentro entre la gente, me desestabilizaré al momento de encontrarlo. Tengo la esperanza en que el tiempo va a cambiar eso, pero por ahora, sé que Ernesto todavía puede inquietarme.

Recibo el micrófono y mi intervención se centra en la explicación necesaria sobre las condiciones climáticas investigadas del lugar de construcción que justificaban la propuesta de diseño que estamos presentando para los techos del lugar. Los que estamos aquí al frente, podemos notar que a los ejecutivos inmediatamente se les hace llamativo. Lo habíamos previsto. Las curvaturas que estoy mostrando justo en este momento en las ilustraciones son poco comunes en las edificaciones de este tipo.

La hora y media de exposiciones se agota y nos llega el tiempo del cóctel. Lo más difícil ha pasado pero yo sigo a la idea de hallar a Ernesto, en alguno de todos estos rostros. Lo

intenté mientras estaba ahí arriba de pie esperando mi turno. No hallé nada. Mientras sigo hablando con mis compañeros y sacamos bromas unos a otros, sobre el nerviosismo recién superado sigo en mi tarea personal. Si él está aquí, sin duda me vio presentar.

_ Hola

_ Hola

_ Disculpa que venga y pregunte así, pero no sé por qué, me parece que nos conocemos

_ ¿A sí?

_ Sí, creo que sí. Te me haces algo conocida pero no logro recordar de dónde exactamente

Yo estoy completamente segura de quién es. Gracias al cielo que su memoria no ha sido tan aguda conmigo.

_ ¿Eres arquitecto?

_ No, ingeniero civil

_ Bueno puede que nos hayamos topado en alguna otra actividad

_ Sí probablemente. Mucho gusto, mi nombre es Esteban

_ Mucho gusto, soy Liz

_ Mucho gusto Liz, la presentación estuvo muy buena. Interesante la propuesta para el tema de los techos

_ ¿Te parece?

_ Sí bastante

_ Que bueno, me alegra ¿Ustedes participaron?

_ Sí y no. Nosotros vamos a ofertar las instalaciones mecánicas; pero eso será hasta que tengan decidido el tema de diseño, distribución

_ Entiendo

No pasa mucho antes que este silencio que hay entre nosotros dos se vuelva algo incómodo. No tengo idea de qué más preguntarle o decirle y parece que él menos. Solo me atrevo a hacer este gesto medio simpático mientras que él me mira de reojo e intenta sonreír.

_ Bueno, fue un gusto conocerte Liz. Espero nos volvamos a encontrar. Mucha suerte con la propuesta

_ Igualmente Esteban

Desde que me abordó de manera sorpresiva por uno de los costados. Intenté mostrarme tranquila y realmente sorprendida. No tuve valor de refrescarle la memoria y menos considerando las circunstancias que ahora me ligan de cierta forma a Ernesto. No quería que el encuentro terminara prestándose para que él llegara y terminara mencionándome después. Si es que Ernesto no está aquí. Algo que sería curioso considerando, fuera de todo lo que ha sucedido entre nosotros, que Ernesto es profesional de primera línea. Mi teléfono. Ese es mí teléfono.

_ Hola

_ Hola

_ No sé si ya acabaste. Estoy aquí fuera

Giro para tratar de mirar a través del enorme ventanal que envuelve la parte del salón en dónde estamos, y me lleva poco tiempo encontrar el vehículo oscuro de Pablo. Un auto así se puede reconocer fácil. Aunque el reflejo del cristal lo hace un poco más difícil. Desde aquí puedo ver algo de su rostro. Levanto mi mano y muevo mis dedos en su dirección a modo de saludo.

_ Dame solo unos minutos. Voy a avisarle a mi jefe que necesito

No ha pasado nada, no ha pasado nada. Pero... soy un

idiota por sentirme así. No pasó nada. No sé por qué estoy pensando estás idioteces y peor todavía... ¿Porqué mierda me estoy sintiendo así?! No pasó nada.

Ni siquiera he podido acabarle la llamada. Lo que ha pasado ahí dentro, lo que acabo de ver, me ha molestado. Me incomoda, me molesta, me enoja y se siente una piedrilla filosa dentro del zapato. Es estúpido lo que estoy imaginando.

Me bajo del auto y caminé hasta la entrada para esperarla. Tres minutos después, ella está aquí. Viene caminando hacia mí, con esa sonrisa hermosa que me vuelve loco. Y ese vestido que se le ajusta al cuerpo demasiado bien. Ahora voy entendiendo. Solo que no entiendo, qué diablos pasa conmigo. La miro, sonrío, pero estoy fingiendo. No quiero sonreír. Lo que quiero es que nos vayamos ahora mismo de aquí. Ella por supuesto lo ha notado de inmediato. Solo me apetece darle un beso en la mejilla. Empiezo a caminar en dirección al auto y veo como ella empieza a seguirme el paso.

_ ¿Pasó algo?

_ No nada

_ ¿Nada? Estás raro. Como si estuvieras molesto por algo

Prefiero quedarme callado. Es mejor así. Le abro la puerta para que ella pueda entrar. Y giro para tomar mi lugar y dirigirnos al restaurante que he buscado para cenar con ella. Por la forma en que se ha volteado para mirarme, sé que no entiende nada lo que está pasando conmigo. Sigo en silencio. Intenta hacerme algo de conversación pero no quiero hablar. No quiero abrir la boca y cometer una estupidez con ella. Menos ahora que me estoy sintiendo así. Entro al estacionamiento y comienzo a buscar un espacio disponible.

¡Maldición! Es mejor que entremos de una buena vez y pida algo realmente fuerte para beber. Necesito calmarme. Sacarme toda esta basura de la cabeza. Como le agradecería que dejara se seguirme con su mirada de esa forma. Me hace sentir

incómodo y la verdad es que no está ayudándome.

Toda la velada le he insistido para tener una conversación amena. Nunca me había tenido que esforzar tanto con él. No de esa manera. Pablo está absorto, silencioso y me da todas las señales del mundo, de que no quiere realmente estar conmigo. Es como si más bien se sintiera obligado a este momento.

Vamos saliendo del restaurante y veo que su actitud no ha cambiado en nada. Debo pedirle que por favor me lleve a mi apartamento. Si es que quiere hacerlo. No tengo problemas en tomar un taxi desde aquí.

Todos tenemos días malos y evidentemente Pablo está pasando por uno de ellos. Él tiene un negocio bastante exitoso y eso no lo deja exento de problemas y dificultades. Mi cabeza no ha parado de buscar respuestas. En el peor de los casos, Pablo está preparando una buena excusa y la peor de sus caras, para acabar con lo que se ha dado entre nosotros hasta ahora.

Solo que yo, desde un inicio, me he mentalizado a que algo como eso pasaría en cualquier momento. Solo hacia falta que llegara a su vida una chica tan hermosa, como la chica de la noche en la terraza, para que el cuento acabara.

Abre la puerta de mi lugar y necesito preguntarle de una buena vez. En todo caso, preferiría tomar un taxi antes de seguir viéndole ese gesto.

_ Pablo ¿Me llevarías a mi casa?

_ Creí que querrías ir a mi apartamento

_ No lo sé ¿Realmente quieres que vaya?

_ Yo sí. La que está intentando una excusa eres tú

_ No estoy intentando nada Pablo... ¡Mírate! Desde que me recogiste estás molesto. Estás callado. Me evades la mirada y no tengo la menor idea de qué está pasando ¡Pero no te

preocupes! No tienes que explicarme nada. Tú no tienes ningún compromiso conmigo. Puedo tomar un taxi

_ Sube por favor. No vas a tomar ningún taxi

El resto del camino ambos guardamos silencio. Pablo sobre todo, parece estar lleno de ideas que solo él conoce. He aceptado ir hasta su apartamento solo por la idea de intentar saber qué estaba pasando realmente con él. Ya ni siquiera insisto en mirarlo.

Nunca lo había visto así. Y si bien, lo de nosotros hasta ahora, solo tiene que ver con sexo ocasional y buena compañía. Pablo aparte de fascinarme, me agrada y tiene sentido que me preocupe. Lo considero un tipo de esos, buena onda. Uno que no alardeaba, ni se desgastaba llenándose la boca con su vida exitosa. A pesar de que tiene todas las posibilidades de hacerlo. Es alguien modesto y eso se lo alabo desde el momento en que lo conocí.

Abordamos el ascensor al último piso del edificio y sin ningún aviso, Pablo se me viene encima y comienza a besarme con lo que podría decir es una furia o un entusiasmo que no le había conocido hasta ahora. Su arrebató llega hasta el punto de hacerme sangrar de uno de mis labios. Después de sentir el sabor de mi sangre, se me aleja y termina apoyándose contra una de las paredes del elevador.

_ Lo siento Liz

Me mira por un segundo y nuevamente se me lanza encima. Se disculpa nuevamente y vuelve a besarme con una energía desbocada. Siento que me gusta verlo así, con esa pasión pero es claro que Pablo se está comportando de una manera extraña. Al menos una, que no le conocía. No hasta ahora.

Cierro sobre mis espaldas la puerta del apartamento y solo

puedo mirarla por un segundo antes de volver a embestirla. Camino hasta donde me espera y la traigo hacia mí con fuerza. Sujeto su rostro. Y me dejo llevar poniendo mi lengua muy dentro de ella. Justo ahora me siento excitado sobremanera. Mi cabeza está nublada, no puedo dejar de pensar en ella. En que aparte de ser esta chica dulce y a simple vista inofensiva. Es una mujer que me hace arder por dentro... Lo que vi hace un rato, dentro del salón. Me lo ha dejado completamente claro. Liz me está volviendo loco. Realmente loco. La deseo como nunca.

No tengo que hacer ningún esfuerzo para hacerme desear por él. Es como si no hubiera sido suficiente lo que acaba de ocurrir en el ascensor. Mientras me besa, me termina de desnudar. Aquí mismo. En medio de la sala de muebles costosos y teniendo como testigo el enorme y extraño cuadro multicolor. Me hace el amor de manera tajante. Por un instante pienso que algo dentro de él parece necesitar dejarme en claro algo que no consigue poder decirme.

Intento seguir su ritmo. Algo que no estoy consiguiendo fácilmente. Pero eso no me preocupa tanto, como la idea que desde hace varios minutos está rondándome la cabeza. Vuelvo a recordar a la mujer de la fiesta de los clientes de Pablo. La del vestido azul provocador. Dentro de lo poco que conversamos. O más bien, que ella terminó mencionado. Había intentando corroborar conmigo, eso de que a Pablo le gustaba el sexo rudo. Si lo que está pasando con nosotros, en este momento no es eso. Algo muy parecido está muy cerca de serlo. Al menos eso me viene a la cabeza mientras noto que Pablo parece, que me lo está haciendo molesto, por algo que no he podido descifrar.

_ Detente. Pablo detente por favor. Detente Pablo ¡Basta!
¡Déjame! Déjame...

_ ¡¿Qué pasa Liz?!

_ Eso deberías responderlo tú, no yo

_ No entiendo de qué me estás hablando

_ ¿No entiendes? Si tú no tienes la respuesta, cómo se supone que la tenga yo

Empiezo a recoger mi ropa. Ha terminado tirada entre los sillones. La tomo y me dirijo de una sola vez hasta el baño.

_ Liz espera. Vamos Liz, por favor ¡mierda!

No tuve esa intención pero acabo de darle un portazo justo sobre la cara. La puerta se ha cerrado con seguro de una sola vez. Pablo llama, mientras me doy cuenta como intenta girar el pomo. Estoy algo preocupada. Pablo se está comportando extraño. Necesito vestirme e irme. No sé si lo que esa mujer dijo era verdad o solo ganas de fastidiar pero no sé creo...

_ Liz necesito que hablemos. Abre la puerta por favor

¡Por favor, esto no puede estar pasando! Camino hasta mi dormitorio para poder buscar algo con qué cubrirme. Necesito que abra la puerta. Necesito hablar con ella ¡¿Qué rayos pasó?! ¿Por qué se levantó así? Hoy no es mi día, definitivamente.

Antes de poder llegar de nuevo a la puerta del baño Liz se me aparece completamente vestida. ¿Qué diablos le pasa? Me pasa de lado, la sigo, y veo como comienza a colocarse sus zapatos ¿Se va a ir? Parece no tener la mínima intención de prestarme atención

_ Liz. Liz, espera...

_ ¡Pablo suéltame!

_ Es que ¡mírate Liz! No logro que me prestes atención. Discúlpame no quise sujetarte así Necesito que me escuches. Por favor cálmate por un momento para explicarte

_ De acuerdo. Voy a tranquilizarme y voy a escucharte

_ Bien

Respiro profundo. Me quedó mirando el piso por unos segundos antes de levantar la cabeza y observar a Liz que está mirándome fijamente como si yo hubiera hecho no sé qué cosa... No termino de entender.

_ ¿Quieres beber algo?

_ No, Pablo. Ahora lo que quiero saber es qué está pasando. Qué ha sido todo eso que acaba de pasar. Por qué has estado tan extraño desde que me recogiste en el hotel

_ La verdad no sé. Sí... ¡mierda! Sí lo sé

_ ¡¿No sabes o sí?!

_ Te vi con el tipo de la chaqueta celeste

_ ¿Quién, Esteban?

_ ¡Yo que putas voy a saber quién es! ¡El tipo que estaba contigo antes de que entrara mi llamada!

_ Sí ¿y qué?

_ ¡¿Y qué?! ¡No te queda bien hacerte la que no te diste cuenta de nada Liz!

_ Pablo ¿No sé de qué me estas hablando?... Él se acercó para decirme que yo me le hacía conocida. Para felicitar me por la presentación

_ ¡Que patético! ¡¿No pudo ser más previsible?! Que te le hacías conocida...

_ ¡¿Todo esto tiene que ver con un desplante de celos Pablo?! Te estoy diciendo que no conozco al tipo. Fue una conversación cualquiera y sin ninguna importancia. Al momento él se marchó

_ Eso no era lo que él estaba pensando ¡créeme!

_ ¿Cómo puedes saber eso?

_ ¡Porque lo vi! ¡Lo vi Liz! Yo estaba ahí desde antes que

te volvieras a prestarle atención. El maldito se acercó de a poco. Si no te diste cuenta, él estaba a pasos tuyos antes de aparecer a tú lado ¡Me di cuenta de todo! Cómo te miraba... ¡Mierda! Fue asqueroso. El tipo te arrancó el vestido con la mirada. ¡Sí ya lo sé! el tipo te miró con esos ojos inofensivos y jamás podrías haberlo sabido ¡¿cierto?! Pero tengo que jurar que en algún momento, solo por un momento. Creí verte mirarlo como si lo conocieras, como si supieras quién era él ¡Como si ambos ya se conocieran!

_ ¡Suficiente Pablo! Qué se supone que hiciera. Fue una conversación como cualquier otra. Si lo viste todo, como dices ¿No crees que sea injusto que me hagas esto? Cruzamos palabra por un minuto si acaso. Si lo conociera como deduces. O si me hubiera interesado, habiéramos conversado mucho más ¿No lo crees?

Odio darme cuenta como está mirándome. Odio ver que parece estar realmente molesta, conmigo, con esto. Se va a ir y me va a dejar ¡Mierda, mierda! Estoy echando todo a perder. Pero es que ese hijo de puta se la cogió con la mirada y yo ahí... viéndolo. No puede ser que no lo conozca. Podría jurarlo. Liz en algún momento lo miró como si supiera de quién se trataba el maldito ese. No puede ser que esté mintiéndome. Me pone mal pensar que esté mintiéndome. Queriendo verme la cara.

Ambos estamos mirándonos como no había sucedido antes. Fríamente, distantes. No sé, pero mi ego me hace seguir esperando una especie de respuesta de un “tienes razón” al menos.

Pablo parece todavía enfurecido con el recuerdo de la escena del hotel. Se aleja caminando hasta las enormes puertas de vidrio, que lleva a la gran terraza. Podría pescar un resfrío saliendo solo con esa pantaloneta. La otra noche, estuvimos ahí, abrazados por largo rato observando la magnífica vista de la

ciudad. Una vista lejana como lo que está ocurriendo con nosotros. Era de suponerse. Así como se empieza se acaba.

No me importa, lo sigo. Todavía no he terminado. Necesito respuestas. Él ha iniciado la tormenta, ahora es tiempo de mojarse.

_ Ya que estamos en esto Pablo. Sacudiéndonos. Sacando lo que llaman los trapos sucios. Quiero saber algo.

Me mira por un momento. Y puedo ver que sus ánimos parecen estar luchando por volver a su lugar. Por volver a ser el Pablo del día en la playa.

_ La noche de tu fiesta de clientes. La mujer de vestido azul provocativo que estaba junto a mí en la barra del bar me dijo algo que no he podido sacarme de la cabeza. Y justo hace unos minutos lo recordé

_ ¡¿Qué?! ¿Qué pudo decirte ella, que yo tenga que aclararte?

_ Ella me preguntó, descaradamente por cierto, que si era cierto que a ti te gustaba el sexo rudo

_ ¡Por Dios Liz! ¿Es en serio?

_ No estoy diciendo nada gracioso para que tengas esa sonrisa

_ Lo siento. Es que es una locura que vengas a mencionarme una idiotez como esa

_ Idiotez o no, quiero que me lo contestes ahora mismo ¿Por qué ella sabía tú nombre? ¿Sabía quién eras y llegó a preguntarme algo tan personal, tan íntimo cómo eso Pablo?

Me doy cuenta como su gesto ha cambiado radicalmente. Ya lo sé. Me anticipo, esto va a dolerme. Se agarra la cabeza y cierra los ojos. Imagino que trata de adivinar en qué acabaría todo después de que me conteste.

Lo imaginé... Me estoy alejando de Liz solo para tratar de hacerme de una respuesta sutil y que deje algo de espacio en ella para que no me juzgue con tanta rudeza como imagino que va a suceder.

Sin conocerla lo suficiente, Liz no es alguien que se tomaría como si nada la respuesta que está pidiendo. Pero si lo que hay hasta ahora está destinado a ir más allá, debo ir de frente con eso. Empezar a descubrirme a mostrarme. Es justo que sea sincero con ella. Que sepa que más que un auto bonito, un apartamento en un edificio de moda. Tengo un pasado y aunque quisiera no puedo hacerlo desaparecer. Si me deja. Si se va. Me voy a odiar. Pero debo hacerlo. Tengo que decírselo.

_ Es una prostituta. No de las que se detienen en las esquinas por pocas monedas pero puta al fin de cuentas. El hombre con ella era un cliente más... En algunas ¡no, mentira! en muchas de las reuniones, fiestas de gente adinerada o de círculos con algo de poder e influencia se acostumbra invitarlas para que hagan las veces de “decoración” “acompañantes” y al mismo tiempo, den servicio a los que pueden pagar sus costosas tarifas. Supongo que lo que te dijo, o más bien lo que te preguntó. Lo obtuvo de alguna de las otras mujeres que al igual que ella dan el servicio... Sí Liz. Tengo que ser sincero contigo. Yo he pagado por tener sexo. Yo he pagado para estar con putas. Probablemente dentro de todos, todos los demonios que me acompañan. Hay uno que siente placer con eso. Pero necesito aclararte algo...

_ ¡No! Por favor no te acerques Pablo. No en este momento

_ Imagino lo que estás pensando... De verdad lamento que tengas que escuchar esto pero te juro que algo así no me hace falta. No soy un tipo enfermo o algo así. Si de algo sirve, hace mucho tiempo que no tengo nada que ver con este tipo de

mujeres. Fue estúpido supongo que lo hice a manera de, no sé, probarle algo a los otros tipos que estaban ahí pagándole a esas rameritas...

_ ¿Fue por eso que terminaste con tu prometida?

_ No. Probablemente no puedas creerme pero no. Lo nuestro acabó por razones muy diferentes y frívolas. Razones que ni siquiera vienen al caso mencionarlas Liz. Por favor...

_ Hace un momento...cuando estábamos haciendo el amor estuviste a muy poco de lastimarme. Parecías otro, era como... como si por un instante yo fuera para ti una de esas mujeres

_ ¡No Liz, por Dios, no, nunca! ¡Como puedes pensar algo así!

_ Suéltame por favor

_ Déjame intentar explicar. Fue un momento de enojo. De miedo, creo. Ver a ese hombre ahí contigo. Ver como te miraba ¡Sí estaba celoso Liz! Eso me llevó a hacerte el amor así pero nada tiene que ver con lo que estas pensando. Tienes que creerme Liz

_ Justo ahora no puedo con esto Pablo. Desde un principio has sabido lo de mi divorcio. Ha sido difícil y ni te imaginas lo doloroso. No puedo y no estoy dispuesta a tener que salir de un hoyo para caer en otro. No ahora y la verdad no sé hasta cuando. Desde un inicio traté de tomarme las cosas contigo con calma, justo para evitarme este tipo de situaciones. Aunque es casi imposible, no voy a juzgarte. No soy quien. Recién te conozco, y ni siquiera somos nada más que dos desconocidos que se atraen y disfrutan del momento. Creo que lo que quiero hacer justo ahora es marcharme y tratar de no llevar esto más allá

_ De verdad lo siento Liz. Lo que menos quiero es hacerte daño.

_ Bueno. Creo que lo mejor es que me vaya

_ Liz por favor. No voy a pedirte que te quedes porque sé

que no quieres hacerlo. No después de todo esto. Pero no quiero que te vayas así. Dame un momento para cambiarme y voy a dejarte

_ No Pablo, no quiero que me vayas a dejar

_ Pero Liz mira la hora que es

_ Por favor no Pablo. Te agradecería que me respetes eso ¿quieres?

_ Maldición Liz. No quiero que te vayas. De verdad no quiero

_ Voy a creer que es así pero hay cosas que no son lo que se quiere. Sino más bien, lo que conviene Pablo

_ Puede ser peligroso Liz, déjame llevarte

_ Eso mismo dijiste la noche en que nos conocimos Pablo. Tenía una vida que resolvía sola antes de conocerte. Eso va a seguir siendo así. Gracias por todo, buenas noches

La he seguido hasta la mitad de sala. La pierdo de vista cuando cierra detrás de ella la pesada puerta oscura de la entrada. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Soy un estúpido que lo ha echado todo, todo a perder!

No tengo todas las respuestas. No, pero algo me hace creer que Liz es la chica que he estado esperando y ahora yo he hecho todo lo necesario para hacer que salga corriendo tan lejos de mí como pueda. ¡¿Dónde está mi puta teléfono?! Necesitaba llamar rápido antes de que Liz llegue al lobby del edificio.

_ Hola. Soy Pablo del penthouse oeste. Necesito que por favor consiga inmediatamente un taxi que llegue lo más rápido posible por mi amiga. Ella llegará ahí, al lobby en cualquier momento. Necesito que sea un servicio completamente seguro, confiable ¿entiende? Adelántese y dígame al chofer que yo voy a pagar el servicio que no deje que ella le pague. Ella le dará la

dirección. Rápido por favor, gracias

Termino estrellando el teléfono contra el piso. El aparato detona en varios pedazos. Ahora tengo la certeza de una sola cosa... Será una madrugada muy larga pero no suficiente para reprocharme la maldita estupidez que acabo de hacer ¡Soy un idiota! Liz nunca podrá volver a aceptarme con algo como lo que acabo de decirle.

El portero del edificio me ve aparecer desde el elevador y me observa con cierta malicia de arriba abajo. No me extraña, después de la confesión que acabo de escuchar varios pisos arriba. Imagino cuántas mujeres han hecho este mismo desfile que yo, a esas mismas horas. Empiezo a buscar mi teléfono y el hombre no duda en interrumpirme.

_ Don Pablo ya pidió el servicio de taxi. Llegará en cualquier momento

Lo imaginé. Supongo que algo de remordimiento, si es que le importé al menos un poco.

_ Gracias

Camino hasta uno de los sofás de cuero impecablemente blanco. No he llegado hasta ahí, escuchó el claxon de un vehículo que viene llegando. El portero me mira y se adelanta para abrirme las enormes puertas de vidrio macizo de la entrada. Después lo veo correr, hasta la puerta del conductor del taxi.

_ El servicio va a ser cancelado aquí

_ No. No es necesario, yo lo pago

_ Por favor, si usted lo paga el que va a estar en problemas con don Pablo soy yo

_ Como sea

_ La dejo y sin no tengo pasaje vengo directo ¿de

acuerdo?

_ De acuerdo. Buenas noches señorita

_ Buenas noches

_ Usted me dice a donde la llevo

Mientras nos alejamos, atravesando los hermosos jardines que rodeaban el complejo. No dudo en pensar que los cuentos de hadas son una invención muy bien maquinada. Nada más que eso, un cuento sacado de la imaginación.

Nico ha convocado reunión a primera hora. Nos tiene noticias acerca del proyecto del centro comercial. No tan halagadoras como deseaba, pero lo suficientes como para que la oficina pueda mantenerse en condiciones un poco más holgadas, por los siguientes meses. Al menos está agradeciendo no tener que recurrir a los despidos que eran algo irrenunciable. Eso por si solo, es un aliciente para los que dependemos de eso.

_ Muchachos, hay buenas noticias. No excelentes pero bastante buenas. El consorcio nos escogió para hacernos cargo del anteproyecto ¡Estamos dentro!

La sala rompe en aplausos y silbidos de celebración ante la noticia. El resto, al igual que Nico, sabemos que las cosas no andan nada bien y la oportunidad que nuestro jefe acaba de anunciarnos es de oro.

_ Si todo sale bien y les cumplimos como esperan. Es posible que nos consideren entre las primeras opciones para administrar y hacernos cargo de construcciones de otros proyectos que vienen en camino. Así que dicho esto. Está por demás mencionarles que debemos poner “toda la carne al asador” con esto. Solo tenemos un detalle. Va a ser indispensable que uno o dos de nosotros se trasladen hasta allá para que puedan hacerse cargo de todos los trámites que sean necesarios para dar seguimiento y hacer que las cosas empiecen a caminar. ¿No sé si hay voluntarios? O intentamos tentar a la buena fortuna. Antes. Antes de llegar a eso. Tengo que aclarar que los que salgan premiados no van a estar solos en esto. El resto nos vamos a estar turnando para ir hasta allá a colaborar y que tengan sus días libres.

Levanto mi mano y lo sostengo en alto por algunos

segundos. Antes de que Nico me dé la palabra.

_ Sí Liz, dinos

_ Yo puedo viajar

Puedo ver cómo levanta sus anteojos y hace una especie de mueca, como si no estuviera del todo convencido con lo que acabo de decirle. Imagino que ni siquiera me había considerado de primera entrada.

_ ¿Estás segura Liz?

_ Sí. Creo que sí. Al menos soy la que tiene menos compromisos entre todos. Supongo. Y la verdad, creo que me haría bien viajar y conocer cosas diferentes. Permearme del trabajo de otros profesionales. Así que me gustaría que me tomaras en cuenta de primera mano.

_ Bueno Liz. El espacio está disponible, y es tú decisión. Tienes que estar segura. Lisboa no está a unas pocas horas desde aquí. Y necesitarás permanecer allá como mínimo de tres a cuatro meses ¡Mínimo! Puede que si las cosas se complican necesitemos pasar algo más de tiempo ¿entiendes?

_ Sí lo sé

_ Bien, entonces prepárate. Debes viajar la próxima semana

Terminada la reunión del anuncio, empiezo a prepararme. Me emociono con la aventura de esta experiencia y hago las llamadas que a mi manera de ver, son indispensables.

Llamó a mi madre. Intento hacer algo de ventaja y antes de que pueda alegar algo más, le aviso que más que el trabajo, quiero aprovechar el viaje para crecer como profesional. Lo necesito y este es el momento justo. Tengo que escucharla lamentándose unos diez minutos pero después ha terminado comprendiendo lo que esto significará para mí. La he tranquilizado con la noticia de que pasaré con ella, mis dos últimas noches en la ciudad. Puedo entenderla, es la primera

vez que nos vamos a separar por tanto tiempo y eso le genera ese sentimiento de melancolía que había sido inexistente hasta ahora.

Irina me dijo que acordará con Kiki y algunos conocidos en común, la despedida que harán a su entrañable amiga... Su justificación para una borrachera descomunal. Los voy a extrañar a los dos.

No hay duda que va a ser raro los primeros días. Un país diferente, una nueva ciudad de la que no conozco absolutamente nada. Otro idioma. No importa. Es lo que necesito. Necesito salir, conocer, vivir las cosas. Definitivamente necesito irme. Una parte dentro de mí, quiere creer que me hará muy bien.

Últimamente mi vida ha tenido cambios obligados. Que casi ni esperaba. Este al menos, lo he decidido yo. Y estoy lista para aprovecharlo al máximo. Necesito hacerlo. Necesito vivir como me dicta el corazón, la conciencia...No sé. Vivir a mi manera. No intentando ser lo que otros esperan que yo sea. Conectarme conmigo en esta, que es mi vida. No importa si no a todos les gusta. Imagino que siempre habrá alguien que diga que no y alguien que diga que sí a quien soy. Lo mejor es no dejar que los “no” me separen; y que los “sí” me hagan creerme alguien que realmente no soy.

Sí. Es indudable. Pienso en Pablo. Lo he hecho muchas veces desde que salí aquella noche de su apartamento. Cómo no iba a pensar en él. No acabó siendo mi príncipe azul pero al menos debo estar agradecida de que bien o mal, me devolvió algo de la seguridad que me quitó la separación con Ernesto. No soy la chica horrenda y tremendamente desagradable que me imaginé que era, cuando Ernesto me dijo que prefería la separación definitiva. Nada en mi vida me había pisoteado como eso. Pablo de alguna forma recogió algo de esos pedazos.

Desde que era una niña escuché la palabra “divorcio” pero hasta que no lo viví en carne propia. No supe toda la inseguridad, dolor, abandono y ausencia que puede significar.

Hoy necesito pasar la página. Y meterme en mi cabeza que todo, todo lo malo, viene solo por una cosa: volverme más fuerte y enseñarme para lo que viene. Eso debe ser un mantra que obligatoriamente debo de memorizar.

_ Liz. Ven un momento a mí oficina. Necesito mostrarte varios de los documentos que tendrás que tramitar en los primeros días que estés allá.

_ Sí, voy

Mi vuelo sale a las diez con quince de la mañana. Por lo que hoy, a pesar de ser sábado, no he tenido más remedio ni opción que madrugar.

Mi madre se ha decido a venir hasta aquí, para despedirme. Aunque eso acabe significando un llanto de varios minutos. Para hacérselo más fácil, he tratado de meterle en la cabeza que serán solo algunas semanas. Tres meses se pasan volando.

Recibo indicaciones de Nico sobre mi lugar de estadía y detalles básicos de lo que debo hacer para el proyecto apenas este instalada. Parece más preocupado que yo. Ya le he dicho que todos los días voy a tenerlo al tanto. Que justo para cosas como estas, es que se inventó algo como el Skype.

Por los parlantes comienzan a llamar para abordar mi vuelo.

_ No te preocupes, voy a estar bien

_ Me llamas para saber que llegaste bien. Necesito que llames todos los días por favor. Al menos mientras me acostumbro

_ Sí de acuerdo. Cuídate. Te amo

_ Yo también

_ Necesito irme. Ya están llamando

_ Cuídate

Me pierdo entre un grupo de viajeros que han aparecido de no sé dónde, atiborrando la fila de abordaje. Intento mirar pero desde donde estoy, ya no puedo ver ni a mi madre ni a Nico. Entrego mis documentos y unos segundos después la chica

sonriente y me invita a pasar por el pasillo que me llevará hasta el interior del avión.